SÓCRATES ENAMORADO

Cómo se hace un filósofo

ARMAND D'ANGOUR

Ariel

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Cronología
Prefacio
Introducción
1. Por amor de Sócrates
2. Sócrates guerrero
3. Entra Alcibíades
4. El círculo de Pericles
5. Ha nacido un filósofo
6. El misterio de Aspasia
Epílogo
Biografía de Sócrates
Agradecimientos
Bibliografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

La imagen más común que se tiene de Sócrates es la de un pensador extraordinario y original que siempre fue pobre, viejo y feo. Lo poco que se sabe de él comienza cuando era un hombre de mediana edad y termina con su juicio y condena a muerte. Pero ¿cómo fueron los primeros años de su vida? ¿Qué impulsó al joven Sócrates a convertirse en filósofo? ¿Qué imagen podemos extraer de su trayectoria personal más allá de los retratos que de él hicieron Platón o Jenofonte? ¿Y en quién se inspiró el filósofo ateniense para configurar su doctrina del amor?

En esta sorprendente biografía, que narra desde la infancia de Sócrates hasta su juventud y madurez, Armand d'Angour da respuesta a preguntas que parecían irresolubles, pero que pueden resultar fascinantes para quienes creen que ya saben todo sobre este filósofo excepcional. A partir de referencias menos conocidas pero igualmente autorizadas, y con una extraordinaria dosis narrativa que dota de cuerpo a los indicios que ofrecen las principales fuentes que conocemos, el autor nos muestra una nueva imagen de Sócrates, que se centra en el viaje iniciático del filósofo y acaba por revelar la identidad de la mujer que más influyó en su pensamiento.

SÓCRATES ENAMORADO

Cómo se hace un filósofo

Armand d'Angour

Traducción de Amelia Pérez

Ariel

Para bien o para mal, nuestro Sócrates es el Sócrates de Platón.

DISKIN CLAY

Ninguno de nosotros conoce realmente a Sócrates.

Alcibíades en *El banquete* de PLATÓN

Conócete a ti mismo.

Lema escrito en el Templo de Apolo, en Delfos

Una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre.

Sócrates en la *Apología* de PLATÓN

MACEDONIA
Strymon
Amphipolis
CHALCIDICE
Potidaea
Mt Olympus
THESSALY
CORCYRA
N
ACARNANIA
AETOLIA
Delphi
EUBOEA
BOEOTIA
Coronea
Thebes
Plataea
Delium
ATTICA
Corinthian Gulf
ACHAEA
Megara
Marathon
Athens
ELIS
Corinth
PELOPONNESE
Olympia
Mantinea
Argos
Ionian Sea
MESSENIA
Sparta
LACONIA
0 25 50 75 miles
0 25 50 75 100 kilometres

TRACIA
Euxine
(Mar Negro)
Bizancio
Abdera
Propontis
(Mar de Mármara)
TASOS
Lámpsaco
Troya
LESBOS
QUÍOS
Mar Egeo
JONIA
SAMOS
Éfeso
Río Ménderes
CEOS
Mileto
CARIA
DELOS
PAROS
NAXOS
COS
MILO
RODAS

Cronología
Acontecimientos relativos a Sócrates

(500-399 a. C.)

NOTA SOBRE LA CRONOLOGÍA

1. El año ateniense comenzaba en nuestro mes de julio, de modo que la batalla de Maratón, que tuvo lugar en septiembre de 490 a. C., fue en el año 490- 489 a. C. Para simplificar, las fechas que aparecen en el libro se formulan en años concretos: Sócrates nació en el año 469 - 468, pero la fecha que figura es 469.
2. El símbolo ~ indica que una fecha o acontecimiento es una especulación.

500 Democracia en Atenas, tras las reformas de Clístenes, en 508.

490 Guerras entre griegos y persas: derrota del ejército de Darío en la batalla de Maratón.

480 Guerras entre griegos y persas: derrota de la flota de Jerjes en la batalla de Salamina.

~ **470** Nacimiento de Aspasia.

469 Nacimiento de Sócrates.

460 Pericles gobierna Atenas tras el ostracismo de Cimón en 461.

Hostilidades entre Atenas y Esparta: primera guerra del Peloponeso.

~ **455** Pericles se divorcia de su esposa Dinómaca.

~ **451** Nacimiento de Alcibíades. Sócrates visita Samos con Arquelao.

~ **450** Aspasia llega a Atenas con su suegro Axíoco.

447 Batalla de Coronea ~ primer servicio militar de Sócrates.

Muerte de Clinias, padre de Alcibíades.

~ **445** Pericles y Aspasia viven juntos.

440 Campaña de Pericles para someter Samos (440 - 439).

432 Sócrates salva la vida a Alcibíades en la batalla de Potidea.

430 Comienza el segundo año de la guerra del Peloponeso (431 - 404).

Sócrates y Alcibíades van al norte de Grecia a hacer el servicio militar.

429 Muerte de Pericles a causa de la peste. Aspasia se casa con Lisicles.

424 Sócrates se retira en la batalla de Delio.

423 Se representa la obra *Las nubes*, de Aristófanes; asiste Sócrates.

421 Comedia *La paz*, de Aristófanes. Paz de Nicias con Esparta.

420 Alcibíades entra en política. Sócrates en *El banquete* de Jenofonte.

416 Agatón gana un premio por una tragedia.

Sócrates aparece en *El banquete* de Platón.

415 - 413 Expedición a Sicilia; Alcibíades es exiliado de Atenas.

410 Se restablece la democracia tras el golpe de Estado de los oligarcas (los Cuatrocientos) en 411.

406 Sócrates se pronuncia en el consejo contra la ejecución masiva de generales.

404 Victoria espartana en la guerra del Peloponeso.

Los Treinta Tiranos en Atenas.

Sócrates se niega a arrestar a León de Salamina.

403 Se restablece la democracia en Atenas.

400

399 Juicio y ejecución de Sócrates.

Prefacio

¿Quién era Sócrates?

La mayoría de la gente que sabe algo de Sócrates le imagina como pensador, sabio o filósofo de la antigua Grecia. Su imagen podría ser la de *El pensador* de Rodin o la de un anciano con barba blanca vestido con túnica. A algunos su nombre les evoca un sistema creado para obtener respuestas a sus preguntas que se hizo famoso con el nombre de método socrático, y una declaración también célebre: que «una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre». Otros imaginan el drama de su ejecución y cómo, tras ser juzgado y condenado a muerte, fue enviado a la cárcel y obligado a beber una poción venenosa, de mortal cicuta. Algunos recordarán que Sócrates tenía una esposa o una amante llamada Jantipa, entregada pero muy exigente.

El lector puede imaginar la vida y la muerte de Sócrates y su devenir sobre el telón de fondo de la antigua Atenas en su época dorada, cinco siglos antes del nacimiento de Cristo. Durante ese período, la antigua civilización griega alcanzó las más altas cumbres en muchas áreas del pensamiento, el arte y la literatura: entre otras cosas, los griegos inventaron la filosofía, la escultura realista, la arquitectura formidable y el teatro. El líder político que gobernó Atenas durante muchas décadas del siglo V a. C. fue Pericles, bajo cuya dirección se desarrollaron las instituciones democráticas, se construyó el Partenón y Atenas se convirtió en imperio marítimo.

A Sócrates también se le asocia con otros grandes filósofos de la antigua Grecia, sobre todo con sus sucesores Platón y Aristóteles. Pero para muchos es una sorpresa que el propio Sócrates no dejara nada escrito: lo que sabemos de su forma de pensar lo hemos conocido en gran medida a través de los textos de Platón, que estaba en la veintena cuando murió Sócrates. Otro admirador del filósofo que tenía más o menos la misma edad que Platón era Jenofonte, soldado y escritor, cuya obra nos muestra a Sócrates desde una perspectiva más cotidiana. Ninguno de ellos le trató durante mucho más de una década, y ambos lo conocieron cuando ya era un hombre mayor.

Platón y Jenofonte son las dos fuentes principales para conocer la biografía de Sócrates. Platón es el que se considera más fiable desde el punto de vista histórico. De sus escritos emana una imagen nítida del Sócrates maduro, al que nos muestra como pensador original de sólida formación y mente aguda que lo cuestionaba todo de un modo insistente e irónico, a menudo irritante. Platón nos ofrece también una visión de Sócrates como hombre mortal, fuertemente sexual y de excepcional valor, buen luchador en el campo de batalla. En la obra de Jenofonte, sin embargo, Sócrates aparece como caballero ateniense, ocurrente, jovial y buen conversador.

Ambos autores dejan claro que Sócrates no sentía interés alguno por el lado material de la existencia ni por su aspecto personal. De hecho, en los últimos años de su vida era perfectamente reconocible por su pobreza y por un físico poco atractivo, aunque seguía haciendo gala de una indudable brillantez intelectual y se codeaba con pensadores y políticos atenienses de primer orden. Al escribir desde un punto de vista eminentemente filosófico, Platón le retrata como un hombre entregado a las ideas y cuya imagen externa contradecía esa belleza interior que cautivó a muchos de los que le conocieron y trataron. En los textos de Jenofonte, sin embargo, Sócrates desprecia con humor la apariencia física y hace gala de una

despreocupación por las riquezas y una confianza en sí mismo excepcionales. La imagen preponderante es la de un pensador extraordinario y original que siempre fue pobre, viejo y feo.

Esto deja un vacío misterioso en el núcleo de la historia de Sócrates: ¿qué transformó a un joven ateniense, supuestamente de extracción modesta y escasos medios, en el motor que originó una forma de pensamiento y un método filosófico que fueron completamente originales para su época y enormemente influyentes para las siguientes? Sus biógrafos posteriores rara vez han ido más allá de los retratos que de él hicieron Platón y Jenofonte, y dan por hecho que la juventud de Sócrates es irrelevante. Pasan por alto una serie de pistas cruciales, si bien es cierto que muy desperdigadas, que nos dan algunos datos sobre su adolescencia y primeros años de juventud, ese período en el que se estaban fraguando las ideas y actitudes del futuro filósofo. En consecuencia, la mayor parte de los relatos de la vida de Sócrates no se fijan en algunos indicios que, dado el contexto cultural y las circunstancias históricas del pensador, podrían explicar su trayectoria personal y política.

¿Qué fue lo que inspiró a un joven que vivió en el momento y el lugar de Sócrates para que instaurase un estilo nuevo de pensamiento? ¿Qué pudo impulsarle a dedicarse a la investigación filosófica, algo tan diferente de aquellos que le precedieron? ¿En qué punto y por qué decidió convertirse en un filósofo de la mayéutica? ¿Qué le sucedió a Sócrates en su juventud y primeros años de edad adulta para que se produjera en él tal cambio? ¿Qué estaba haciendo y qué tipo de persona era en su adolescencia? En definitiva, ¿qué convirtió a Sócrates en Sócrates?

Todas estas preguntas están pendientes de respuesta. Y para responderlas uno debe desenterrar y analizar las pistas del mismo modo que lo hace un detective: organizándolas dentro del marco histórico y el entorno social de Sócrates, recreando una narrativa de sus primeros años de vida que se ocultó y fragmentó hasta caer en el olvido. Parece que muchas de las

respuestas están ocultas solo a primera vista: su efecto acumulativo sorprende y fascina, y resulta incluso chocante a aquellos que creen que todo lo que hay que saber de Sócrates ya lo sabemos.

El propósito de este libro es ofrecer una perspectiva nueva y con fundamento histórico de la personalidad de Sócrates, de sus primeros años de vida y de los orígenes de su estilo de pensamiento. Como las pruebas directas de que disponemos para ello son débiles, sesgadas y dispersas, hay que hacer uso de la evidencia circunstancial y la imaginación histórica para dotar de masa a los pocos —y preciosos— indicios que contienen las fuentes con las que contamos para acercarnos a su entorno y sus comienzos. La respuesta a la pregunta de cómo cambiaron y se desarrollaron sus ideas nos obliga a realizar una reconstrucción atenta de la cronología y de algunas otras fuentes, menos conocidas pero investidas de autoridad, que nos hablan de la vida de Sócrates y nos permiten trazarla desde su madurez hasta su infancia, pasando por la juventud.

Las opiniones más extendidas sobre Sócrates sostienen que era de origen humilde y que tuvo pocas oportunidades de formarse. Que de joven no debió de ser menos feo que de adulto, que la escasez de datos sobre su vida amorosa en la juventud significaba, necesariamente, su ausencia, y que era más pensador que hombre de acción. Si examinamos toda la evidencia de que disponemos veremos que es posible dar la vuelta a todos esos supuestos, y lo que se revela es el retrato de un hombre joven y atractivo, hijo de una familia que no estaba mal situada, que creció en el entorno de la élite ateniense, donde la aspiración de cualquier muchacho era hacerse un nombre por su heroísmo en el campo de batalla o dentro de la vida pública; un hombre que en su primera juventud aprendió a cantar la alta poesía griega y a tocar la lira, se sometió a una rigurosa disciplina física y mental, estudió con algunos de los mejores profesores del momento y se esforzó por cultivar las últimas actividades intelectuales, y cuya animada percepción de la vida en el plano erótico no encontró su expresión en el matrimonio —

conoció a Jantipa cuando ya había sobrepasado la cincuentena y su relación con su primera esposa, Mirto, es algo oscura—, sino en compañía de otros hombres, siempre inteligentes, y en el amor de una de las mujeres más sorprendentes y brillantes de su tiempo, Aspasia de Mileto.

La figura del joven Sócrates nunca ha sido suficientemente ponderada por los biógrafos, antiguos o modernos. Lo que sí está claro es que fue en sus primeros años como adulto cuando tomó la decisión de dedicarse a lo intelectual, gracias a diversas experiencias que lo transformaron y entre las que tal vez su relación con Aspasia fue la más significativa. Hasta ese momento, incluso después, se presentó siempre como guerrero impresionante, luchador atlético o bailarín, orador con cultura vastísima y amante apasionado.

Contemplar a Sócrates bajo esta luz desacostumbrada nos impulsa a seguir una serie de pistas sobre su vida y personalidad, a estudiar cómo se configuraron estas y a redescubrir las experiencias juveniles que le transformarían en un nuevo tipo de héroe: un filósofo cuyas originales reflexiones, comportamiento nada convencional y valor heroico ante la muerte han fascinado a pensadores e investigadores durante casi 2.500 años.

Introducción
Bajando a Sócrates de *Las nubes*

El brazo gigante de una grúa de madera se balancea lentamente sobre el escenario, desde el lado izquierdo hacia el centro. De la punta, con una soga de cáñamo, cuelga un enorme cesto de mimbre en el que va sentado un actor con máscara. Sus piernas penden con aire cómico y en ausencia de toda dignidad. La grúa cruje antes de pararse, con el cesto aún colgando de las cuerdas, meciéndose suavemente. Desde su asiento, elevado y móvil, Sócrates pronuncia sus primeras palabras, apremiantes: «¿Por qué me llamas, efímera criatura?». [1]

Estoy sentado en mi despacho de la Universidad de Oxford, imaginando el momento en el que la figura de Sócrates aparece por vez primera en *Las nubes*, la comedia de Aristófanes. Me acompañan dos estudiantes muy interesados con los que hago una tutoría. Es el equivalente moderno del método socrático, en el que el tutor sonsaca a los alumnos las respuestas que busca sometiendo las ideas y presupuestos de estos a un análisis crítico. El sol se cuela en rayos oblicuos por las ventanas con parteluz. Los alumnos leen por turnos sus ensayos sobre lo que representa Sócrates en la comedia. El quid de sus argumentos es que la forma en que aparece en la obra, que se representó por primera vez en un festival teatral de la antigua Atenas (año 423 a. C.), no reflejaba bien las actividades del filósofo, por lo que este debería observarse únicamente bajo un prisma cómico: ese era el recurso

por antonomasia de Aristófanes, que se convertiría en el mayor autor teatral de comedia de su era, pero en el momento de escribir esa obra tenía poco más de veinte años y era todavía un principiante.

La «efímera criatura» a la que se dirige el personaje de Sócrates en la obra es un viejo campesino llamado Estrepsíades, el antihéroe de la comedia. Estrepsíades aparece en escena al principio de la obra, revolviéndose en la cama, aparentemente en estado de gran excitación. La causa de su insomnio, según explica a la audiencia, es su hijo Fidípides, un derrochador que ha incurrido en importantes deudas con la compra y crianza de caballos pura sangre. Esta figura sería el equivalente, en la Atenas del siglo v a. C., de un joven de hoy que se gasta la fortuna familiar en coches caros de carreras.

Preocupado por tener que pagar las deudas del hijo, Estrepsíades (cuyo nombre en griego significa «retorcido» y que podría traducirse, al estilo dickensiano, como el Artero Retorcido), nos dice que ha urdido un ingenioso plan: ha oído que Sócrates dirige una escuela llamada el Caviladero, donde se enseña a los estudiantes a discutir todos los temas ganando el debate. En lugar de intentar saldar las deudas de Fidípides, piensa Estrepsíades, lo que va a hacer es mandarle a esa escuela para que aprenda a debatir en defensa de sus argumentos y pueda así librarse de pagar.

Parece la solución imaginativa perfecta a las preocupaciones del pobre viejo. Pero Fidípides no está por la labor. Como miembro de un colectivo selecto de jóvenes atenienses le espanta la idea de confraternizar con Sócrates y todos esos intelectuales harapientos y demacrados que asisten al Caviladero: hombres como Querefonte, devoto discípulo de Sócrates, un tipo huesudo de pelo largo que responde al sobrenombre del Murciélago y del que se dice que en una ocasión se atrevió a preguntar al Oráculo de Delfos «¿Hay alguien más sabio que Sócrates?». La respuesta fue «No».

Como no consigue que su hijo se inscriba en la escuela, Estrepsíades decide asistir él. Se presenta a las puertas del Caviladero, y un alumno algo arrogante le hace una breve presentación de las actividades de la escuela. Una vez dentro observa a los alumnos que están examinando los fenómenos terrestres: de pie, inclinados hacia el suelo, con el trasero apuntando al firmamento para investigar (según afirma el guía de Estrepsíades) los accidentes celestiales. Tras comentar con despreocupada ignorancia el aspecto curioso de algunos objetos (un globo enorme y un mapa de Grecia) que representan el estudio de la astronomía y la geografía, Estrepsíades ve al mismísimo Sócrates, el instructor en jefe, sentado en su silla a un lado del escenario. «¡Sócrates, Socratillo!», le dice en tono adulador.

Y ese es el pie para que el operador de la grúa —podría uno imaginarse a un esclavo fornido y sudoroso sentado a horcajadas en la base del mecanismo— entre en acción. Agarra los mandos de la grúa y con sus brazos musculosos se afana en maniobrar el enorme brazo de madera, del que cuelga un cesto que contiene a su ridículo pasajero enmascarado, y llevarlo hasta el centro del escenario.

Elevación cómica

La grúa, *mēkhanē* en griego, era una máquina escénica relativamente reciente a finales del siglo V a. C., que durante un tiempo fascinó a dramaturgos y espectadores. La forma latina de la palabra, *māchina*, da lugar a *máquina* (*machine* en inglés), pero, si partimos del griego, la palabra derivada es *mecanismo*. En unas cuantas tragedias que se han conservado aparece siempre al final de la obra. Normalmente es un personaje divino el que se eleva sobre el escenario gracias a esa grúa para explicar a los demás personajes y a los espectadores cómo se va a resolver una situación complicada: el callejón sin salida al que nos llevan la pasión, la toma de decisiones o los conflictos que se han ido desarrollando a lo largo de la

trama. El dios pronuncia su veredicto providencial —que contiene la solución— «desde la máquina». De ahí la expresión *deus ex mācchina*. [2]

A diferencia de las tragedias, las comedias de la Antigüedad eran una combinación de astracanada y sátira política con una parodia de personajes e instituciones. Aristófanes disfrutaba parodiando la institución teatral misma, incluido el empleo solemne de la máquina en el escenario. El potencial que ofrece la grúa para hacer un despliegue de humor queda patente en su comedia *La paz*, que se estrenó en el 421 a. C., dos años después de *Las nubes*. El contexto histórico de *La paz* fue la ferviente esperanza que habían depositado los atenienses en que los Estados griegos contendientes —los espartanos y sus aliados, que llevaban más de una década luchando contra los atenienses y sus aliados— llegaran pronto a un acuerdo de paz.

La Paz de Nicias, un acuerdo que recibió su nombre del político y general que dirigió las negociaciones del lado de los atenienses, se firmó más o menos cuando se estrenó *La paz*, en el año 421 a. C. Pero la guerra de desgaste que practicaban los espartanos había golpeado con fuerza a los terratenientes y campesinos de Ática. El héroe de *La paz* es el rústico Trigeo, un campesino de una aldea ateniense. Su nombre significa «el que cultiva viñas» o «vinatero». Harto ya del conflicto en el que Atenas lleva inmersa una década, Trigeo decide ir hasta el Olimpo —como hiciera, según cuenta la mitología, el héroe Belerofonte— con el propósito de bajar a la tierra a la diosa Paz en persona.

Belerofonte había surcado los cielos a lomos de Pegaso, legendario caballo alado, pero Trigeo ensilla una criatura algo menos noble: un escarabajo pelotero gigante. Al comienzo de la obra vemos a los esclavos haciendo enormes pelotas de estiércol para alimentar al monstruoso animal. El escarabajo se había construido con un bastidor de madera articulado, con la forma del insecto, y después se había cubierto de pieles y harapos y

dotado de unos cuernos de aspecto feroz que servirían de asidero a Trigeo. Este artefacto aterrador iba atado con sogas a la punta de la grúa o *mēkhanē*.

La grúa izará el escarabajo sobre el escenario, con el vinatero agarrado a su lomo. Se eleva hacia el cielo, hasta que empieza a sacudirse y a descender: se lanza de cabeza cuando percibe un tufillo que procede de una fuente de alimento que hay en el suelo, que huele a demonios. El vinatero grita aterrado:

> —¡Eh! ¿Qué haces? ¿Por qué te paras a olisquear esa sentina? Levanta la cabeza inmediatamente. Vuela directo al palacio de Zeus y deja de pararte constantemente a buscar comida. Y ahora, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que te ha llamado la atención? Por Zeus, ¡ahí abajo hay un hombre cagando! ¡En el Pireo!

En este momento cambia el tono del actor, que rompe la ilusión dramática hablando con su propia voz:

> Esto da mucho miedo. No podemos perder el tiempo tonteando por ahí. ¿Dónde está el operador de la grúa? ¡Tenga cuidado con lo que hace! Siento cómo sopla el viento en mi propia barriga. Si no tiene más cuidado este escarabajo se parará a cenar, porque yo, desde luego, me cago.

¿Cómo podremos extraer algo serio de este humor crudo y escatológico? No hay muchos detalles de *La paz* que tengan que ver con los intentos de la época de acabar con las guerras entre los Estados griegos. Así que, ¿podemos aspirar a enterarnos de algo, en torno al Sócrates histórico, leyendo esa astracanada irreverente que es *Las nubes*?

Historia de dos nubes

En el caso de *Las nubes* hay una complicación añadida. La obra original se perdió, y el texto que ha sobrevivido no es la versión de la obra que se representó en el 423 a. C., sino una versión revisada que Aristófanes hizo circular, impresa, unos años después. En la versión original, la que se representó en escena, el astuto plan de Estrepsíades funciona. Ayudado por un estilo de argumentación sin escrúpulos que ha aprendido a formular en la

escuela de Sócrates, gana la partida a los acreedores antes de unirse a los adeptos del Caviladero para celebrar por todo lo alto su triunfo.

Cuando se representó la obra, en el año 423 a. C., en un certamen en el que participaban otros dos dramaturgos rivales que habían presentado sendas comedias, Aristófanes estaba preparado para la decepción. Por el texto que ha sobrevivido sabemos que *Las nubes* era su obra más divertida e inteligente hasta el momento, pero al público no le gustó: su mensaje les pareció chocante e inmoral, y no lo aprobaban. Y la obra quedó la última del concurso. [3]

Sabemos todo esto por la versión de la obra que se conserva y en la que Aristófanes expone las circunstancias de su revisión. En una sección de la obra revisada, llamada *parábasis* (que significa «avance»), un actor que hace las veces del autor sale a escena y se dirige al público en estos términos: «Queridos atenienses: rechazasteis esta obra la primera vez que se representó. No captasteis el humor que contenía, ni el quid de la cuestión. Era demasiado irónica, demasiado elevada, demasiado sofisticada para vosotros». Según declara, el poeta ha revisado la obra para que se adecue a los gustos, menos elevados, de los espectadores y se centre en los tropos ordinarios de la astracanada (como ese tan empleado del viejo que pincha a la gente con una vara cuando hace un chiste malo), y ha modificado el final para que sea de su gusto. La moraleja de la comedia —que el tipo de instrucción que se le imputa a Sócrates es condenable— tendría que quedar claro ya hasta para el espectador más básico.

En esta nueva versión, por lo tanto, la trama da un giro diferente: en lugar de gozar con argumentos chanchulleros y tratos deshonestos, a Estrepsíades se le hace ver lo erróneo de su procedimiento. Su cambio de opinión se produce después de que el hijo, Fidípides, le derrote en una discusión sobre el discurso que se propone dar durante la cena. El discurso procede de una tragedia subida de tono del dramaturgo vanguardista Eurípides que el anticuado Estrepsíades encuentra bastante indecente. En

respuesta a esto, Fidípides le ataca y comienza a rebatir los argumentos de su padre con impresionante convicción:

> Pues dime, ¿no es justo que también yo sea cariñoso contigo de la misma manera y te pegue, puesto que en eso consiste ser cariñoso, en pegar? [...] Los hijos lloran, ¿crees que el padre no ha de llorar? Tú afirmarás que la costumbre es que eso sea cosa del hijo; pero yo podría contradecirte diciendo que «los viejos son dos veces niños». Y es más natural que lloren los viejos que los jóvenes, en la medida en que es menos razonable que ellos cometan faltas (*Las nubes*, 1412-1419).

Pegar al padre era, según los griegos, lo peor que podía hacer un hijo. Asombrado por el comportamiento de su hijo, Estrepsíades se arrepiente de su anterior decisión y se pone de parte de Sócrates, su escuela y todo lo que significan. En la escena final de la obra que se conserva, el viejo prende fuego al Caviladero y tira piedras a los alumnos —su propio hijo entre ellos — cuando huyen del edificio en llamas para salvar su vida. El triunfo de la sofistería y de los argumentos retorcidos que se presentaba en la obra original, la del 423 a. C., se convierte en esta versión publicada pocos años después en una escena que simboliza la destrucción violenta del intelectualismo más peligroso. [4]

El Sócrates de *Las nubes*

Aristófanes era consciente de que el éxito de los métodos sin escrúpulos que atribuye al personaje de Sócrates en la primera versión de la obra no había encajado bien con el público. No tenemos manera de saber si la versión revisada, la que aún podemos leer en la actualidad, pudo llegar más lejos: no existe evidencia de que la segunda versión de *Las nubes* se representara en escena, al menos no en el Teatro de Dionisos, el más grande y prestigioso de Atenas y sede del mayor festival religioso y dramático de la ciudad.

¿Iba a tener mejor acogida aquel final terrible, con la conflagración del Caviladero de Sócrates, que el triunfo de los argumentos retorcidos?

Aristófanes estaba realmente convencido de ello. Todo esto suponía no solo que al verdadero Sócrates —que habría resultado familiar a la mayoría de los espectadores— se le asociaba con este estilo de argumentación, sino que merecía ser castigado por ello. El jubiloso retrato de su caída sugiere además que podría no haber sido especialmente popular entre la masa de ciudadanos atenienses (*demos*), muchos de ellos iletrados, que llegaban de las *demes* (pequeñas poblaciones) de Ática para asistir al gran festival de teatro de la ciudad.

Pero los espectadores que asistían a las representaciones teatrales estaban allí, sobre todo, para entretenerse. Es poco probable que tuvieran noticia de las opiniones reales de Sócrates o de los métodos que empleaba. Las antiguas obras cómicas eran groseras y estaban concebidas para provocar y, como sucedía con los espectáculos de revista de hace algunos años o los espectáculos satíricos, se cebaban con algunos personajes de la vida pública o la política. En este contexto, ni siquiera los que tenían cierto conocimiento de los procedimientos filosóficos de Sócrates debieron sentir mucha preocupación por si el retrato que ofrecía la obra era ajustado o prejuicioso. En general se da por hecho que el personaje de Sócrates en *Las nubes* dista mucho de ser un retrato veraz o realista del hombre que fue. Normalmente se empleaba para representar la encarnación de una serie de maestros de la época, con rasgos de unos y otros: aquellos intelectuales que se denominaron *sofistas*, palabra de la que derivan los términos *sofistería* y *sofisticado*.

Los sofistas fueron los pensadores más inteligentes y originales del siglo v a. C. De ellos solo unos pocos eran ciudadanos atenienses. Procedían en su mayoría de las ciudades- Estado griegas de fuera de Atenas, como las que había en la península Griega o en las islas del Egeo, o de lugares más remotos, como las ciudades griegas del sur de Italia, Sicilia, Jonia (la costa de Asia Menor, hoy Turquía occidental). Durante todo el siglo v a. C. coincidieron en Atenas, que tras las guerras con Persia se había convertido

en el núcleo cultural y político de Grecia. Daban conferencias y, en muchos casos, publicaban libros y tratados sobre disciplinas que iban desde la gramática, la astronomía o la medicina hasta la escultura, la arquitectura o la guerra. Algunos ofrecían sus consejos en materia de estrategia bélica para ganar batallas. La mayor parte, se cree, eran sospechosamente proclives a ofrecer sus estrategias para ganar disputas.

Las disciplinas que estudian Sócrates y los miembros de su escuela en *Las nubes* son las típicas de los sofistas: astronomía, geografía, historia natural, acústica, medidas y gramática. Los atenienses de a pie, que se dedicaban a actividades básicas como el comercio y la artesanía, la lucha y, sobre todo, la agricultura, consideraron que todos esos empeños intelectuales eran inútiles o algo peor, y miraban con escepticismo y hasta con desprecio a quienes las practicaban o las enseñaban. La mayoría de los atenienses eran, además, supersticiosos, y existía un miedo generalizado a que todo análisis racional de los fenómenos naturales, que se consideraban tradicionalmente manifestaciones del poder divino, fuese en el fondo una práctica sin base religiosa alguna que podía terminar despertando la ira divina. A algunos pensadores racionalistas, como el filósofo de Anaxágoras de Clazomene, se les acusó de ser impíos y fueron juzgados.

Los afanes intelectuales de altos vuelos no eran rasgos que Platón o Jenofonte —que son los autores que más información nos han proporcionado sobre Sócrates— atribuyeran al filósofo ateniense. Sin embargo, hay pruebas de que, en alguna época temprana de su vida, Sócrates se interesó por las ideas científicas, sobre todo por el estudio de la naturaleza. Según cuenta Platón en su diálogo *Fedón* —que es un relato de sus últimas horas de vida— le interesaba mucho la investigación de los fenómenos físicos, aunque luego se sintió desencantado con esa experiencia porque no le ofrecía las respuestas sobre la vida que iba buscando. [5]

Platón estaba empeñado en que se diferenciara a Sócrates de los sofistas: no quería que la reputación que estos tenían de torcer las palabras con su

ingenio a expensas de la verdad dañara la imagen de Sócrates. En consecuencia, quizá restó importancia al interés que el joven Sócrates había mostrado en aquellas disciplinas con las que se asociaba a los sofistas. Sin embargo, si en los primeros años de su vida hubo un período en el que Sócrates —según Platón— estuvo vinculado a todas las ideas consideradas «sofistas», el retrato que Aristófanes hace de él en su comedia del 423 a. C., donde le muestra como cerebrito o como el científico típico, quizá no distaba tanto de la realidad como les pareció a algunos lectores posteriores.

El retrato de Sócrates que nos ofrece la comedia en la década de 420, más o menos cuando nacieron Platón y Jenofonte, aporta una importante corrección a los retratos idealizados que hicieron de él los biógrafos, o bien como hombre que se cuestionaba con actitud analítica una serie de presupuestos éticos, o bien como paradigma del sentido común más fundamental. *Las nubes* nos recuerda que, a pesar de todas sus virtudes reales, Sócrates no era un santo sino un hombre terrenal, de carne y hueso, cuyas ideas y comportamiento podían hacerle muy impopular entre sus paisanos atenienses. Y sus defectos, contradicciones y peculiaridades habrán resultado mucho más notorios a sus contemporáneos que a las generaciones siguientes, que tenían que fiarse casi en exclusiva de la selección de relatos y retratos construidos desde la admiración que nos dejaron sus partidarios y defensores.

A pesar de todo, ningún filósofo anterior o posterior a Sócrates fue como él. Fue el pensador menos usual y más original de su tiempo, y el legado de su vida y muerte le elevó a la categoría de héroe moral y filosófico para las generaciones que le sucedieron. Lo que los biógrafos no nos cuentan, quizá porque nunca lo supieron a pesar de que dejaron muchas pistas desperdigadas por sus voluminosos escritos, es cómo y por qué Sócrates, que creció en muchos sentidos como un ateniense normal y corriente de su época, cambió en un determinado momento, entre la juventud y la madurez,

y se convirtió en el pensador extraordinario que ellos mismos conocieron y reverenciaron.

Interpretando a Sócrates

Alrededor del año 200 d. C., seis siglos después de la representación de *Las nubes*, un autor romano muy culto llamado Eliano escribió sobre un incidente que tuvo lugar en la primera —y probablemente única— puesta en escena de la obra en el siglo v. Eliano contaba que el propio Sócrates, que estaba entre el público, se levantó de su asiento para explicar a los espectadores cuál era el espíritu de la obra. [6]

A pesar de lo tardío de este testimonio hay buenas razones para creer que Sócrates pudo estar presente en la representación de la comedia. Las Dionisíacas eran el festival religioso más grande de Atenas: se celebraba a principios de la primavera y lo frecuentaba una importante cuota de la población masculina adulta aunque, en menor proporción, quizá también asistía alguna mujer. En la *Apología* —el discurso que pronunció en su juicio, según nos lo transmite Platón— Sócrates menciona el retrato que de él se hace en *Las nubes*, donde aparece como maestro de la argumentación inmoral, y dice que eso influyó en la imagen negativa que se formaron los atenienses.

Cuando se representó la comedia, Sócrates tenía cuarenta y seis años. En su día, el Teatro de Dionisos no era, seguramente, esa impresionante estructura semicircular de piedra que conocemos hoy y que se amplió un siglo después, sino un vasto espacio abierto con gradas de madera que se elevaban en torno a un escenario también elevado por tres de sus lados. [7] Se dice que Sócrates solo fue al teatro en contadas ocasiones, pero que en el caso de *Las nubes* asistió porque sabía que en la comedia de Aristófanes (y seguramente otras que se iban a representar en el mismo festival) aparecía un personaje que se llamaba como él.

Podemos imaginar a Sócrates levantándose temprano aquella mañana y hacer el trayecto hasta el centro de la ciudad desde su casa, en el pueblo de Alopeke, que estaba justo en la entrada de la muralla por el sureste. Como era a principios de la temporada de navegación, cuando el tiempo es templado y el mar está en calma, del otro lado del mar Egeo llegaban muchos visitantes para asistir al festival y a las representaciones teatrales. Eran turistas, comerciantes y profesores del Peloponeso y de la zona norte de la península o de las islas del Egeo y las ciudades griegas de Jonia.

El hecho de que le convirtieran en protagonista de una obra teatral que se representó en las Dionisias Ciudadanas nos lleva a pensar que Sócrates ya era en aquellos tiempos una personalidad muy conocida entre los atenienses. Ya había aparecido algún personaje llamado así en otras obras satíricas anteriores y se le citaba en al menos otras dos comedias representadas ese año, una de ellas en el mismo festival que *Las nubes*. *Konnos*, cuyo autor era Ameipsias, rival de Aristófanes, llevaba ese título en honor de Conno de Atenas, un profesor de lira que enseñó a Sócrates a tocar el instrumento ya de adulto. La obra de Ameipsias está perdida, aunque aparecen varias citas sobre ella donde se daba a entender que presentaba a Sócrates como un alumno no muy capaz, que se esforzaba en dominar los estilos musicales vanguardistas que estaban de moda en su tiempo.

En aquel festival, la obra de Ameipsias venció a *Las nubes* y ganó el segundo premio en el concurso. El primer premio lo ganó un comediógrafo mayor, Cratino, cuya obra *El jarro de vino* no tenía nada que ver con Sócrates: trataba del propio Cratino, del que sus oponentes se habían burlado en numerosas ocasiones en sus propias comedias presentándolo como un borracho. En esta ocasión, Cratino respondía a quienes le criticaban demostrándoles que beber vino es necesario para que un poeta escriba una buena comedia. Quedó claro que el público prefería su humor sin pretensiones antes que la burla que de Sócrates hizo Ameipsias en *Konnos* y la sátira sofisticada de Aristófanes.

Aunque era muy conocido entre sus conciudadanos de Atenas, Sócrates no era una figura familiar para los griegos que llegaban de fuera. Según Eliano, algunos de los forasteros que asistieron a la representación de *Las nubes* preguntaron «¿Quién es ese Sócrates?». Entonces Sócrates se levantó de su asiento y se quedó de pie en silencio durante el resto de la obra, un gesto con el que pretendía indicar a todo el mundo quién era el verdadero Sócrates; sugiere Eliano que la máscara con su retrato que llevaba el actor que le representaba en la obra se le parecía mucho. Algunos interpretaron aquel gesto de Sócrates como una indicación: «Ese personaje que hay sobre el escenario soy yo» mientras para otros significaba una advertencia al público: «Ese personaje no soy yo». Independientemente de cuál fuese su propósito, uno imagina al filósofo de pie entre los asistentes con expresión impasible para dejar clara una cosa: «Yo soy Sócrates», una afirmación con reminiscencias de ese momento icónico de la película *Espartaco* en el que el protagonista, interpretado por el actor Kirk Douglas, declara: «Yo soy Espartaco».

La actitud de Sócrates en esta ocasión nos recuerda su tendencia a permanecer de pie durante largos períodos de tiempo, en un estado similar al trance, cuasicatatónico, lo que había suscitado la curiosidad y provocado los comentarios de los espectadores en anteriores ocasiones. Podría suponerse que había cierta explicación médica o psicológica en la raíz de esa conducta y que, si era verdad que Sócrates la había sufrido desde su juventud, quizá eso influyó de algún modo en su decisión de dedicarse a la vida filosófica.

La verdadera Tragedia

Cuando escucho a mis alumnos leer sus ensayos e intentar distinguir al Sócrates «real» del que nos muestra el personaje de la obra teatral, visualizo el momento en el que este entra en escena colgando de una grúa. Debió de

ser una entrada muy eficaz desde el punto de vista cómico, y me recuerda algunos episodios de la vida de Sócrates que tienen una calidad potencialmente teatral, aunque de índole menos ligera.

En un párrafo de *El banquete* de Platón, por ejemplo, se cuenta que Sócrates participó en una prolongada campaña militar en el norte de Grecia que representó un gran desgaste: tenía que caminar descalzo sobre la nieve y el hielo, y hubo de rescatar a su amigo Alcibíades sin ayuda de nadie en medio de una batalla. En el transcurso de esa campaña, algunos soldados le observaron con curiosidad y sorpresa: pasó una noche entera de pie sobre una roca, aparentemente sumido en profundos pensamientos. En otra ocasión, Sócrates se quedó parado, ensimismado en su contemplación: fue poco antes de llegar al banquete que se narra en la obra de Platón del mismo nombre. En consecuencia llegó tarde a cenar, pero al final de una larga serie de discursos sobre el amor que dieron algunos de los asistentes, aquel Sócrates incontenible y robusto resistió hasta el amanecer sin dejar de beber y debatir animadamente, mientras la mayoría de sus compañeros de mesa sucumbían al vino y el sueño.

Por algún otro texto sabemos que en el 406 a. C., ya al final de su vida y siendo miembro del Consejo de Estado, Sócrates se puso en pie ante la cámara hostil —y, posiblemente, ante una turba airada— e intentó con todas sus fuerzas evitar la ejecución ilegal, en masa y sin juicio, de seis mandos militares atenienses que no habían conseguido salvar del ahogamiento a unos marinos durante una tormenta posterior a una batalla marítima. Mostró un coraje similar en otra ocasión, dos años después: fue cuando a riesgo de ser sometido a juicio sumarísimo él mismo, desafió el mandato de arrestar a un ciudadano inocente, León de Salamina, que había sido condenado a muerte por los Treinta Tiranos, una junta de gobierno tiránica, como indica su nombre, que se había hecho con el poder tras vencer Esparta a Atenas en la guerra del Peloponeso.

La calidad heroica y teatral de estos episodios culmina con el dramático clímax de la vida de Sócrates, su juicio y su muerte. Acusado de cargos como «corrupción de los jóvenes e introducción de nuevas deidades», Sócrates fue sometido a juicio en el año 399 a. C., ante un jurado de quinientos conciudadanos atenienses. Al no conseguir convencerles de que votaran por su absolución con el discurso que se reproduce en la *Apología* de Platón, fue condenado a muerte y enviado a prisión. Platón cuenta en el *Fedón* cómo los afligidos partidarios de Sócrates se reunieron en la cárcel para tener con él una última conversación sobre la vida y la muerte. Allí permanecieron de pie, contemplándole mientras él tomaba tranquilo la infusión de cicuta que le fue paralizando poco a poco todo el cuerpo, desde los pies hacia arriba hasta que, en cuestión de minutos, su corazón dejó de latir.

Esta escena final ha cautivado a escritores, pintores, directores de cine y autores satíricos: pero podría la historia de Sócrates, me pregunto yo, llevarse a un escenario o al cine ensartando algunos de los episodios más luminosos de su vida, y finalizar con la escena de su muerte? Algún cineasta (como Roberto Rossellini, en su película *Sócrates* de 1971) lo intentó, con relativo éxito. No solo es complicado captar la atmósfera de la vida en la antigua Atenas: la historia de Sócrates como la conocemos no queda bien en la gran pantalla.

¿Y por qué sucede eso? Porque aunque el filósofo era, indudablemente, una figura teatral en muchos sentidos, en las páginas de Platón y Jenofonte, Sócrates aparece sobre todo como pensador, como hombre que cuestiona y debate. Durante más de tres décadas, desde aproximadamente los cuarenta años de edad, Sócrates estuvo frecuentando el ágora, que era plaza del mercado y corazón de la antigua Atenas, incitando a sus conciudadanos a debatir y analizar sus creencias y presupuestos morales, que nunca antes se habían cuestionado. La naturaleza de esta actividad, que Sócrates mantuvo durante la mayor parte de su madurez y ancianidad, constituye un material

poco prometedor para lucirse en escena. Un cineasta tendría que esforzarse mucho para producir un *biopic* atractivo de ese personaje que hemos conocido a través de Platón y Jenofonte. Hay momentos espectaculares en su biografía, no cabe duda, sobre todo esa culminación que supuso el drama de su juicio y la conmovedora escena de la muerte. Pero también hay un problema: que el personaje de Sócrates no cambia.

La obra es la cuestión

Como muchos de los hechos que, se supone, conformaron la vida de Sócrates, esa historia que nos habla del filósofo poniéndose de pie durante la representación de *Las nubes* no aparecerá hasta mucho más tarde. Como Eliano escribió su obra seis siglos después de la muerte de Sócrates, algunos historiadores creen que la anécdota que cuenta no es más que una invención colorida. [8] Y esa invención pudo inspirarse en todas las ocasiones en que, al parecer, Sócrates permaneció de pie varias horas seguidas. Con todo, la valoración de esa posible prueba biográfica da pie a algunas preguntas sobre el método histórico y, sobre todo, la evaluación de los materiales que sirven de fuente para narrar su vida. ¿Cuándo podemos fiarnos de que una fuente dice una verdad histórica y cuándo no?

Normalmente los estudiosos han decidido asumir —y eso les deja satisfechos— que Sócrates estaba presente en la representación de *Las nubes*. Y esto ocurre porque, como ya hemos dicho antes, en la *Apología* —la famosa narración del discurso de defensa de Sócrates que nos ofrece Platón—, pronunciada durante el juicio que se celebró en el 399 a. C., Sócrates hace una alusión a la comedia y a su influencia perniciosa en la opinión que el jurado se hizo de él. En este caso y en otros, Platón pasa por fuente perfectamente fiable, pero el juicio tuvo lugar dos décadas después de la primera representación de la obra, y no existen registros de que hubiera representaciones posteriores. ¿Habría mencionado Sócrates en

algún momento cómo se le retrataba en aquella obra teatral representada hacía tanto tiempo? ¿Tenía sentido que una obra representada unos veinte años atrás, y que seguramente no había visto la mayoría del jurado, pudiera seguir influyendo en la opinión de la gente? [9]

Entonces es posible que no tengamos que dar crédito a Platón por el discurso del juicio ni considerar este como un registro certero de tal suceso. Dado que la *Apología* se escribió tantos años después de que Sócrates pronunciara su famoso discurso, no es posible saber con claridad hasta qué punto era fiel, o pretendía serlo, a lo que de verdad dijo en su momento. Puede que Platón se inventara la parte del discurso en la que Sócrates habla de que Aristófanes le incluyó como personaje en *Las nubes*. Platón pudo suponer que sus lectores conocían la obra, seguramente la versión revisada que se conservaba escrita, si no la obra original. Y no hay duda de que le interesaba mucho dejar constancia de que el retrato de Aristófanes no hacía justicia a Sócrates. Y nosotros podemos sentirnos inclinados a creer que los demás elementos del discurso que Platón puso en boca de Sócrates incorporan, sutilmente, una serie de ideas que son las que Platón quería que se hicieran los lectores respecto a la vida y actos de su amado maestro.

Valorando las pruebas

Con tanto espacio para la duda, las perspectivas de una reconstrucción de Sócrates que fuese auténtica desde el punto de vista histórico, ya fuese de su juventud o de su madurez, se antojaban cada vez más remotas. ¿Cómo podemos introducirnos en las profundidades, superando las distorsiones del retrato de Sócrates, tanto del que creó Aristófanes con intención cómica o de esos otros más serios y apologéticos que quisieron ofrecernos sus compasivos biógrafos, Platón y Jenofonte? ¿Qué podemos llegar a saber de la vida real y de lo que pensaba Sócrates, especialmente durante sus años mozos?

La investigación de la historia del joven Sócrates parece ofrecernos, a primera vista, un vacío casi absoluto. Sus numerosos biógrafos de la Antigüedad nos dan datos escasos y aleatorios sobre la juventud y la adolescencia de Sócrates, y las demás fuentes no parecen aportar más que unos pocos detalles —por lo demás, cuestionados— que se añaden al silencio. Podría parecernos que, dada la escasez de pruebas referidas al joven Sócrates, estamos condenados a la ignorancia o a la fantasía especulativa sobre los primeros años de su carrera. ¿Por qué debería importarnos esto? Simplemente porque parece posible que las experiencias tempranas de Sócrates y sus allegados encierren una pista crucial para explicar por qué en algún momento, al principio de su madurez, el filósofo inauguró un estilo que acabaría remodelando la dirección del pensamiento filosófico occidental. Como dijo el orador y estadista romano Cicerón: «Sócrates bajó la filosofía de los cielos a la Tierra».

Los filósofos que le precedieron —los presocráticos— no tenían interés en saber cómo deben vivir los seres humanos ni cómo podemos intentar dilucidar lo que es verdad o lo que es bueno. El objetivo fundamental de sus investigaciones era ofrecer especulaciones plausibles sobre cuestiones como la composición física del universo y la génesis del mundo material. Sócrates, sin embargo, pensaba que no había nada más importante que conocer la mejor forma de cultivar y entrenar la *psyche*, el alma o el espíritu del ser humano. Se tomó muy en serio el sucinto mensaje que está inscrito en el templo de Apolo en Delfos: «Conócete a ti mismo». Trató de abrir camino para llegar a ese conocimiento de uno mismo mediante el cuestionamiento infatigable y el análisis de las personas y las ideas, y declaró que «una vida sin examen no tiene objeto vivirla para el hombre».

Entonces ¿qué fue lo que inspiró a Sócrates a dedicar su mente, inusualmente analítica, a esta original búsqueda del significado moral más hondo, y que acabaría generando ese impresionante patrimonio de pensamiento moral, ético y epistemológico que ha legado al mundo? ¿Qué

le hizo empeñarse en perseguir con tal urgencia, resolución y persistencia, a costa de la aceptación social y, en último término, de su propia vida, una nueva forma de pensar en el sentido de la existencia humana? ¿Qué obstáculos intelectuales y emocionales encontró y se vio obligado a superar para poder hacerlo? ¿Qué experiencias personales de juventud, incluida quizá la de enamorarse y fracasar en el amor, pudieron contribuir a delinear su opinión y alterar el curso de su vida?

Era, según se ha dicho, hijo de familia humilde, de un mampostero y una partera, y los primeros años de su vida parecen revestir poco interés. Aunque seguramente tuvo una existencia más activa después, cuando abandonó su ciudad natal para hacerse soldado, Sócrates aparece en la historia como pensador hecho y derecho, y pocos han sentido la necesidad de investigar qué hubo antes. Al examinar la cronología de la vida y la carrera de Sócrates, sin embargo, cada vez resulta más evidente que los acontecimientos de su juventud y sus vivencias más tempranas, que tuvieron lugar mucho antes de que lo conocieran Platón, Jenofonte o incluso Aristófanes, tuvieron seguramente un papel destacado en la formación del pensador en el que habría de convertirse.

La aparente escasez de datos sobre los primeros años de vida de Sócrates ha llevado a eruditos e historiadores a aceptar que no hay forma de responder adecuadamente a las preguntas sobre la trayectoria intelectual o emocional que le llevó a abrazar la vida filosófica y el pensamiento. Pero existe un camino iluminado que nos lleva a la juventud de Sócrates, un camino basado en la evidencia que se ha pasado por alto o se ha malinterpretado y que nos permite revisar el trasfondo histórico y social de los primeros años de su vida y elaborar, partiendo de unos cuantos detalles circunstanciales, la historia de su juventud y su desarrollo intelectual. Dirige nuestro examen exhaustivo de las contradicciones que, aparentemente, existen en las fuentes originarias y sus silencios para que tengamos en cuenta el peso de los datos menos conocidos. Y nos guía para

que consideremos todo lo que los biógrafos de Sócrates podrían haber descuidado, ocultado o pasado por alto y descubramos por qué lo hicieron.

Al centrarnos en el tema de Sócrates enamorado estamos extrayendo de fuentes históricas las pruebas de una serie de acontecimientos en los que es posible que él tomara parte. Y esto nos obliga a mirar con ojos nuevos las cualidades atribuidas a él por Platón y Jenofonte, que a fin de cuentas nacieron cuando Sócrates ya era casi un anciano y solo pudieron conocerle como tal. [10] Y se nos invita a mirar a esas pruebas menos sistemáticas que se conservan de su vida, y no solo al retrato que nos han ofrecido sus principales biógrafos.

En textos de autores posteriores como los de Plutarco, entre el siglo I y II d. C., o de Diógenes Laercio, en el siglo III, encontramos relatos y anécdotas sobre Sócrates que se extrajeron de fuentes antiguas, incluidos Platón y Jenofonte, pero también hemos de escarbar en restos de citas de testigos que no fueron tan afines a él, como Ion de Quíos, Aristóteles y Aristógenes. Ion era contemporáneo de Sócrates, algo mayor que él, y Aristóteles y Aristógenes, aunque de una generación posterior (Aristóteles fue alumno de Platón y maestro de Aristógenes) sin duda conocieron a gente mayor que, a su vez, trató a Sócrates.

Los testimonios de estas fuentes presentan una perspectiva biográfica exenta de toda idealización y que seguramente no tuvieron en cuenta los historiadores modernos —sobre todo cuando sus opiniones difieren de las de Platón o Jenofonte—, que las despreciaron por considerarlas invenciones sin fundamento, desinformadas u hostiles. Pero de ellos hemos aprendido, por ejemplo, que Sócrates viajó de joven a Samos con un amante suyo, varón, mayor que él; que se casó más de una vez y que pudo mantener su modo de vida alquilando propiedades. Si esto es cierto, la imagen de Sócrates que nos ofrecen estos detalles es muy distinta de la que se ha proyectado siempre.

¿Cómo podemos establecer la fiabilidad de este tipo de fuentes? Toda investigación histórica nos obliga a valorar las pruebas que obtenemos de cada fuente y a tratar de crear un relato convincente a partir de ellas. El Sócrates de los antiguos biógrafos solo puede ser, si no una ficción, al menos un constructo selectivo e imaginativo. El Sócrates de la obra de Aristófanes se diferencia del Sócrates de Platón, y el Sócrates de Platón no es el mismo que el de Jenofonte. Plutarco y Diógenes Laercio preservan elementos de todas esas fuentes, aunque se distancien de ellas en el tono y los detalles. Nuestra imagen de Sócrates será, inevitablemente, distinta a su vez de todas estas.

Si utilizamos todas las pruebas que podamos encontrar y que parezcan tener valor histórico, y tenemos especial cuidado en respetar la cronología de los acontecimientos que sirven de marco a las actividades del filósofo, podremos sentirnos no menos inclinados y con no menos derecho a crear nuestro propio constructo imaginativo sobre Sócrates. La razón principal para querer presentar a mi propio Sócrates es que las pruebas de que disponemos sobre las primeras décadas de su vida, terriblemente oscuras, reclaman una atención nueva, una reevaluación y una reinterpretación. Y solo estudiando esas pruebas bajo una luz distinta tendremos la oportunidad de entender como nunca pudimos hacerlo antes cuál fue el posible curso de la vida temprana del filósofo y qué significó a la hora de desarrollar su pensamiento.

Vida y pensamiento

¿Y por qué ha de interesarnos la historia de la vida de Sócrates? Muchos pensarán que lo que realmente importa es el legado de sus ideas filosóficas y sus procedimientos. Sócrates es admirado sobre todo por haber sido una de las grandes figuras fundadoras de la tradición intelectual de Occidente. Sus ideas, tal y como las transmitió Platón, cambiaron la forma de ver la

vida, la verdad y el conocimiento, y han dejado a la humanidad un legado vastísimo de pensamiento moral y filosófico que no tiene precio. El filósofo Alfred North Whitehead afirmó que «como mejor se explica la tradición filosófica europea es diciendo que se compone de una serie de notas a pie de página en los textos de Platón». Los diálogos de Platón han llamado nuestra atención llevándola a las preguntas que planteaba Sócrates, que siguen manteniendo intacta su relevancia en nuestro mundo de hoy. ¿Qué es la justicia? ¿Qué es la bondad? ¿Qué podemos saber realmente? ¿Cuál es el objetivo de la educación? ¿Cuál es el significado del valor? ¿Cómo deberían proponerse vivir los seres humanos? ¿Qué significa realmente el amor?

Sin embargo, la biografía de Sócrates también importa. A pesar de que no dejó nada por escrito, sus ideas sobrevivieron en parte gracias al hecho de que viviera y muriera por sus principios filosóficos, motivando a sus devotos seguidores, Platón y Jenofonte, a contar su historia para la posteridad. [11] Esto hace que no solo importe el contenido de sus ideas, sino la forma en que vivió y murió. La comparación con el fundador del Cristianismo es inevitable: la historia de la vida y la muerte de Jesucristo, tal y como se narra en el Nuevo Testamento, es fundamental para entender y valorar su mensaje. [12] Especialmente la justicia —o ausencia de justicia— que rodea a la ejecución de Sócrates por parte del Estado ateniense sigue siendo objeto de debate. Platón, su alumno más destacado y devoto, estaba seguro de que se había cometido un error terrible, y pasó el resto de su vida promocionando su versión de las ideas de Sócrates con el fin de mostrar que su maestro era mártir de la verdad que había intentado defender.

De modo que ¿cómo podremos reconstruir un relato plausible de lo que transformó a Sócrates hombre en Sócrates filósofo? Cuando se estrenó *Las nubes*, en el 423 a. C., ya hemos visto que Sócrates tenía cerca de cincuenta años. Tomando la obra como prueba podemos afirmar que ya era muy conocido y que se le identificaba con un maestro pobre e intelectual de alto

nivel. Esa era la reputación que le rodeaba, a pesar de que, según Platón, había luchado con notable valor en la batalla de Delio hacía solo un año y a pesar de que llevaba mucho tiempo relacionándose con personalidades destacadas de la vida pública ateniense, como el popular político y *playboy* Alcibíades. ¿En qué momento cambió Sócrates el curso de su carrera y pasó de ser un hombre de acción a un pensador por encima de todas las cosas? ¿Por qué se produjo ese cambio? La evidencia nos arrastra, insistente: nos lleva, bajo mi punto de vista, hacia un período muy anterior de su vida, y al título de este libro: la historia de Sócrates enamorado.

1
Por amor de Sócrates

¿Qué es el amor? La pregunta se formula en un comedor bien amueblado de Atenas, iluminado con lámparas de aceite titilantes, en casa del dramaturgo Agatón. La fecha, 416 a. C. Un grupo de hombres reclinados en divanes contemplan a Sócrates mientras habla y le escuchan arrobados. Algunos ya han pronunciado su propio discurso sobre el tema, y es el turno de Sócrates. Hombre rechoncho, de constitución robusta y de unos cincuenta años, con los ojos muy separados y la nariz chata, Sócrates habla con reposada seguridad y su presencia tiene un poder hipnótico: «Lo único de lo que de verdad sé algo es del amor», dice. [1]

Parece que habla en serio. Sus oyentes saben, sin embargo, que es un maestro de la ironía, de manera que no tienen muy claro si deben tomarse esa afirmación al pie de la letra. No dudan de que esté diciendo la verdad, como tampoco dudarían de la existencia del dios Apolo, que pronuncia sus confusos oráculos en Delfos por boca de una niña sacerdotisa, la Pitia. Pero ¿a qué se refiere Sócrates cuando habla de «saber», si tiene fama de ir por ahí afirmando que solo sabe que no sabe nada? Igual que las afirmaciones del oráculo de Delfos suenan siempre ambiguas, da la impresión de que las palabras de Sócrates tienen un significado oculto. La palabra que Sócrates emplea para hablar del «amor» es *erōtika*, que significa literalmente «todo lo referente a Eros» o «ámbito de lo erótico», y es muy parecida a otro

término griego, *erōtan*, que significa «hacer preguntas». Como Sócrates se ha hecho un nombre como pensador que solo ofrece preguntas y no respuestas, tal vez el comentario esconde un tinte irónico. ¿Sugiere acaso a su público que su conocimiento del amor reside en el arte de hacer preguntas?

El misterio del amor

Lo siguiente que dice Sócrates nos ofrece la respuesta definitiva a la pregunta ¿Qué es el amor?, pero él no da la respuesta: explica a su audiencia que se trata del relato de una conversación que mantuvo tiempo atrás —suponemos que en su juventud— con una mujer sabia llamada Diotima y en la que él hacía preguntas sobre el amor y ella le daba la respuesta. Incluso cuando ofrece su disertación sobre el amor continúa Sócrates siendo el que pregunta, en lugar de aportar su propia doctrina sobre el tema. Describe a Diotima como la sacerdotisa de Mantinea, una ciudad en el área central del Peloponeso, a unos ciento sesenta kilómetros al suroeste de Atenas. La ciudad era famosa por su música y sus bailes típicos. [2] Sócrates, sin embargo, afirmaba que la música suprema es la filosofía, porque es la búsqueda de la sabiduría, y sabiduría es lo que él busca en Diotima: «Siempre que hablaba conmigo me enseñaba cosas sobre el amor».

Muchos han percibido un doble sentido en esta afirmación, pero a Sócrates no le obsesiona y tampoco se cuenta que ninguno de los presentes se riese o sorprendiera. Lo que sí sorprende es que Platón nos cuente que Sócrates, hablando a una audiencia compuesta exclusivamente por hombres, atribuya su instrucción a una mujer. En todos los diálogos de Platón, unos treinta, es la única vez que se da esa situación. O casi, porque solo hay otro diálogo, *Menéxeno*, en el que Sócrates aparece recibiendo instrucción también de una mujer: Aspasia, viuda de Pericles.

Se estima que Diotima es un personaje ficticio. Su nombre significa «honrada por Zeus» o «la que honra a Zeus» y el nombre de su ciudad de origen, Mantinea, parece concebido para recordarnos —o para gastar una broma con ello—que en griego la palabra *mantis* significa «profeta». [3] De modo que Sócrates, según se ha comentado, está atribuyendo una doctrina profunda y misteriosa sobre el amor a una mujer visionaria y de gran inteligencia que además se encuentra en una situación privilegiada para conocer su significado. Y aunque no podemos saber si alguna vez existió esa mujer llamada Diotima, Sócrates la relaciona en *El banquete* con una acción histórica concreta: dice que en una ocasión aprovechó su sabiduría en nombre de los atenienses, cuando estos estaban haciendo sacrificios para mantener alejada la peste: consiguió posponer la epidemia, que llegó diez años después de lo que estaba previsto.

Este logro, extrañamente concreto, apenas ha atraído algún intento de explicación. Sin embargo, como la peste llegó a Atenas en el año 430 a. C., esta curiosa referencia coloca nuestra atención sobre el año 440 a. C. ¿Qué sucedió ese año para que Sócrates pudiera comentar que «estaba previsto» que la plaga llegara entonces?

El suceso histórico más destacado del 400 a. C. fue la expedición de Pericles para conquistar la poderosa isla de Samos, supuestamente a petición de la que era su ciudad rival desde hacía mucho tiempo en la península Jónica: Mileto. Fue un episodio que alcanzó notoriedad por varias razones. En primer lugar, se dice que Pericles dirigió la campaña, que incluiría batallas navales y en tierra y un largo asedio, con sorprendente brutalidad. Ese triste relato nos lo cuenta Duris, gobernante de Samos a finales del siglo IV, que escribió una historia de su isla: Duris contaba que tras vencer a sus enemigos en una batalla naval, Pericles colgó a los mandos militares y a los marineros samios en cruces, en la plaza del mercado de Mileto. El filósofo Meliso, que según consta fue uno de los comandantes de la flota samia frente a los atenienses y que pudo haber conocido

personalmente a Sócrates en una visita a Samos en tiempos más felices, unas dos décadas antes, hubo de ser una de las víctimas de Pericles.

Duris continúa su relato: al cabo de diez días Pericles ordenó que se matara a palos a los prisioneros crucificados y sus cuerpos se tirasen por ahí, sin entierro ni ritual. Es este un procedimiento que se considera una ofensa a los dioses: sin duda, a los ojos de los supersticiosos griegos aquello reportaría algún tipo de venganza divina contra Atenas, y la peste se consideraba la forma típica de castigo divino por esa transgresión. No obstante, no se manifestaba de manera inmediata: cuando la peste llegó a Atenas en el 430 a. C. y reclamó como víctimas a Pericles y a sus dos hijos mayores, Jantipo y Páralos, muchos pensaron que aquel era el castigo de los dioses por su inadmisible conducta en Samos, diez años atrás.

Por otra parte, se dijo que aquel ataque innecesario y desproporcionado a Samos por parte de Pericles había sido consecuencia de su deseo de satisfacer a Aspasia, cuya familia era de Mileto, ciudad archienemiga de Samos. Los griegos estaban muy familiarizados con esa idea que transmite la célebre expresión francesa *cherchez la femme* y que quiere decir que es fácil descubrir la mano de una mujer detrás de muchos acontecimientos y actos: el más grande de todos los poetas, Homero, ya identificó a Helena de Troya como causante de la guerra que lleva su nombre. Las obras teatrales cómicas de la época, las de Cratino y Eupolis, que eran los mayores rivales de Aristófanes, atacaron a Aspasia en términos sexistas y extraordinariamente groseros por su perversa influencia en la política ateniense: la describieron con palabras tan poco halagadoras como «ramera» o «madre de un bastardo» (el hijo de una mujer no ateniense podía considerarse ilegítimo) y se burlaron de su ciudad natal, Mileto, diciendo que había reventado el mercado al ponerse a la cabeza de la exportación de consoladores.[4] La respuesta de Pericles a todos estos insultos fue una propuesta de ley de censura temporal, la primera de este tipo que se aprobó en Atenas, para prohibir los ataques a personas vivas.[5]

Entonces ¿dejó Platón alguna pista de la verdadera identidad de Diotima con esa sugerencia suya de se pospuso la peste? ¿Es la Diotima de *El banquete* un trasunto de una mujer real, de Aspasia? Las referencias a estos acontecimientos del 440 a. C. llevarían la atención de algunos lectores de Platón hasta el sitio de Samos, a manos de Pericles, y a la influencia que Aspasia ejerció a la hora de promoverlo, así como la espeluznante muerte de los prisioneros samios según órdenes de Pericles: una felonía que bien podía haber impulsado a la angustiada Aspasia a buscar el modo de aplacar la ira divina organizando algún sacrificio expiatorio. [6]

Encontramos otra pista en el significado de su nombre, Diotima, «honrada por Zeus». A Pericles le daban con frecuencia el sobrenombre de Zeus, sobre todo los poetas cómicos —Cratino especialmente— y eso tuvo sin duda su reflejo en el habla popular. La comparación con el dios supremo era un reconocimiento de su dominio político y de su oratoria altiva, «olímpica». Además, era notoria la forma en que honraba a Aspasia, a quienes los cómicos llamaban Hera, como la esposa de Zeus. Plutarco cuenta que era famoso porque le daba un beso enamorado dos veces al día, cuando salía de casa y cuando regresaba: [7] un comportamiento muy poco usual en la vida de la antigua Atenas.

Visto en retrospectiva es imposible pasar por alto estas pistas sobre la identidad de Diotima. Parecen diseñadas por Platón para confirmar que la figura de Aspasia, reconocida en *Menéxeno* como instructora de Sócrates, es la de la «mujer sabia» que tiempo atrás había enseñado a Sócrates la doctrina que se disponía a exponer. ¿Por qué quería Platón —cuyo conocimiento del papel que desempeñó Aspasia en el asunto de Samos y sus consecuencias no podía ponerse en duda— ocultar su identidad, aunque fuese con un velo lo suficientemente fino como para que pudiera atravesarlo cualquiera al que no cegara prejuicio histórico y estuviera dispuesto a dedicar un momento al asunto?

Aunque Pericles presentó la campaña de Samos como un éxito militar y los atenienses, en general, lo percibieron así, aquella actuación debió dejar, tanto a ojos de Sócrates como de los demás atenienses, una mancha indeleble que afectaba tanto a Pericles como a Aspasia. Para evitar que eso influyera negativamente en los lectores de *El banquete* y su opinión sobre la doctrina del amor de Diotima, Platón no quiso nombrar explícitamente a Aspasia como autora de esas teorías, aunque el propio Sócrates lo hubiera hecho alguna vez.

En este caso, además, la doctrina en cuestión hablaba de cómo funciona el amor, lo que seguramente afectó a la forma de pensar y a la conducta del joven Sócrates mucho más que cualquier otra experiencia que hubiera vivido hasta entonces. El filósofo estaba imbuido de una tradición poética y literaria que consideraba que el amor era crucial para la vida y la conducta del hombre: los mitos de los que hablan Homero y los trágicos y las canciones de amor de Arquíloco, Safo, Anacreonte y otros poetas líricos. Y su visión filosófica sobre la forma en que debe uno vivir su vida también se habrán formado, seguramente, a raíz de las vivencias de sus primeros años. Entre las más vitales de esas experiencias se encontraban, creo, su relación y su interacción personal con Aspasia, reconocida como la mujer más elocuente de su época y, aunque en general los historiadores —antiguos o modernos— no lo han admitido así, merece ser considerada una de las mujeres más influyentes de la Antigüedad, desde el punto de vista intelectual.

Elogio de Eros

Escrito en la década de 380 a. C., cuando Sócrates llevaba muerto más de diez años, *El banquete* describe un suceso que tuvo lugar varias décadas antes. No podemos garantizar que los acontecimientos se desarrollaran como los cuenta Platón. Quizá se celebró un banquete y puede que asistiera

Sócrates, pero no podemos saber a ciencia cierta si hubo un debate como el que describe Platón, ni si son veraces los detalles que nos ofrece.

Platón nació en el año 424 a. C., aproximadamente, de modo que en el 416 a. C., fecha clave en la que se sitúa *El banquete,* [8] era solo un niño. En ese año el dramaturgo Agatón, joven, estiloso y ostentosamente afeminado, ganó el primer premio de las Leneas —festival religioso celebrado a finales del invierno— con una tragedia de su autoría. La obra de Agatón se estrenó en el Teatro de Dionisos ante miles de espectadores que llegaron de todas las ciudades y pueblos de Ática. Dada la época del año en que se celebraba el festival pocos griegos se hacían a la mar, de modo que a diferencia de lo que había sucedido en las Dionisias Ciudadanas del 423 a. C., cuando se estrenó *Las nubes*, seguramente asistieron pocos espectadores no atenienses, si es que había alguno.

Dos noches después se reunió en casa de Agatón un grupo de amigos para festejar el premio: era un *symposion*, palabra griega que significa literalmente «beber juntos», y no lo que ha llegado a significar la palabra *simposio*, que se refiere a una ocasión más cerebral. Platón cuenta que, transcurridas cuarenta y ocho horas, el grupo estima que todo el mundo ha bebido suficiente: los hay que aún siguen atendiendo alguna resaca y, uno de ellos, el médico Erixímaco, se muestra muy preocupado por los peligros de darse al vino en exceso. Así que deciden, en lugar de seguir bebiendo, pasar la tarde hablando del amor. O, mejor dicho, hablando de Eros, que es la personificación divina del amor y todo lo que representa.

¿Por qué el amor? ¿Por qué Eros? La mayoría de los participantes en ese acontecimiento llamado *diálogo* (que es el término que emplea Platón en todos sus escritos, aunque el nivel de intercambio entre los asistentes varía mucho) se presentan como amigos o amantes entregados. A excepción del propio Sócrates y del dramaturgo Aristófanes, todos acuden al banquete acompañados por una pareja o un amigo íntimo. El que sugiere el tema de la conversación es uno de los más jóvenes, Fedro, amigo de Erixímaco

desde hace mucho tiempo. Afirma que el amor —es decir, el dios Eros— nunca ha sido ponderado por poetas u oradores, pero merece que lo hagan. Y muestra un entusiasmo juvenil en su propio elogio del amor.

Tras el panegírico que Fedro hace de Eros media docena de asistentes, incluido Aristófanes, se turnan a lo largo de la velada para presentar su propia concepción del amor, más o menos seria. El hecho de que el propio Aristófanes aparezca como asistente al banquete se ha empleado para apuntalar la teoría de que a pesar del retrato burlesco que hizo del personaje de Sócrates en *Las nubes*, en la vida real los dos hombres (al menos después de estrenarse la obra) se llevaban bien. La contribución del poeta satírico al elogio de Eros en el diálogo toma la forma de un mito, un entretenido *tour de force* que constituye el discurso más memorable de todos los que se presentaron en *El banquete*.

Originalmente, dice Aristófanes, los seres humanos eran simples compuestos de hombre y mujer: de formas redondas, eran criaturas rollizas con cuatro brazos y cuatro piernas que apuntaban en direcciones opuestas, cuatro orejas, dos juegos de genitales, y así sucesivamente. Su fuerza insolente les volvía excesivamente ambiciosos, y hasta intentaron ascender a los cielos para atacar a los dioses. Zeus y el resto de deidades hablaron de qué hacer al respecto: no querían aniquilar a los humanos porque eso significaría el fin de todos los honores y sacrificios que podían conseguir. Así que Zeus ideó un plan para debilitar a esas criaturas dividiendo a cada uno en dos: los cortó por la mitad, como si estuviera partiendo un huevo duro por medio con un alambre. Cuando la criatura original quedaba cortada en dos partes, cada una de esas partes echaba de menos a la otra: intentaban desesperadamente volver a juntarse, pero no lo lograban. Y así sigue la cosa, dijo Aristófanes: cada uno de nosotros es solo medio ser humano; estamos sumidos en una eterna búsqueda de nuestra otra mitad. El amor es la fuerza que nos lleva a intentar restablecer nuestra naturaleza original para volver a estar completos.

Por cómico y absurdo que sea este relato, al encarnar la idea de que el amor significa «encontrar nuestra otra mitad», la fábula de Aristófanes parece indicarnos una verdad conocida y que nos seduce. Pero si uno extrae las implicaciones de la historia surge un retrato diferente del amor, menos satisfactorio. En primer lugar, la gente siempre está condenada a errar en su búsqueda del amor, porque su «otra mitad» original ha muerto y desaparecido para siempre. Así que los seres humanos de hoy nunca pueden lograr esa completitud a la que aspiran: tienen que apañarse con cualquier otro ser que nunca será su complemento original. Y tal vez más importante, sin embargo, es suponer que el ideal definitivo del amor es encontrar la imagen especular de uno mismo, dejando que el amante se relaje y se suma en ese egocentrismo omnipotente que condujo, en primer término, a la desaprobación de Zeus. El amante satisfecho no hará más que sintetizar la completitud imaginada de la infancia, en lugar de buscar una nueva dirección psicológica y espiritual bajo la influencia de un amante independiente y ligeramente crítico.

El resultado es lo opuesto a lo que Sócrates, en su presentación, considera fundamental para la importancia y el poder del amor. Cuando sale al centro explica que no se va a limitar a contar una historia o un relato veraz: va a contar toda la verdad del amor, dice, tal y como en una ocasión se lo oyó contar a Diotima. En el relato que hace Platón de su disertación, la doctrina introduce a sus oyentes en el corazón de un misterio.

El amor, según Diotima, puede entenderse utilizando la imagen de una escalera. Los peldaños inferiores representan el deseo carnal que sentimos por los individuos que nos resultan atractivos. Estimulados por su belleza, los amantes tratan de perpetuar su amor engendrando hijos mediante la relación sexual con el objeto de su amor. A medida que suben más peldaños de esa escalera, sin embargo, la naturaleza de ese objeto cambia. Lo que uno ama en realidad no es un cuerpo, o una persona, sino las cualidades de bondad y belleza que encierra esa persona: las cualidades que hacen que un

individuo merezca ser amado. Y esas cualidades, dice Diotima, generan en el amante el deseo de perpetuar su relación con el ser amado, una relación que nunca muera. De este modo los peldaños más altos de la escalera representan para el amante los valores eternos de bondad o belleza. En este estado, los individuos cultivados trascienden el mundo material e intentan producir no un fruto físico a través de la relación carnal, sino una serie de ideas perdurables estimuladas por la belleza que han encontrado.

Esta revelación bien podría describirse como un misterio. De los innumerables intentos de proponer respuestas a la pregunta de qué es el amor, *El banquete* de Platón sigue siendo uno de los más misteriosos. Ha dado pie a la noción popular de amor «platónico», un afecto profundo entre dos personas que no tiene necesariamente un componente sexual, aunque para algunos lo tenga, y que ha sido objeto de discusión a lo largo de muchos milenios, desde que Platón escribió su diálogo.

Platón deja claro que él no estaba presente en el banquete del que habla. Dada la fecha, 416 a. C., él debía tener unos ocho años en aquellos tiempos. Así que nos cuenta la historia por boca de un tal Aristodemo, que tampoco estaba allí, pero que lo oyó de alguien que sí estuvo y que a su vez contó la historia al hermano de Platón, Glauco. Este astuto distanciarse de la narración siembra la sombra de una duda sobre la veracidad de la historia, si tiene alguna base sólida o si puede que no sea más que un relato inventado de lo que aconteció. Tal vez *El banquete* tuviera que interpretarse, a fin de cuentas, como la exploración del fenómeno por parte de Platón, y no como la exposición de la idea del amor según Sócrates o cualquier otra persona.

¿Qué tuvo que ver con el amor el Sócrates real?

El Sócrates amante

Aunque para muchos el tema del amor puede ser menos representativo de las ideas y experiencias de Sócrates que otros temas como —pongamos por caso— la justicia, la buena vida y la búsqueda de la verdad, para otros es el amor, en sus distintas manifestaciones, algo fundamental para la vida y el trabajo. Aunque su elaboración más plena y celebrada se encuentra en *El banquete*, el amor también influye en las innumerables interacciones de Sócrates con amigos, admiradores y discípulos en el curso de una vida que, como muestra Platón, estuvo dedicada a la filosofía: una palabra cuya forma griega (*philosophia*) significa «*amor* por la sabiduría».

¿Podemos pasar de reconocer que Sócrates era un filósofo profundamente interesado en el amor a aceptar la noción de Sócrates enamorado? Las implicaciones románticas de esa frase suscitan, inevitablemente, una serie de implicaciones biográficas que son inciertas. Nos piden que imaginemos al filósofo cautivado por un objeto de deseo o por una persona amada, mientras la imagen de Sócrates que persiste, derivada de los escritos de Platón y Jenofonte, es la de un hombre cuya vida estuvo subordinada de forma expresa a unos objetivos más elevados: éticos, filosóficos y de educación. Estos autores están interesados en mostrarnos que fueron aquellas actividades suyas relacionadas con la búsqueda de algo superior y no otros episodios, de naturaleza erótica y más personal, lo que le llevó a vivir los acontecimientos históricos por los que se le ha llegado a conocer: su juicio y su muerte.

Pero Platón también nos habla de un Sócrates que se jactaba de estar «siempre enamorado», mientras Jenofonte dice que Sócrates afirmaba que no era capaz de citar «un momento de su vida en el que no hubiera estado enamorado de alguien». Junto con otros muchos testimonios, estas afirmaciones confirman que Sócrates no era ajeno a los sentimientos y las relaciones amorosas. Ambos autores han hecho constar que Sócrates amaba a una persona: el bello Alcibíades, eternamente joven. Sócrates era veinte años mayor que él, pero le había conocido cuando él también era joven. En

el *Protágoras* de Platón, cuya acción se desarrolla en el año 435 a. C. (cuando Alcibíades tenía unos quince años y Sócrates treinta y cuatro) parece que ya se conocían desde hacía algún tiempo. En *El banquete* Alcibíades (ya en la treintena) niega con pesar, pero también con energía, que Sócrates fuera alguna vez su amante en un sentido que no fuese el espiritual. De ahí nuestro uso de la expresión «amor platónico». La misma insistencia deja claro, sin embargo, que tanto los participantes en ese banquete como los lectores de la obra encontraban sorprendente la supuesta abstinencia de Sócrates. [9]

Es complicado encontrar datos de otras personas con las que pudiera haber mantenido relación o de las que pudiera haber estado enamorado. No hay duda de que el joven y apuesto Cármides, que aparece en el diálogo de Platón del mismo nombre, era en aquel momento el depositario de la devoción de Sócrates. Platón presenta a Sócrates vencido por el deseo físico más básico solo con ver la carne desnuda de Cármides. Y ese momento da inmediatamente paso a otro más profundo de interacción intelectual y filosófica. Al parecer, el tema de ese diálogo es un debate sobre el autocontrol: muy apropiado.

¿Podía entonces afirmarse que Jantipa era el objeto de su devoción romántica? Se cree que su nombre sugiere alguna conexión con el líder ateniense de los Alcmeónidas, Pericles, cuyo padre —al igual que su hijo mayor— se llamaba Jantipo. De ser así Jantipa era una mujer de alta cuna y pudo haber dado a Sócrates una dote para ayudarle a mantener su nivel de vida cuando ya era un hombre mayor. Según el testimonio de Platón, era la madre de los tres hijos del filósofo: Sofronisco, Menéxeno y Lamprocles, y estuvo con él hasta su muerte. Los biógrafos la han descrito como una mujer vivaz y exigente, y algunos autores posteriores hablan de ella en términos misóginos y dicen que era una arpía. Pero Sócrates no pudo conocer a Jantipa antes de los cincuenta años, quizá no antes del 416 a. C.: y en esa fecha ella no debía de tener más de veinte años, porque llevaba en

brazos al pequeño Lamprocles en el momento de la muerte de Sócrates, diecisiete años después. [10] Independientemente del amor que Sócrates sintiera por Jantipa, su relación con ella no fue un amorío de juventud de los que cambian la dirección de una vida, y desde luego no transformó su forma de pensar.

Además, el relato de Platón parece haber limpiado un poco la controvertida realidad del estado civil de Sócrates. Algunas fuentes fiables —Aristóteles y Aristógenes— prueban que el filósofo se casó dos veces; otros han llegado a acusarle de bigamia al afirmar que con él y Jantipa vivía una mujer llamada Mirto, hija de Lisímaco, amigo íntimo del padre de Sócrates y del mismo demo que él, Alopeke. Y el historiador Plutarco da una explicación muy inocente: que Sócrates y Jantipa la acogieron después de que enviudara, porque vivía pasando estrecheces. [11] Sócrates debía de tener más o menos la edad de Mirto y seguramente se trataban desde la infancia, porque tenían conocidos comunes en Alopeke.

Tanto Aristóteles como su alumno Aristógenes afirman que Sócrates se casó con Mirto y tuvieron dos hijos, Sofronisco y Menéxeno. Estos autores no se atreverían a contradecir a Platón si no hubiera una razón de peso. Aristógenes dice también que Jantipa, a la que describe como «ciudadana, pero de clase baja», comenzó su relación con Sócrates mucho después y era la madre del menor de sus hijos, Lamprocles. [12] De modo que la aristócrata Mirto pudo haber sido la única esposa legítima de Sócrates, y la madre de sus dos hijos mayores. [13] No obstante, en la *Apología* de Platón, Sócrates afirma que tiene «tres hijos, uno de ellos ya un joven, los otros dos aún niños». [14] Si lo que intentaba Platón era maquillar los hechos para mostrarnos a su maestro bajo una luz más compasiva, quizá lo más acertado era sugerir que Sócrates tenía tres hijos y omitir toda alusión a un matrimonio previo con la aristócrata Mirto.

En cualquier caso, y dado su estilo de vida filosófico, Sócrates no podía apenas cumplir con sus obligaciones paternas y conyugales con entusiasmo

ni diligencia ejemplar. Si, como parece, se hubiera casado con Mirto en una fase mucho más temprana de su vida, cuando ella enviudó de un matrimonio anterior (muchos maridos atenienses morían jóvenes, en la batalla), y hubiera tenido con ella a sus dos hijos mayores, eso podría explicar la impresión que dio de ser una pobre viuda a la que acogió en su casa. De ser eso cierto, podría haber coincidido con Jantipa: un relato con origen en Aristógenes nos habla de dos mujeres que discuten entre sí y que solo paran para meterse con Sócrates, que las contempla riéndose. [15] Algún tiempo después Jantipa debió de convertirse en pareja de Sócrates, quizá después de fallecer Mirto, y tuvo a su hijo menor, Lamprocles. [16] Pero tanto si Sócrates estuvo casado con Mirto de joven o de viejo, de sus sentimientos hacia ella no se nos ha dicho nada.

Luego está lo que se ve, pero de lo que nunca se habla: el elefante (o quizá deberíamos decir del hombre elefante) en la sala: mientras Platón y Jenofonte hablan de Sócrates con afecto y admiración, ambos inciden en que el hombre al que conocieron estaba lejos de ser bien parecido. Avalan sus descripciones muchas esculturas e imágenes pictóricas de la Antigüedad que han sobrevivido y que dan la impresión de que Sócrates era, siendo benévolos, poco atractivo físicamente y en el peor de los casos sumamente feo. En los bustos antiguos se le representa con la nariz chata, los ojos muy separados y una calva en la coronilla rodeada por una mata de pelo desaliñada. Otras representaciones completan su presencia corporal: era rechoncho, con el tórax grueso, y barrigudo. Y aunque todo esto no configura una imagen por la que se pueda sentir con mayor o menor razón deseo o atracción romántica, el hecho de que alguien tan poco atractivo físicamente pudiera establecer lazos tan fuertes de afecto e incluso provocar —gracias a su carisma y a que estaba dotado de una gran belleza interior— una atracción erótica intensa, es la paradoja que el propio Alcibíades, famoso por su belleza, expuso con brillantez y energía en *El banquete*. Naturalmente, esto no persuadirá a muchos lectores de que como amante en

el sentido estricto de la palabra el Sócrates maduro o anciano debió resultar atractivo: tenemos que remontarnos a sus años de juventud para ver surgir un escenario mucho más creíble.

Un ateniense, varón, al que hasta sus alumnos más admirados describen como «vigoroso y lleno de Eros», que según Platón podía declararse atrapado por un «deseo animal» solo con ver de pasada el torso desnudo del joven Cármides y del que uno de sus propios discípulos, Fedón, dijo que era «adicto a las mujeres», tuvo que haber vivido en sus años mozos historias de amor con parejas de ambos sexos.[17] El silencio de quienes fueron testigos de los primeros años de Sócrates, como Aristófanes, respecto a sus rasgos, supuestamente tan poco atractivos, sugiere que Sócrates no siempre fue conocido por ser tan feo como muestran sus últimos retratos. Cualquier hombre de mediana edad, aunque haya sido antes atractivo e incluso atlético, comienza con los años a perder pelo y tono muscular, a ganar algo de volumen en la cintura y a dar signos de mejillas fofas. El rey Enrique VIII, por ejemplo: fue famoso de joven por su belleza física y su porte atlético, pero tras ser herido en unas justas cuando tenía más de cuarenta años se volvió sedentario y, en consecuencia, cada vez más corpulento. Si imaginamos a Sócrates de joven no es preciso que nos dejemos llevar por esa imagen suya de «amante feo» que nos presentan Platón y Jenofonte.

Un orador del siglo IV a. C. nos ofrece una visión de las relaciones sexuales que podría ser perfectamente definitoria del ateniense típico: «Tenemos amantes para el placer, concubinas para el cuidado diario de nuestro cuerpo y esposas para la procreación de hijos legítimos».[18] Una fuente posterior indica que Sócrates, de joven, tendía a una conducta sexual sin cortapisas, antes de seguir la senda del estudio intelectual, más sobria.[19] Lo más probable es que incluso antes de casarse con Mirto y de comenzar su relación con Jantipa ese Sócrates tan activo sexualmente disfrutara de numerosas relaciones esporádicas y otros tantos devaneos.

Algunos de sus amoríos de juventud hubieron de tener lugar con gente de su misma edad y de su entorno.

Para encontrar una ocasión en la que Sócrates estuviera «enamorado» tenemos que remontarnos, por tanto, a su juventud o a los primeros tiempos de la edad adulta, cuando según confirman pruebas directas e indirectas era un buen bailarín, un extraordinario soldado y un mujeriego infatigable. Y ahí podremos buscar a alguien de quien el joven Sócrates, de un modo adecuado a las circunstancias sociales de su época y lugar, pudiera haberse enamorado. Podríamos descubrir también que Sócrates vivió incluso el tipo de relación amorosa que le llevó por la senda del pensamiento y le impulsó a reflexionar, de una manera muy original, sobre el amor en sí mismo y sobre otros aspectos fundamentales de la vida y la conducta humana que le preocuparon mucho en años posteriores.

Dado que el objetivo de los biógrafos era presentar a Sócrates como un hombre injustamente condenado a muerte (finalidad apologética), la historia de Sócrates suele contarse al revés: empezando por el final y narrando su juicio y muerte antes de proceder —si al final se hace, que no siempre es así — al relato de sus primeros años. [20] Las pruebas que ofrecen esas y otras fuentes de las primeras décadas de su vida, que existen aunque sean mucho más escasas, rara vez se examinan con detalle. Sin embargo, es significativo que uno de los primeros acontecimientos que se pueden marcar en la biografía de Sócrates tal como nos la muestra Platón describe un momento de acción, y no de reflexión.

En *El banquete* nos encontramos con varios asistentes —el médico Erixímaco, Aristófanes y Agatón— que ofrecen sus propias disertaciones sobre Eros. Uno de los participantes, Pausanias, sostiene que el amor exige estar dispuesto a dar la propia vida por la persona amada. Después interviene Sócrates, expone las opiniones de Diotima y los acontecimientos dan un giro inesperado: Alcibíades, amigo y admirador de Sócrates, irrumpe en la reunión. Al ver que está allí Sócrates Alcibíades se lanza a pronunciar

un apasionado discurso elogioso no sobre el amor, sino sobre Sócrates. Aunque su intervención describe y hace honor a algunos de los atributos de Sócrates, más que de Eros, dado el tono del diálogo el objetivo de Platón parece ser, sencillamente, el de presentar a Sócrates a través de los ojos de Alcibíades como la personificación del amor.

A lo largo de la intervención de Alcibíades y tras un intenso panegírico de la fortaleza de Sócrates al enfrentarse a las duras condiciones del servicio militar, nos enteramos de que rescató a Alcibíades en una batalla que tuvo lugar en el 432 a. C. El momento en el que salva la vida de Alcibíades en una batalla es el más dramático y activo de la vida de Sócrates contada por Platón.

Algunos lectores han hecho sus conjeturas al respecto, y han creído que la experiencia de estar a punto de perder a su amigo del alma en una batalla constituyó un hito decisivo en la vida y el pensamiento de Sócrates. [21] Pero el relato que hace Platón del exitoso rescate no da razones para asumir algo así: *El banquete* muestra más bien que a los treinta y siete años ya hacía tiempo que al viejo Sócrates se le identificaba con un pensador poco convencional y nada interesado en el éxito material, amatorio o reputacional. La idea de una conversión en el campo de batalla y el consiguiente paso de la vida de soldado a la de filósofo se contradice con la participación de Sócrates en otras campañas militares posteriores, durante varios años. Lo que sí es cierto es que este episodio nos ofrece un espacio útil para comenzar la investigación del Sócrates histórico y un puesto de observación privilegiado desde el que podemos mirar tanto hacia atrás como hacia adelante y descubrir toda la historia de la vida y los amores del filósofo y, por encima de todo, las verdaderas razones por las que decidió dedicarse a la filosofía: el viaje trascendental de su alma.

2
Sócrates guerrero

Rescate en Potidea

A las tropas atenienses les costó alrededor de una hora tomar posiciones y organizarse en los campos adyacentes a la ciudad amurallada de Potidea para hacer frente al ejército enemigo, ya preparado para batallar contra ellas. Los hoplitas —soldados de infantería armados hasta los dientes— iban organizados en ceñida formación, con la lanza en la mano derecha. Llevaban unos escudos redondos sujetos con tiras de cuero al brazo izquierdo para protegerse de las espadas y los proyectiles que llegaban hasta ellos y los demás soldados. La fuerza combinada de unos tres mil hombres se extendía por toda la llanura.

Al mando del general Calias, hijo de Calíades, sonó una trompeta y los gaiteros atacaron un estridente compás para acompañar el avance rítmico de las tropas hacia las líneas enemigas. El aliento de los hoplitas se elevaba formando nubes de vapor en el aire helado. Aunque eran guerreros muy avezados, veteranos de varias batallas solo en el curso de esa campaña, pocos pudieron evitar sentir una leve sacudida de miedo ante lo que se avecinaba.

Sócrates, situado en el ala frontal izquierda de la sección central, marchaba al ritmo que marcaban los gaiteros. Aun con el rostro inexpresivo, todos sus sentidos estaban alerta. Si su destino era morir, que así fuera. Pero no sentía ese momento cerca. Le preocupaba más la actitud

de su protegido Alcibíades, al que podía ver por el rabillo del ojo en su puesto, en el flanco derecho. Avanzando esforzado, agitado, lleno de pundonor e impulsado por la admiración que le profesaban sus compañeros soldados, el joven tenía demasiada hambre de batalla y gloria. Tenía que mantenerse templado, le había insistido Sócrates en más de una ocasión. Aquella era la primera campaña en la que tomaba parte, pero no sería la última. Alcibíades era ágil e intrépido, y tenía hacia sus camaradas y otros tantos que le amaban la obligación de no exponerse al peligro, ni exponer a sus hombres.

A la orden de Calias las tropas del ala derecha aceleraron el paso en dirección al frente enemigo y comenzaron a correr. Cuando estuvieron a diez yardas, gritando broncos y chillando, lanzaron una lluvia de flechas. El zumbido y el repiqueteo de las flechas al caer se mezclaba con la algarabía. Algunas de aquellas flechas hicieron diana inmediatamente, en carne humana. Comenzó entonces a oírse un coro de gritos y alaridos. Las tropas chocaron contra la línea de escudos enemigos provocando un gran estrépito justo cuando los escudos del ala izquierda del frente ateniense encajaban el embate de la carga enemiga. En cuestión de segundos los hoplitas atenienses que iban en vanguardia ya habían incrustado sus cuerpos revestidos de metal en las profundidades de la línea enemiga. Se oyó un impacto que helaba la sangre, choque de armas, gritos de soldados poseídos por el miedo y ávidos de lucha que embestían con fuerza brutal y se abrían paso a cuchilladas por la aglomeración de enemigos que defendían su posición.

Se produjo entonces una confusión que debió parecer infinita a los que se vieron atrapados en ella. En ese momento la línea ateniense ya había conseguido cercar a las fuerzas enemigas, de modo que los hoplitas del extremo del ala derecha se encontraron en una posición que les hacía más fácil penetrar el cerco y atacar a las tropas enemigas de la retaguardia. Continuaron con su característica formación, pegados uno a otro con

disciplina férrea y formando un frente prácticamente impenetrable a medida que avanzaban, acuchillando y matando a todo el que encontraban a su paso.

Cuando más fuerte es la tentación de romper la línea es cuando el enemigo se da la vuelta y empieza a correr. En ese momento se apodera de los exitosos atacantes una oleada de victoriosa brutalidad: olvidan las órdenes estrictas y la disciplina marcial, durante tanto tiempo aplicada. Cuando los de Potidea, en el flanco más débil, se dieron la vuelta y echaron a correr para salvar su vida ante la arremetida ateniense, delante de Alcibíades se abrió un hueco. Sócrates ahogó un grito de espanto al ver a su joven amigo escapar de la seguridad de su línea y se lanzó a perseguir a los enemigos que huían. «¡Alcibíades! ¡Vuelve aquí!», le gritó. Pero no sirvió de nada: el joven, que ya había probado el sabor de la batalla, corría hacia adelante con decidida ferocidad, empeñado en hacer todo el daño posible a los enemigos a la fuga.

Hacia la mitad de la línea, donde estaban luchando los corintios —aliados de los potideos— a las órdenes de su general, Aristeo, se oyó un grito procedente de las tropas atenienses. Calias recibió el embate de una espada enemiga y cayó al suelo, con la sangre manándole del cuello. Se produjo entonces una represalia instantánea y violenta, al recuperar los hoplitas atenienses su característica formación y reanudar el ataque. Sócrates seguía pendiente de Alcibíades, que se había separado de su pelotón sin ser consciente del peligro. «¡Alcibíades! ¡Vuelve aquí!», gritó de nuevo, desesperado. Demasiado tarde. Contempló con horror cómo un soldado enemigo se abalanzaba sobre su amigo y le golpeaba. Alcibíades se dobló durante un momento, pero volvió a enderezarse. Se puso en pie de nuevo con un movimiento de danza pírrica que había practicado mucho y comenzó a cortar y rebanar a su atacante. Los demás potideos empezaron prometerse un rápido triunfo sobre aquel luchador jactancioso y solitario.

Una punta de lanza golpeó el casco de Alcibíades y él desapareció entre la multitud.

—¡Sócrates! ¡No rompas la línea! —gritó Laques, a su derecha, al ver a Sócrates a punto de apartarse y salir en la dirección en la que se había marchado Alcibíades.

Sócrates titubeó: miró a su alrededor para estudiar la situación. Su línea avanzaba victoriosa, con un movimiento envolvente hacia la izquierda, mientras los hoplitas intentaban proteger a sus camaradas. No tardaron en alejarse del entorno en el que se suponía que había quedado Alcibíades, muerto o malherido.

—Voy a coger a Alcibíades —gritó—. ¡Cerrad la línea tras de mí!

—¡Déjale! —rugió Laques—. ¡No rompas la línea!

Sócrates hizo una mueca de perplejidad y contempló las oleadas de potideos que se batían en retirada. No había ni rastro de Alcibíades. Entonces, dentro de la cabeza de Sócrates, una voz dijo en tono severo: «¡Ve, ahora!». Lo dijo tan fuerte que igual podría haber sido Laques, gritándole al oído. Sócrates dejó de dudar. Abandonó su línea ante las exclamaciones de alarma de sus compañeros y se metió por entre la multitud clamorosa que tenía ante sí blandiendo la espada con gesto amenazador y apartando a los enemigos que se interponían en su camino a golpe de escudo.

Alcibíades estaba tumbado en el suelo, semiinconsciente. Tenía la cabeza y la armadura manchadas de barro y sangre. El golpe que le había derribado le había salvado de recibir una herida mortal a manos de un soldado enemigo. Sócrates le sostuvo sobre sus rodillas, sin dejar de mirar de un lado a otro para constatar que no se cernía sobre ellos el peligro de un ataque enemigo, pero por fortuna nadie les miraba. Se dio cuenta de que la espada de su amigo estaba tirada en el suelo, la alcanzó y se la metió debajo del brazo. El escudo de Alcibíades, decorado con bellos motivos, seguía amarrado al brazo izquierdo del luchador caído.[1] *Sócrates se lo*

colocó al joven sobre el pecho, se arrodilló junto a él y agarró a Alcibíades de manera que el torso del joven quedara entre el brazo izquierdo y el peto de su salvador. Se levantó con cuidado, alzando del suelo aquella figura blanda. Con los dos escudos ante él, lanzó una mirada feroz a ambos lados mientras retrocedía, en dirección a las líneas atenienses. Alcibíades estaba a salvo: viviría para luchar un día más con su propia espada y con su escudo intactos. [2]

Trasfondo histórico

El balance de esta batalla breve, pero intensa, fue de 150 hoplitas atenienses muertos —incluido Calias— y docenas de heridos. En el bando de los potideos y sus aliados los muertos doblaron la cifra. En los días y meses posteriores el joven Alcibíades, noble hijo de Clinias y protegido de Pericles, recibiría elogios y una recompensa oficial por su osadía y valor. Había dejado huella como heroico combatiente ya en su primera batalla. Sócrates, que quizá hubo de reconocer con cierta incomodidad que había puesto en peligro a sus camaradas para salvar a su amigo, se unió a las alabanzas que iban destinadas al joven y no aceptó ninguna por sus propios actos.

El rescate del joven Alcibíades durante la batalla de Potidea supone la primera imagen de vívida carnalidad que Platón nos muestra de Sócrates sobre un escenario histórico. El filósofo tenía entonces casi cuarenta años y era ya un soldado curtido y veterano cuando tomó parte junto a su compañero de armas —el joven Alcibíades, que se enfrentaba a su primer compromiso como soldado— en la campaña iniciada por el líder ateniense Pericles para pacificar la ciudad rebelde de Potidea, en el norte de Grecia.

La expedición militar ateniense que comenzó en el año 432 a. C. se desarrolló en la fría —a veces helada— extensión de la región de Tracia. El objetivo de la expedición era someter a Potidea, la ciudad que hay más al

norte en el brazo occidental de los tres que tiene la península de Calcídica. Pero la campaña acabaría por convertirse en un asunto funesto, mucho más prolongado de la cuenta, y dio lugar a una serie de batallas en las que no se decidió nada, pero que duraron casi tres años. Este acontecimiento se consideró, visto en perspectiva, una especie de preludio de la guerra del Peloponeso, el gran conflicto que comenzó en el 431 a. C. y continuó hasta el 404 a. C., y en el que lucharon, de un lado, los atenienses y sus aliados y del otro las ciudades-Estado de Esparta y Corinto junto a sus aliados del Peloponeso.

Nuestro conocimiento de la guerra del Peloponeso y sus causas depende, casi exclusivamente, de la *Historia* que escribió un general ateniense en el exilio, Tucídides, hijo de Óloro. Aunque Tucídides no menciona a Sócrates en su historia, Pericles y Alcibíades ocupan un puesto importante. Tucídides tuvo que conocer también a Sócrates, cuya influencia intelectual parece apreciarse en algunos párrafos de su obra. [3] Y, sin duda, tuvo que saber que Sócrates había luchado como hoplita, soldado de infantería profusamente armado, en muchas de las actuaciones bélicas que describe.

Del mismo modo que en los tiempos modernos podemos hacer un seguimiento de los antecedentes de la Segunda Guerra Mundial y llegar a la nada satisfactoria conclusión de la Primera, la guerra del Peloponeso tuvo sus raíces en las postrimerías de un gran conflicto anterior: las guerras entre griegos y persas que tuvieron lugar en el 490 y en el 480 - 479 a. C. Tras la retirada de los invasores persas, después de su derrota en la batalla de Platea en el 479, los atenienses asumieron el liderazgo de una alianza defensiva compuesta por todos los Estados griegos contra toda futura incursión de Persia. La alianza se estableció formalmente en la isla de Delos y los eruditos modernos la bautizaron como Liga de Delos. Como miembros de la Liga, un sinfín de ciudades-Estado de toda Grecia (como Potidea, por ejemplo) comenzaron a pagar un impuesto anual que en griego se llamó *phoros*, «tributo». Podían pagarlo en moneda, barcos o tropas.

El oro, la plata y todos los objetos preciosos que fueron llegando como resultado de la recaudación se almacenaron inicialmente en el erario de Delos. Pero unos quince años después, en el 454 a. C., el erario se trasladó a Atenas por mandato del líder ateniense, Pericles, supuestamente para evitar que cayera en manos persas. Atenas salía visiblemente beneficiada de esos fondos, que se utilizaban para pagar, entre otras cosas, el plan de construcción de la Acrópolis que propugnó Pericles alrededor del 450 a. C. [4]

¿Por qué estaban los atenienses luchando en el 432 a. C. en el norte de Grecia, a unos seiscientos cincuenta kilómetros de su propia ciudad? Su objetivo era Potidea, que como tantas otras ciudades de la alianza estaba cada vez más resentida con la carga fiscal que les había impuesto Atenas. La ciudad de Potidea había conservado lazos de amistad con su ciudad fundadora, Corinto, y Pérdicas de Macedonia —el gobernante local, al que preocupaban mucho los designios de Atenas y cómo podían afectar a la región— pudo haber instado a sus habitantes a la secesión. A las ciudades-Estado que querían apartarse de la Liga los atenienses las consideraban enemigas y, en algunos casos, las sometieron a un brutal castigo militar: Potidea se convertiría en la última víctima de la dominación imperial ateniense, cada vez más opresiva.

El camino hacia la guerra

Un grupo de colonos de Corinto, en el Peloponeso (la gran península que abarca la parte más meridional de Grecia), fundó a finales del siglo VII a. C. la ciudad de Potidea. Se llamó así en honor del dios del mar, Poseidón (*Poteidon* en dialecto corintio, de ahí el nombre de la ciudad, *Poteidaia*). Según el término normativo que han empleado los historiadores (que puede dar lugar a equívoco), Potidea era una «colonia» de Corinto; pero es preferible utilizar la palabra *satélite*, que es la traducción de la griega

apoikia, literalmente «el hogar lejos del hogar». Dado que pertenecía a la Liga de Delos, resulta sorprendente que en el siglo v siguiera bajo la supervisión de los magistrados que con carácter anual enviaba en calidad de observadores la metrópoli, Corinto: una situación que Atenas tuvo que eliminar como medida de contención en el año 432 a. C.

Casi medio siglo antes, en el 479 a. C., la ciudad —protegida por gruesas murallas que la rodeaban entera— había sufrido el asedio de las fuerzas persas en retirada bajo el mando de Jerjes, rey de Persia, que había ido desde Asia a someter a Grecia y había sido derrotado en la batalla de Platea. Los habitantes de la ciudad y sus adversarios vivieron durante el asedio un acontecimiento sin precedentes: la ciudad, consagrada al gran dios del mar, fue engullida por una ola gigantesca. Es el primer tsunami del que se ha hecho eco una fuente histórica.

A diferencia de los griegos, la mayoría de las tropas persas no sabía nadar.[5] Así que, lo que en otras circunstancias podría haber parecido un terrible castigo, el pueblo de Potidea lo interpretó en este caso como una liberación divina. Después de que centenares de persas de los que habían participado en el asedio murieran ahogados, los mandos enemigos dieron por concluida la misión y la ciudad quedó, providencialmente, a salvo de la ocupación y la destrucción a manos de las fuerzas extranjeras. Por una trágica ironía este destino no hubiera sido mucho peor que el que iban a sufrir los habitantes de Potidea casi medio siglo después por parte de los atenienses, griegos como ellos, en el 430 a. C.

Una vez finalizadas las guerras entre griegos y persas no tardaron en aflorar las hostilidades entre los atenienses y sus supuestos aliados. Cuando los isleños de Naxos intentaron separarse de la Liga, en torno al 471 a. C., fueron sometidos por los atenienses y obligados a desmantelar las murallas que rodeaban la ciudad. La isla de Tasos, frente a las costas de Tracia, se separó en el 465 a. C., pero tras un asedio de dos años se rindió al general ateniense Cimón. Las ciudades del Peloponeso, lideradas por Esparta,

apoyaron a los enemigos de Atenas en una serie de sangrientas batallas por tierra y mar que se desarrollaron durante las dos décadas siguientes, incluida la batalla de Coronea (447 a. C.), en la que resultó muerto Clinias, padre de Alcibíades. Alcanzaron su punto culminante en el verano de 433 a. C., cuando Corinto luchó —y venció— en una batalla naval contra los atenienses a cuenta de una disputa por el estatus de otra ciudad satélite de Corinto, Córcira, la ciudad más importante de lo que hoy es la isla de Corfú.

Para evitar la posibilidad de que Potidea, con sus estrechos vínculos con la metrópoli de Corinto, se animara a apartarse de la alianza ateniense, Pericles envió al norte un contingente de tropas por tierra y mar. Salieron treinta embarcaciones y un millar de hombres con el encargo de que los potideos se deshicieran de los observadores corintios que les visitaban anualmente, desmantelaran parte de su muralla defensiva y entregaran rehenes a Atenas. Los habitantes de Potidea se negaron a hacer lo que les ordenaban. Después de intentar, sin éxito, negociar las condiciones, convencieron a Corinto de que enviara una tropa de soldados para protegerles y se retiraron formalmente de la alianza con Atenas. Cuarenta días después llegaron a la región de Tracia dos mil hombres que estaban bajo el mando de un general corintio. Se daban todas las condiciones para que se intensificara la guerra subsidiaria que se estaba desarrollando entre Corinto y Atenas.

Un filósofo en la guerra

Como respuesta a la llegada a Potidea de las tropas corintias, los atenienses enviaron en 432 a. C. un segundo contingente de cuarenta embarcaciones con dos mil soldados bajo el mando de Calias, hijo de Calíades. Seguramente en este grupo iba Sócrates, que rondaba entonces los cuarenta años, con su protegido Alcibíades, que tenía diecinueve. A su llegada se encontraron con que las fuerzas atenienses acababan de tomar la ciudad de

Terma, en Macedonia: la actual Tesalónica. Las fuerzas opositoras se habían replegado a la ciudad macedonia de Pidna, que acababan de sitiar las tropas griegas.

Los habitantes de Potidea recibieron el apoyo del dirigente de la vecina Macedonia, el rey Pérdicas, cuyos hombres impidieron el avance de las tropas atenienses que habían llegado al mando de Calias conteniéndolas en Macedonia, en su camino hacia Potidea. El asedio de Pidna acabó por levantarse —pocos asedios tuvieron éxito con el antiguo arte de la guerra— y las fuerzas combinadas con las que seguramente lucharon Sócrates y Alcibíades participaron entonces en los asaltos —que sí triunfaron— a las ciudades macedonias de Veria y Estrepsa antes de dirigirse, finalmente, a Potidea.

En el verano del 432 las fuerzas opositoras se enfrentaron en una lucha encarnizada, y fue en el curso de este suceso cuando Sócrates rescató a Alcibíades de las líneas enemigas. El código hoplita exigía que, en la batalla, el soldado que se encontrase a la derecha de un compañero y tuviera el escudo protector, redondo, en el lado izquierdo, era el responsable de proteger el cuerpo de su camarada de la izquierda. Los escudos así colocados formaban una línea de defensa contra las lanzas y las flechas enemigas, y requería una disciplina incondicional para mantenerse. La dinámica de la batalla, sin embargo, ejercía una enorme presión individual sobre los hoplitas que les impulsaba a romper la línea, ya fuese porque se giraban para huir de las fuerzas opositoras o porque rompían sus propias filas para perseguir a un enemigo cuando veían que su línea empezaba a flaquear.

Se ajustaría perfectamente a lo que sabemos de Alcibíades que ese joven apasionado se hubiera sentido tentado, en medio de la refriega, a demostrar su valor lanzándose a perseguir a los soldados enemigos que se daban a la fuga. De haber sido así, el hecho de romper la fila habría supuesto un riesgo para sus compañeros hoplitas que hubiera resultado fatal tanto para ellos

como para él mismo. Podemos imaginar una situación en que, en lugar de romperse, la línea enemiga se reagrupara, con lo que Alcibíades habría quedado herido y solo en el centro de un círculo formado por hombres hostiles y armados. Sócrates, que mantenía su puesto en la línea ateniense, tuvo que sentir verdadero espanto al ver la situación en la que se había puesto su compañero.

Hubo de ser una decisión difícil para un soldado disciplinado la de actuar para salvar la vida de un amigo a costa de romper su propia alineación. Lo que ha quedado claro por el relato de Alcibíades es que lo único que impidió que los enemigos acabaran con él fue que Sócrates irrumpiera en su formación. En el relato de Platón, Alcibíades narra la osada actuación de Sócrates exponiéndola como merecedora de elogios y reconocimiento, más que de reprobación. En la confusión sangrienta de la batalla Alcibíades tuvo la suerte de no resultar mortalmente herido; quizá lo que le salvó de la muerte fue el golpe en la cabeza que le hizo caer al suelo. En el espacio creado por su propia incursión entusiasmada Sócrates pudo sacar el cuerpo de su amigo de aquel lugar de peligro y ponerle, a él y a su armadura, bajo la protección de las líneas atenienses.

La posterior disposición de Sócrates a que su joven amigo disfrutara él solo de las candilejas puede haber tenido algo que ver con que en aquel momento sentía que la gloria individual, aunque se tiene en alta estima, le llegaba a un precio que él ya no estaba dispuesto a pagar. Muchos jóvenes atenienses de la clase hoplita acariciaban el sueño de convertirse en héroes de guerra. Y la vida de Sócrates, tanto en su faceta de soldado como de filósofo, nos muestra que el heroísmo en sus distintas formas era para él un objeto de admiración y deseo. En esa fase de su vida, sin embargo, el heroísmo marcial ya no era para Sócrates tan atractivo como el heroísmo moral, aunque no le quedara más remedio que reconocer que a Alcibíades, todavía un adolescente, sería imposible convencerle de eso.

El fin del asedio

La batalla de Potidea fue breve y nada decisiva. A pesar de sufrir el doble de bajas que los atenienses, la mayoría de los potideos logró retirarse y refugiarse tras las murallas de la ciudad, aún intactas. Los atenienses procedieron entonces a sitiar Potidea. El asedio duró dos largos años.

En el 430 a. C. se envió, procedente de Atenas, un contingente de refuerzos para colaborar en el asedio. Los generales atenienses, de nombre Cleopompo y Hagnón, llevaron consigo unos enormes arietes, un invento de artillería para asaltar las ciudades amuralladas de los que tenemos conocimiento gracias a la historia de las guerras griegas, donde se habla de ellos por primera vez.[6] El nuevo contingente de tropas atenienses llevó, además, otra cosa aún más mortífera: la peste.

Después de declararse la guerra, un año antes (431 a. C.), Atenas se había convertido en hogar temporal de miles de compatriotas que huían de las invasiones espartanas de Ática. Dentro de la muralla, donde la población se hacinaba y vivía con escasos medios, se daban todas las condiciones para que los atenienses fueran presa de una terrible epidemia cuyos espeluznantes síntomas describió Tucídides con todo detalle. Algunos investigadores modernos la han identificado como una forma de tifus.[7] Parte de los soldados que llegaron a Potidea en el 430 a. C. padecían la enfermedad y se la fueron contagiando inexorablemente a todo el campamento. El general Cleopompo, hijo de Clinias (no el padre de Alcibíades sino otro miembro de la familia que debía de llamarse igual) sucumbió junto a muchos de sus hombres. En cuestión de semanas más de un millar de soldados atenienses destacados en Potidea habían muerto a consecuencia de la peste, y Hagnón regresó a Atenas por mar con lo que quedaba de su infortunado ejército.

A pesar de este revés tan desmoralizador los atenienses que se quedaron en su campamento —entre los cuales estaban, probablemente, Sócrates y Alcibíades—, recibieron órdenes de continuar el asedio. Las condiciones en

la ciudad sitiada de Potidea estaban empezando a ser extremas. Llegado un momento comenzaron a faltar los víveres y, tras haber acabado con todo lo que tenían almacenado, con las cosechas y con el ganado, los habitantes de Potidea se vieron obligados a comerse los cadáveres de sus conciudadanos. [8]

En el invierno del 430 a. C. los supervivientes, muertos de hambre, se rindieron por fin ante los atenienses. Los potideos esqueléticos fueron enviados al exilio a alguna ciudad cercana. Cuenta Tucídides que se permitió a los hombres llevar consigo un manto y una pequeña cantidad de dinero, y a las mujeres dos prendas de vestir. Técnicamente se había conseguido el objetivo de la expedición ateniense, pero es probable que lo percibieran como un final triste y poco satisfactorio para tratarse de una campaña tan larga.

Sócrates en campaña

Los atenienses y sus aliados, entre los que había soldados procedentes de las ciudades de Jonia, siguieron en el campamento de Potidea hasta el verano siguiente, el del 429 a. C. Fue quizá durante esos meses de verano cuando Alcibíades percibió algo característico en el comportamiento de Sócrates, algo que Platón cuenta así en *El banquete*:

> En efecto, habiéndose concentrado en algo, permaneció de pie en el mismo lugar desde la aurora meditándolo, y puesto que no le encontraba la solución no desistía, sino que continuaba de pie investigando. Era ya mediodía y los hombres se habían percatado y, asombrados, se decían unos a otros:
>
> —¡Sócrates está de pie desde el amanecer meditando algo.
>
> Finalmente, cuando llegó la tarde, unos jonios, después de cenar —y como era entonces verano— sacaron fuera sus petates, y a la vez que dormían al fresco le observaban por ver si también durante la noche seguía estando de pie. Y estuvo de pie hasta que llegó la aurora y salió el sol. Luego, tras hacer su plegaria al sol, dejó el lugar y se fue (*El banquete,* 220c-d).

El detalle de Sócrates saludando al Sol (personificado como el dios Helios) demuestra que actuaba según las costumbres religiosas de los

griegos. Como pensador, a Sócrates solían asociarle con los filósofos de la naturaleza, como Anaxágoras de Clazomene, que defendía que el sol era un objeto físico, más que una deidad. Para muchos griegos este punto de vista era peligroso y sacrílego, y a Platón nunca se le fue de la cabeza que su maestro había sido injustamente condenado a muerte por «no honrar a los dioses de la ciudad». Aquí pudo recordar con sutileza a sus lectores que Sócrates era un hombre piadoso en el sentido convencional.

A los soldados que acompañaban a Sócrates, como a los lectores contemporáneos de Platón, el acto de rezar al Sol debió parecerles completamente normal. Con lo que no debieron sentirse tan cómodos fue con la visión del filósofo de pie durante toda la noche. Sócrates era bien conocido por eso, ya lo hemos visto: parecía una costumbre que se acomodaba bien a otros aspectos de su personalidad y que le hacían destacar por no ser corriente: uno de los adjetivos que se emplean para describirle es *atopos*, que significa «excéntrico» o «nada convencional» (literalmente, «fuera de su sitio»). Pero el acto de permanecer tantas horas seguidas de pie parece demasiado extremo para considerarlo una simple decisión racional, y es razonable suponer que era el síntoma de un problema fisiológico o psicológico subyacente.

Nos sorprende, sin embargo, que ningún autor antiguo hable de que Sócrates estuviera afectado por algún tipo de problema médico, salvo un autor de la escuela de Aristóteles que sugirió que sus síntomas físicos se debían a la melancolía. [9] Sus principales biógrafos, empeñados en perpetuar su recuerdo, se inclinan a considerar esa conducta con gran respeto y han optado por tratar esos episodios de aparente contemplación silenciosa como un indicativo de su total entrega (para ellos, seguramente inspirada por los dioses) a la vida del intelecto. En épocas más recientes, sin embargo, estos episodios han suscitado algunos estudios médicos, y los hay que han concluido que padecía catalepsia. [10] Si fue así, Sócrates tuvo que padecerla desde niño, y ser consciente de que eso llevaba a quienes le contemplaban a

tratarle con actitud circunspecta si no con declarada antipatía. Entre otras cosas, aquello debió hacerle menos atractivo a ojos de las muchachas casaderas atenienses de su clase.

La batalla final

Sócrates protagonizaría una última actuación en la campaña de Potidea, descrita en el *Cármides* de Platón (cuya acción se desarrolla justo después del regreso de Sócrates a Atenas, tras prestar servicio en Potidea) como una «dura batalla»; se ha identificado esta como la batalla de Calcídica. [11] En el 429 a. C. se unió a los atenienses en Potidea un contingente de apoyo compuesto por soldados atenienses, dos mil en total, y se reanudó la actividad militar. Tras una serie de informes engañosos que les llevaron a creer que la ciudad de Espartolo, en Calcídica, les sería entregada por sus habitantes, los atenienses avanzaron hacia el interior prendiendo fuego a los campos y huertos de los alrededores. Sin embargo, las tropas de las ciudades vecinas fueron corriendo a defender Espartolo: contingentes de caballería y tiradores que actuaban con mortífera eficacia a la hora de derribar soldados atenienses. Estos últimos sufrieron la desastrosa pérdida de más de cuatrocientos hombres en el choque, y todos sus líderes militares perecieron en el campo de batalla.

La batalla de Calcídica fue la última actuación de la campaña. Después de eso los atenienses, hartos de guerrear, firmaron una tregua con los potideos, retiraron a sus muertos y regresaron navegando a Atenas. Sócrates y Alcibíades regresaron seguramente a sus hogares a lo largo del verano del 429 a. C., tras una ausencia de casi tres años. Encontrarían la ciudad y sus alrededores en un estado lamentable. La zona centro de la ciudad estaba llena de refugiados que habían ido llegando del campo. Hombres y mujeres, esclavos y libres, jóvenes y viejos, seguían sufriendo y muriendo a causa de la peste. Los cadáveres se apilaban en las calles y los enterraban en fosas

excavadas a toda prisa. Y los campos y huertos adyacentes mostraban las cicatrices de las sucesivas invasiones espartanas. [12]

Esta situación tan calamitosa pudo hacer que a alguien menos duro que Sócrates le resultara difícil mantener una perspectiva filosófica. En *Cármides* se le presenta como un hombre animado en el que no han dejado huella las experiencias vividas, en el campo de batalla o después. Lo que sí se desprende de los relatos anteriores, donde nos narran su servicio militar, es que la imagen de Sócrates como pensador no es la única que podemos formarnos de él. En Potidea y en el resto de lugares se mostró como hombre de acción, impresionante, casi heroico. Su perspectiva, poco convencional, también era notoria en que a pesar de haber salvado a Alcibíades él solo, sacándole del corazón de la batalla, decidió no presumir de sus propios actos.

Tal vez, como hemos sugerido, lo hizo porque albergaba cierto sentimiento de culpa respecto a su propia actuación, dado que dio prioridad al salvamento de Alcibíades sobre la seguridad de sus camaradas, algunos de los cuales pudieron perder la vida como consecuencia de un acto tan individualista. Tal vez fue en parte porque quería que los atenienses, sobre todo a Pericles y Aspasia, sintieran el orgullo y la tranquilidad que inspiraba lo que se contaba sobre la impresionante heroicidad del joven Alcibíades en el campo de batalla. De otro modo podrían haberse formado una opinión menos agradable de Alcibíades, que había roto la línea para perseguir su propia gloria. Y Sócrates, a diferencia de Alcibíades, no parecía muy interesado —o al menos ya no lo estaba— en recibir recompensa por ese tipo de valor marcial por el que la mayoría de los atenienses de su tiempo habrían deseado que se les reconociera, admirara y recordara.

Hombre de acción

El testimonio de Alcibíades muestra que la indiferencia que mostraba Sócrates por el malestar físico, incluso en lo más crudo del invierno, provocó una fuerte impresión entre sus compañeros soldados, hasta el punto de que le molestaron por ello. Sócrates había sido entrenado para soportar condiciones muy duras en sus primeros años de vida, y era normal asociar su fortaleza física con las actividades en las que participó durante la infancia y la adolescencia. Se dice que su padre, Sofronisco, era «trabajador de la piedra» (*lithourgos*). Pero dado que la evidencia relativa a la formación temprana de Sócrates y su servicio militar como hoplita nos lleva a pensar que su familia se encontraba en una situación económica relativamente buena, cabe imaginar que Sofronisco tenía una empresa con canteros y mamposteros a sueldo y que no era un simple artesano.

Sócrates recibió formación en el seno de la empresa familiar, lo que seguramente supuso para él muchas horas de trabajo duro cortando piedra en las canteras y transportando piezas enormes a los talleres donde las esculpían. Además de realizar ese trabajo Sócrates se formó como hoplita, lo que le obligaba a realizar maniobras ataviado con una pesada armadura. Todo ello tuvo que contribuir a ejercitar su fuerza física y su agilidad. Los ejércitos antiguos viajaban con unidades de apoyo, algunas de ellas encargadas de transportar el fuego en forma de carbón encendido y de rescoldos que llevaban en un brasero, pero también un acopio de leña y troncos secos. [13] El fuego se empleaba para acciones militares como quemar las tierras y cultivos del enemigo, pero además, cuando acampaban en condiciones extremas de frío como las que sufrieron en el invierno de Potidea, las tropas atenienses dependían de esas reservas para mantener el cuerpo y el espíritu. Encendían hogueras para calentarse y para cocinar tan pronto como sentaban el campamento. Sócrates, sin embargo, parecía haber recibido un entrenamiento específico para que no le afectara el frío y la incomodidad. En *El banquete* Alcibíades describe así la capacidad de Sócrates para soportarlo:

> [...] en las fatigas era superior no solo a mí, sino también a todos los demás. Cada vez que nos veíamos obligados a no comer por estar aislados en algún lugar, como suele ocurrir en campaña, los demás no eran nada en cuanto a resistencia. [...] Por otra parte, en relación con los rigores del invierno —pues los inviernos allí son terribles—, hizo siempre cosas dignas de admiración, pero especialmente en una ocasión en que hubo la más terrible helada y mientras todos, o no salían del interior de sus tiendas o, si salía alguno, iban vestidos con las prendas más raras, con los pies calzados y envueltos con fieltro y pieles de cordero, él, en cambio, en estas circunstancias, salió con el mismo manto que solía llevar siempre y marchaba descalzo sobre el hielo con más soltura que los demás calzados, y los soldados le miraban de reojo creyendo que los desafiaba (*El banquete*, 219d-220a-b).

La constitución física de Sócrates y su experiencia marcial eran sin duda excepcionales. El rescate de Alcibíades en la batalla de Potidea lo describe así Platón en la sección final de *El banquete*, donde Alcibíades lo rememora así:

> Y ahora, si queréis, veamos su comportamiento en las batallas, pues es justo concederle también este tributo. Efectivamente, cuando tuvo lugar la batalla por la que los generales me concedieron también a mí el premio al valor, ningún otro hombre me salvó sino este, que no quería abandonarme herido y así salvó a la vez mis armas y a mí mismo. Y yo, Sócrates, también entonces pedía a los generales que te concedieran a ti el premio, y esto ni me lo reprocharás ni dirás que miento. Pero como los generales reparasen en mi reputación y quisieran darme el premio a mí, tú mismo estuviste más resuelto que ellos a que lo recibiera yo y no tú (*El banquete*, 220d-e).

La «reputación» a la que se refiere Alcibíades era su relación con el poderoso general ateniense, Pericles, que se había convertido en su protector tras la muerte de su padre. Sócrates sabía tan bien como los generales que su amigo y compañero de tienda era el protegido del popular líder ateniense. Pericles, por su parte, tampoco debía ignorar que los dos hombres iban en el mismo acantonamiento y compartirían tienda en la que era la primera campaña del joven. Los ciudadanos atenienses estaban divididos en diez «tribus», y Sócrates y Alcibíades pertenecían a tribus diferentes; como seguramente esperaban compartir tienda con soldados de su propia tribu, que era lo normal, pudo suceder que Pericles tuviera que dar su aprobación expresa a esta excepción. Pero Platón no se detiene en la supuesta relación entre Sócrates y Pericles, que parece inevitable para justificar la relación del primero con Alcibíades, dada la juventud de este

último. Queda una laguna en este dato que nos lleva a pensar en la necesidad de reinterpretar la naturaleza de los vínculos que hubo anteriormente entre Sócrates y el ciudadano más preeminente de Atenas.

Un guerrero decidido

Sócrates continuó participando en actividades militares atenienses hasta pasados los cuarenta años. En el 424 a. C., solo un año antes del estreno de *Las nubes*, había luchado la batalla de Delio, en Beocia, que fue especialmente sangrienta. La región de Beocia, justo al norte de Ática, estaba dominada por la poderosa ciudad-Estado de Tebas. En la batalla de Delio se midieron siete mil hoplitas atenienses, entre los que se encontraban Sócrates y su amigo Laques (cuya presencia junto a él en Potidea, como se narra en el párrafo que introduce este capítulo, no ha sido demostrada históricamente aunque se basa en el hecho, este sí probado, de que lucharan juntos en Delio) con una cifra similar de soldados tebanos.

Durante un tiempo pareció que la batalla estaba equilibrada, pues ambos bandos iban ganando posiciones por su ala derecha, de fuerza superior. Pero cuando los atenienses rompieron la línea de los beocios por ese lado, el comandante tebano ordenó a dos unidades de caballería que fuesen a asistir a las columnas en retirada. Los atenienses se confundieron, creyeron que los refuerzos pertenecían al gran ejército que ellos mismos habían mantenido en la reserva, y huyeron presas del pánico. Cuando, a continuación, se produjo la retirada, cientos de atenienses murieron a mano de los beocios que corrían tras ellos.

En esta ocasión Alcibíades iba como soldado de caballería junto a un pequeño contingente ateniense. En *El banquete* de Platón cuenta lo que vio, con las siguientes palabras:

> Dispersados ya nuestros hombres, él [Sócrates] y Laques se retiraban juntos. Entonces yo me tropiezo casualmente con ellos y, en cuanto los veo, les exhorto a tener ánimo, diciéndoles que no

> los abandonaría. En esta ocasión, precisamente, pude contemplar a Sócrates mejor que en Potidea, pues por estar a caballo yo tenía menos miedo. En primer lugar, ¡cuánto aventajaba a Laques en dominio de sí mismo! En segundo lugar, me parecía, Aristófanes, por citar tu propia expresión, que también allí como aquí marchaba «pavoneándose y girando los ojos de lado a lado», observando tranquilamente a amigos y enemigos y haciendo ver a todo el mundo, incluso desde muy lejos, que si alguno tocaba a este hombre, se defendería muy enérgicamente. Por esto se retiraban seguros él y su compañero, pues, por lo general, a los que tienen tal disposición en la guerra ni siquiera los tocan y solo persiguen a los que huyen en desorden (*El banquete,* 221a-c).

Este relato nos recuerda un pasaje del diálogo de *Laques*, también de Platón, en el que el tema principal de debate es el significado del valor. En él se muestra al general Nicias aconsejando a los jóvenes que practiquen el combate con la armadura completa.[14] De ese modo, dice, estarán preparados «cuando se quiebren las formaciones y, entonces, tengan que luchar cuerpo a cuerpo, bien para atacar persiguiendo a uno que se retira, o para defenderse en retirada de otro que carga sobre ellos». (*Laques*, 182b)

Nicias aseguraba que si un combatiente podía hacer esos movimientos con la armadura puesta era posible que saliera ileso aunque se enfrentase a varios enemigos a la vez. Y según parece Sócrates dominaba dicha maniobra: a ese dominio pudo añadirse su conocimiento de la llamada *danza pírrica*, que se practicaba con todos los elementos de la armadura puestos e incluía movimientos destinados a proteger la cabeza, avance y empuje, o finta, e influyó sin duda su experiencia en el campo de batalla.[15] Es irrefutable la imagen de Sócrates como hoplita ateniense, muy capacitado, bien entrenado y lleno de determinación.

Soldado viejo

El hecho de que Sócrates prestara servicio activo en numerosas batallas (Potidea, Delio y algunas más) llena un aspecto de su vida notable y apenas reconocido.[16] Participó en varios combates al menos hasta el verano de 422 a. C., cuando nada más cumplir cuarenta y siete años —ya no gozaba de la juventud que exigía el combate con armadura completa— se fue al norte

para luchar en una campaña en Calcídica y Tracia y que formaba parte de la expedición contra Anfípolis que lideró Cleón, político populista ateniense, también general, para recuperar las posesiones imperiales de Atenas en la región. Allí pudo haber participado en más de una docena de combates que, según consta en los anales, tuvieron lugar durante la campaña.

Solo un año antes de la campaña de Anfípolis y un año después de luchar en Delio, en el 423 a. C., Sócrates aparece en *Las nubes* de Aristófanes caricaturizado como el típico científico loco, un pedante puntilloso flaco y de pelo largo. Su participación en todas estas campañas, sin embargo, demuestra que no era ni pacifista ni objetor de conciencia, como han querido verlo algunos observadores modernos, llevados por el romanticismo. Durante gran parte de su vida fue —y esto es un dato objetivo— soldado ateniense en activo y patriota y, como muestra la evidencia de que disponemos sobre su vida: no era el tipo de persona que se pliega a las convenciones sin meditar. Cabe entonces concluir que tomó la decisión expresa de participar, en cada una de esas ocasiones, en campañas militares en representación de su ciudad y lo hizo, en otras palabras, no a pesar de su insistencia en someter a estricto examen lo que significaba vivir una buena vida, sino precisamente por ello.

No se nos han contado, de manera explícita, las actuaciones militares en las que Sócrates tomó parte antes de la campaña de Potidea, en 432 - 430 a. C. Como hemos visto, solo durante esa campaña pudo entrar en combate al menos en cuatro ocasiones, en batallas y asedios que tuvieron lugar en Pidna, Berea, Estrepsa y Espartolo. Tenía ya cerca de cuarenta años cuando luchó en Potidea y, aunque esta es la primera campaña de la que tenemos noticia y que nos da algunos detalles de su valor y su mérito militar, no fue en ningún caso su primera experiencia en el campo de batalla.

La descripción que nos ofrece Alcibíades en *El banquete* demuestra que Sócrates había llegado a dominar la técnica que recomendaba Nicias en *Laques*, que consistía en emprender la retirada sin ceder al pánico. Parece

probable que practicara esta habilidad para lograr ese dominio en algunas campañas en las que participó, al servicio de Atenas, y en batallas en las que las circunstancias imponían una retirada organizada. Lo que se nos ha dicho de la experiencia de Sócrates en el campo de batalla nos lleva a pensar que luchó en muchas campañas atenienses, la mayoría de las cuales no registraron una victoria clara; pero tanto si las batallas en las que luchó se ganaron como si se perdieron, Sócrates siempre se las arregló para luchar un día más. ¿Dónde y cuándo pudo acumular la experiencia vital necesaria para ello?

Aprendiendo a retirarse

Aparte de la guerra de Samos, en el 440 - 439 a. C., poco se sabe de las acciones militares en las que participaron los atenienses entre el 446 y el 433 a. C. Pero la candidata obvia a alzarse con el título de primera vez en que Sócrates practicaba la técnica del repliegue controlado por el que llegaría a ser famoso fue la batalla de Coronea, en otoño del 447 a. C., un par de años después de cumplir veinte, que era la edad legal requerida para entrar en el servicio activo.[17] Un millar de hoplitas atenienses fueron enviados a luchar en Coronea y, en vista de que Sócrates tenía ya la edad necesaria para combatir, es posible que fuese llamado a filas. Recrear las circunstancias de esa batalla nos ayudará a entender el programa de iniciación a la lucha y a la retirada en el que Sócrates se formó, seguramente, en torno a los veinte años.

Para los atenienses involucrados en ella la batalla de Coronea fue un combate catastrófico que debió dejar a muchos tocados por la derrota y por la muerte de sus compañeros. Si aquella fue la primera experiencia de Sócrates en el campo de batalla, también para él debió suponer un punto de inflexión en su vida y en lo que luego sería su muerte, porque contribuiría a establecer el escenario que culminó en su relación con Alcibíades.

Coronea era una ciudad pequeña del centro de Beocia, una región rodeada de montañas que se extiende al norte del golfo de Corinto en torno a Tebas. En el 447 a. C. un millar de hoplitas atenienses bajo el mando del camarada de Pericles, Tólmides —hijo de Tolmeo— fueron enviados a la zona para controlar una rebelión incipiente que afectaba a varias ciudades. Con los atenienses iba también un joven comandante muy impetuoso, amigo íntimo de Pericles y pariente suyo por matrimonio: Clinias, hijo de Alcibíades el Viejo, del demo Escambónida. El ejército era demasiado pequeño para el propósito que había de cumplir, y los tebanos y sus aliados aportaron un número de soldados notablemente mayor. Pericles, en Atenas, hacía lo posible por enviar refuerzos a la zona, pero antes de que pudieran llegar estos la avanzadilla se encontró con el ejército enemigo en una ancha avenida que llegaba hasta Coronea y que se llamaba Camino de la Diosa.

Para los griegos, muy religiosos, lo normal era rezar antes de la batalla y hacer sacrificios a las deidades locales. Con ello intentaban asegurarse el triunfo. Consciente de su inferioridad numérica el comandante ateniense Tólmides hizo sacrificios a la divinidad local, un guerrero legendario que se había convertido en objeto local del culto al héroe y que ofrecía guía, como un oráculo, a quien le consultaba.

El sacerdote ateniense que acompañaba al ejército transmitió las palabras del oráculo del Héroe: «El ejército es una presa difícil de cobrar». El sacerdote interpretó el oscuro comentario en términos positivos: dijo que pretendía tranquilizar a los atenienses, asegurarles que sería difícil para los beocios hacer huir a sus enemigos, aunque ellos fuesen superiores en número. A Tólmides también le tranquilizaba el hecho de que su ejército de atenienses fuese una «presa difícil», o un adversario duro, para las fuerzas beocias, más numerosas. Así que si estas obligaban a los atenienses a replegarse, al menos estarían en situación de esquivar el desastre.

Alentado por falsas esperanzas Tólmides ordenó a sus hombres que atacaran. Y estos, aunque lucharon con valentía, pronto se vieron obligados

a replegarse, ante una fuerza que les superaba. Gradualmente se fueron batiendo en retirada y, perseguidos por los beocios, cientos de atenienses fueron acuchillados y muertos, incluido el general Clinias que solo tenía treinta y cuatro años. La declaración del oráculo presagiaba un resultado mucho peor que el que esperaba Tólmides. Los atenienses quizá eran una «presa difícil» para las tropas beocias, pero una presa al fin.

En aquella época se colocó una lápida de mármol en Atenas con un epigrama que muestra el lamento por los caídos, a partir del cual se ha reconstruido la historia de esta batalla. Sitúa la causa de la derrota en la maldición del héroe del oráculo, en cuyo pronunciamiento había depositado Tólmides una confianza indebida: [18]

> Hombres perseverantes: hasta el fin habéis resistido una competencia desesperada, pues perdisteis la vida por intervención divina.
>
> No fue la fuerza de otros hombres a lo que os enfrentasteis: en el Camino de la Diosa os visteis sometidos a la mala fe de una divinidad que selló vuestro destino con el oráculo, que acogisteis bien.
>
> «Una presa difícil de cobrar», dijo. Pero ese dicho oscuro significó la ruina para vosotros, que fuisteis presa.
>
> Que así en el futuro también los hombres crean que su oráculo es veraz y seguro.

Si Coronea fue la primera experiencia de Sócrates en el campo de batalla, él debió de ser uno de esos centenares de «hombres perseverantes» que soportaron la desastrosa retirada y sobrevivieron a ella. Esta habría sido la primera ocasión que tuvo de poner a prueba la técnica que aconsejaba Nicias y que describió Alcibíades: cuando huyes del campo de batalla, lo que hay que hacer es caminar con decisión, no correr asustado.

La muerte de Clinias en el campo de Coronea tuvo una consecuencia imponderable para la vida de Sócrates. El general dejó viuda a Dinómaca, anterior esposa de Pericles, de la que este se había divorciado (y prima carnal suya: el matrimonio se concertó por razones dinásticas). Sus dos hijos pequeños necesitaban una figura masculina que cuidase de ellos, y Clinias había dejado dicho que en caso de morir él, era Pericles quien tenía

que hacerse cargo de ellos. Uno de esos niños, que tenía solo cuatro años, era Alcibíades.

Quince años después Alcibíades iba a ser compañero de Sócrates y su compañero de fatigas en Potidea.[19] La pérdida del padre debió ser una razón decisiva para su amistad con Sócrates en la guerra y en la paz: fue su pupilo, su pareja en combate y devoto compañero, y mantuvieron una relación tan estrecha que era imposible que Pericles no la conociera ni la aceptara. Las implicaciones que esa intimidad debió suponer para la clase y el estatus de Sócrates han recibido poquísima atención, lo que resulta sorprendente. Pero la prolongada relación que existió entre Sócrates y Alcibíades, un hombre y un niño al fin y al cabo, acabaría por convertirse en decisiva a la hora de percibir al filósofo como culpable de corromper al joven, el cargo del que muchos años después (además de aquel de «introducir nuevas deidades») Sócrates sería acusado y por el que sería juzgado y condenado a muerte en el año 399 a. C.

3
Entra Alcibíades

El último acto de El banquete

Al terminar Sócrates su discurso toda la congregación aplaudió con entusiasmo. Aristófanes iba a decir algo, en respuesta a una alusión de Sócrates a algo que él había dicho, cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta y las voces de un grupo de juerguistas y de una joven flautista. Agatón dijo a sus esclavos que fueran a ver de qué se trataba: «Si es alguno de nuestros conocidos, hacedle pasar; pero si no, decid que ya no estamos bebiendo, sino que estamos durmiendo ya» (*El banquete*, 212d).

Poco después oyeron la voz de Alcibíades que resonaba en el patio. Estaba completamente ebrio y seguía preguntando a gritos dónde estaba Agatón y pidiendo que le llevaran junto a él. Por fin apareció por la puerta. Le sujetaban la joven flautista y algunos esclavos. Llevaba puesta una enorme corona de hiedra y violetas, y la cabeza profusamente adornada con cintas.

«—Salud, caballeros —dijo—. ¿Acogéis como compañero de bebida a un hombre que está totalmente borracho, o debemos marcharnos tan pronto como hayamos coronado a Agatón, que es a lo que hemos venido? Ayer, en efecto, no me fue posible venir, pero ahora vengo con estas cintas sobre la cabeza, para de mi cabeza coronar la cabeza del hombre más sabio y más bello, si se me permite hablar así. ¿Os burláis de mí por que estoy borracho? Pues aunque os riáis, yo sé que digo la verdad. Pero decidme

enseguida: ¿entro en los términos acordados, o no?, ¿beberéis conmigo, o no?» (*El banquete*, 212e-213a).

La congregación le recibe con un clamor, pidiéndole que entre y se una a ellos. Sobre todo, Agatón. Llevan a Alcibíades hasta donde está y, como lo que pretende es coronar a Agatón, se quita las cintas que lleva en la cabeza y las sostiene ante él. Esto le impide ver a Sócrates, que se ha apartado para dejarle sitio en el lecho. Alcibíades ocupa el puesto que ha quedado libre, abraza y besa a Agatón y luego le corona con las cintas:

«—Esclavos —dijo entonces Agatón—, descalzad a Alcibíades, para que se acomode aquí como tercero.

»—De acuerdo —dijo Alcibíades—. pero ¿quién es ese tercer compañero de bebida que está aquí con nosotros?

»Y, a la vez que se volvía, vio a Sócrates, y al verlo se sobresaltó y dijo:

»—¡Heracles! ¿Qué es esto? ¿Sócrates aquí? Te has acomodado aquí acechándome de nuevo, según tu costumbre de aparecer de repente donde yo menos pensaba que ibas a estar. ¿A qué has venido ahora? ¿Por qué te has colocado precisamente aquí? Pues no estás junto a Aristófanes ni junto a ningún otro que sea divertido y quiera serlo, sino que te las has arreglado para ponerte del lado del más bello de los que están aquí dentro.

»—Agatón —dijo entonces Sócrates—, mira a ver si me vas a defender, pues mi pasión por este hombre se me ha convertido en un asunto de no poca importancia. En efecto, desde aquella vez que me enamoré de él, ya no me es posible ni echar una mirada ni conversar siquiera con un solo hombre bello sin que este, teniendo celos y envidia de mí, haga cosas raras, me increpe y contenga las manos a duras penas. Mira, pues, no sea que haga algo también ahora; reconcílianos o, si intenta hacer algo violento, protégeme, pues yo tengo mucho miedo de su locura y de su pasión por el amante.

»—En absoluto —dijo Alcibíades—, no hay reconciliación entre tú y yo. Pero ya me vengaré de ti por esto en otra ocasión. Ahora, Agatón —dijo—,

dame algunas de esas cintas para coronar también esta su admirable cabeza y para que no me reproche que te coroné a ti y que, en cambio, a él, que vence a todo el mundo en discursos, no solo anteayer como tú, sino siempre, no le coroné.»

Alcibíades toma entonces algunas de las cintas y corona a Sócrates con ellas; luego se vuelve a sentar en el lecho. [1]

El joven león

A Alcibíades siempre le gustaron las entradas triunfales. Aquí le vemos en el banquete de Agatón, celebrado en el 416 a. C., tal y como se narra en el diálogo de Platón del mismo nombre. Nacido en el 451 a. C. Alcibíades debía tener, en la ocasión aquí referida, en torno a treinta y cinco años: aproximadamente la edad en la que su apuesto padre, Clinias, luchó y murió en Coronea. [2] En ese año, el del banquete, Sócrates tendría cincuenta y tres y ya no era el soldado que había sido en su juventud y madurez y que Alcibíades describe a continuación.

Con gran maestría Platón logra que Alcibíades aparte la atención de la audiencia, centrada en su aparición, para ponerla en Sócrates, al que convierte en estrella de la fiesta. La fecha tan señalada del diálogo, 416 a. C., marca el momento central de la prolongada guerra del Peloponeso, durante una época de relativa calma anterior a la campaña siciliana de 415 - 413 a. C., que sirvió para reanudar las grandes campañas. Por otra parte, el hijo de Clinias fue la personalidad más colorida y extravagante de la época.

Aristocrático, increíblemente guapo y aún más atractivo que su padre, Alcibíades podía jactarse de descender de dos de las familias más importantes y prestigiosas de Atenas. Por parte de padre pertenecía a una familia noble, de eupátridas (literalmente, «los bien nacidos») cuyos orígenes se remontaban a Ayax de Salamina. [3] Su madre, Dinómaca, prima de Pericles y primera esposa de este, procedía de la dinastía aristocrática de

los Alcmeónidas, que habían dado a Atenas líderes desde tiempo inmemorial y cuyos orígenes se remontaban al rey homérico Néstor. [4]

Desde muy joven Alcibíades mostró un ansia voraz de aprobación, de ser el centro de atención. Atraía tanto a admiradores y ardientes enamorados como a rivales y enemigos, y fue así durante toda su vida. El biógrafo Plutarco, que escribió una *Vida de Alcibíades* a finales del siglo primero o principios del segundo, a. C., recopila una serie de anécdotas por las que el joven Alcibíades llegó a ser muy famoso. Una vez, en una lucha deportiva, evitó que su rival le derribara mordiéndole el brazo. Cuando el contrincante logró soltarse y acusó a Alcibíades de «morder como una mujer», él le respondió que mordía como un león. Esa imagen idealizada de sí mismo perduró: en posteriores ocasiones se le atribuyeron epítetos o imágenes en los que se le comparaba con un león.

En otra ocasión, siendo un niño, Alcibíades estaba con sus amigos en una calle estrecha jugando a las tabas, un juego infantil en el que se usaban tabas de asno y se lanzaban como si fueran dados. Acababa de hacer su tirada cuando apareció un carro de bueyes cargado hasta arriba, así que levantó la mano para indicar al boyero que se detuviera. El boyero no le hizo caso y siguió adelante. Los otros chicos huyeron desperdigados, asustados por el peligro que representaba, pero Alcibíades se tumbó en el suelo todo lo largo que era para impedir el paso al carro, con lo que obligó al boyero —asustado y furioso por igual— a detener el vehículo.

A Alcibíades le gustaba ganar y salirse siempre con la suya. Otra anécdota cuenta que Sócrates le dice que él solía observarle de niño, cuando jugaba a las tabas y a otros juegos con sus compañeros de colegio. Cuando Alcibíades pillaba a alguien haciendo trampa se enfadaba mucho e, indignado, tildaba al otro de «tramposo podrido». [5] La historia confirma esa imagen que nos ofrece Sócrates como parte del círculo del Alcibíades niño.

Estos y otros relatos sobre la juventud de Alcibíades nos muestran una combinación de carisma y confianza en sí mismo que se añadían al

atractivo físico del muchacho. Se dice que hablaba con un leve ceceo del que se burlaron los poetas satíricos, pero que hacía su discurso aún más encantador y persuasivo. Y aunque muchos se quedaron prendados de él, señala Plutarco, el único que fue correspondido fue Sócrates, porque para Alcibíades era evidente que su único propósito era protegerle y educarle. El contraste entre ambos, sin embargo, tanto en carácter como en aspecto físico u objetivos, resultaba sorprendente a quien los viera. «A la gente le sorprendía mucho ver a Alcibíades en la misma tienda que Sócrates, haciendo ejercicio y comiendo junto a él», dice Plutarco.

La relación entre Sócrates y Alcibíades está tan bien contada —Plutarco dedica a ella gran parte de su biografía—, que poca gente ha prestado atención a lo que sugiere: que Sócrates tuvo que tener contacto con el propio Pericles. En los quince años que transcurrieron entre la muerte de Clinias, en otoño del 447 a. C. y la campaña de Potidea, en el 432 a. C., la familiaridad y la intimidad que se forjaron entre Sócrates y Alcibíades hubieron de contar con la connivencia, por no decir con el consentimiento explícito, del primer guardián de Alcibíades, el poderoso e influyente Pericles. Su relación debió cimentar, seguramente, con un factor añadido: el conocimiento y el apoyo de la también influyente pareja de Pericles, Aspasia, que estaba emparentada con Alcibíades por el matrimonio de su hermana con el abuelo de él, también llamado Alcibíades. [6]

En los textos de Platón y Jenofonte Sócrates habla con prudencia y respeto de Pericles, que murió a causa de la peste poco después de que Sócrates y Alcibíades regresaran de Potidea en el año 429 a. C. Jenofonte también nos muestra a un Sócrates estrechamente vinculado al joven Pericles, el hijo que el estadista tuvo con Aspasia. En sus *Memorias de Pericles* aparecen los dos hombres conversando animadamente, aunque ni Platón ni Jenofonte indican en ningún momento que Pericles y Sócrates tuvieran contacto o relación personal en la época. Sin embargo, las circunstancias que rodean a Alcibíades en sus primeros años de vida —

cuando a los cuatro años entró bajo el cuidado de Pericles o la estrecha relación que mantuvo con Sócrates desde que era un niño— hacen difícil imaginar otra cosa. Una relación como esa arroja una luz muy significativa sobre la cuestión de la extracción social de Sócrates, su estatus y las circunstancias en las que vivió sus primeros años.

El otro tutor de Alcibíades

Hay una serie de razones por las que Platón y Jenofonte pudieron mostrarse reticentes a la relación de Sócrates con Pericles y que explican su silencio en otras cuestiones que tienen que ver con las actividades y amistades de Sócrates de joven. De momento, hay una anécdota —que cuenta el estadista y orador romano Cicerón— que puede darnos una imagen más amplia de la asociación de Sócrates con Alcibíades niño. [7]

Tras la muerte de Clinias, Pericles nombró tutor de su joven protegido Alcibíades a un anciano tracio llamado Zópiro. Zópiro era un meteco: residía en Atenas, pero no era ateniense. Pudo tratarse del Zópiro que vivió en Atenas en aquella época y al que se conocía por haber promulgado una teoría similar a las doctrinas fisiognómicas que tan populares fueron en el siglo XVIII y que pretenden demostrar que cada tipo físico refleja un carácter. [8]

Evidentemente, Zópiro estaba familiarizado con los detalles del aspecto de Sócrates. Se cuenta que el tracio comentó en una reunión algo muy íntimo del físico de Sócrates: observó que Sócrates no tenía en el cuello, por encima de las clavículas, esas pequeñas hondonadas que se conocen técnicamente con el nombre de fosa supraclavicular. Lo que tendría que haber sido un hueco estaba relleno. Según la particular teoría de la fisiognomía de Zópiro aquello daba una pista inequívoca del carácter de Sócrates. La gente que presentaba un «bloqueo» en esa zona era, según él, «estúpida y torpe».

El hecho de que tal interpretación de Sócrates fuera tan poco apropiada sugiere que pudo deberse no tanto a la extraña doctrina de Zópiro como a su mala interpretación de los modales de Sócrates, o incluso a la envidia o al rechazo que le inspiraba. Valiéndose de la fisiognomía Zópiro diagnosticó otro rasgo de carácter poco agradable en Sócrates: declaró que era un maníaco sexual, o un mujeriego (*mulierosus*). En la versión de la historia que cuenta Cicerón, cuando Alcibíades oyó el comentario rompió a reír. Debió de parecerle divertido que Zópiro diera en el clavo —en ese aspecto al menos— respecto a las inclinaciones libidinosas de su amado tutor, aunque considerase que iban dirigidas a las mujeres en lugar de a los hombres.

Las valoraciones que Zópiro hizo de Sócrates no entran, por lo que parece, en los rasgos faciales del filósofo. La gran nariz chata y los ojos saltones, por ejemplo, que después se considerarían característicos del aspecto de Sócrates, no aparecen en el estudio fisiognómico del tracio. Y como Zópiro declaró que podía leer el carácter de un hombre a través de su cuerpo, ojos, cara y frente, cabe imaginar que lo que aventuró sobre la naturaleza sexual de Sócrates viene de observar sus ojos saltones, síntoma clásico de un problema llamado *hipertiroidismo*. Pero de lo único que nos habla es de la forma que tenía la clavícula de Sócrates.

Para que Zópiro estuviera en una situación que le permitiera observar los hombros desnudos de Sócrates con tanta precisión tenemos que pensar en qué circunstancias se habría hecho visible la zona: tuvo que ser cuando Sócrates practicaba la danza o la lucha sin ropajes con su pupilo —y el de Zópiro— Alcibíades. Esto evidencia una intimidad con el noble pupilo que habría suscitado cierto resentimiento en un tutor que, a diferencia de Sócrates, no era ciudadano ateniense nacido libre ni tampoco soldado, por lo que no podía exigir respeto a su discípulo, arrogante y tozudo.

En otra anécdota que procede de la misma fuente, un diálogo perdido titulado *Zópiro*, escrito por un discípulo de Sócrates, Fedón de Elis, se

cuenta que el desagradable Zópiro elaboró todo un catálogo de defectos y vicios por los que se podía censurar a Sócrates en virtud de su aspecto físico. Todos los presentes ridiculizaron el análisis del tracio, ya que aquellos defectos que él atribuía a Sócrates no se encontraban en el hombre que ellos conocían.

En esa ocasión Sócrates salió en defensa de Zópiro con un gesto de gallardía irónico muy típico de él. Dijo que Zópiro estaba en lo cierto, porque aquellos eran los defectos por los que él sentía natural inclinación. Pero la razón por la que ya no formaban parte de su carácter, añadió, era que había conseguido desalojarlos ejercitando la razón. Con esta hábil respuesta Sócrates se las ingenió para refutar cualquier averiguación que pudiera desprenderse de las teorías de Zópiro sobre su carácter, al tiempo que reafirmaba su insistencia filosófica en la importancia de la razón.

El alter ego de Sócrates

El joven y bello Alcibíades se hizo famoso en Atenas por sus transgresiones y correrías. En una ocasión se enfadó con un profesor por su indiferencia ante la poesía de Homero y le propinó un puñetazo en la cara. En otra interrumpió una reunión del Consejo soltando a una perdiz, que empezó a aletear por la cámara. Escandalizó a sus paisanos de Atenas comprando un mastín de larga cola y haciéndolo desfilar después por toda la ciudad con la cola cortada. Cuando se le reprobó por ello se defendió diciendo que el propósito de su acción había sido llamar la atención sobre conductas aún peores que la suya.

El ansia de portarse mal que exhibía el joven provocaba la ira de su protector, Pericles. La tía abuela de Alcibíades, Aspasia —que era la esposa de Pericles *de facto*, pero no de título— parece haber sido más condescendiente con él. Cabe imaginar que, junto con Sócrates, debió sentirse inclinada a la condescendencia en más de una ocasión. Su actitud

indulgente contagió a la masa de atenienses, que parecían dispuestos a perdonar a Alcibíades cualquier comportamiento seguramente porque veían en él a un joven arrebatadoramente bello e inteligente y con unas ansias encomiables de éxito y reconocimiento.

El propio Sócrates pudo haber visto el espíritu bondadoso que albergaba aquel joven tarambana. Él mismo había sido un truhán en sus años mozos, y había sido castigado por ello por su padre, Sofronisco. Si gran parte de lo que vemos del viejo Sócrates es su actitud bromista y traviesa, de joven tuvo que haber mostrado cierta tendencia al alboroto. Sócrates también tenía un carácter exasperante por lo competitivo —no le iba a la zaga a Alcibíades— y Platón nos cuenta que nunca estaba dispuesto a ceder ante sus oponentes. Incluso en los retratos más favorables que de él hacen Platón y Jenofonte, en los encuentros de Sócrates con sus iguales o sus mayores vemos que no muestra disposición a aceptar ideas o declaraciones que considera erróneas o intrascendentes, hasta el punto de que —como dice Platón en *Menón*— un interlocutor airado le amenaza con un ataque físico. [9]

Si el Sócrates maduro se muestra como pugilista intelectual, abordando a veces los debates como si fueran combates que se ganan o se pierden, su propósito fue eliminar cualquier falsa premisa para poder acercarse a la verdad. Al joven Alcibíades le importaba menos la verdad que el honor o las recompensas que pudiera obtener a los ojos de otros. La obsesión por la filotimia, el ansia de honor, era común en los políticos ambiciosos y la sociedad ateniense veía con buenos ojos a quien aspiraba al éxito. Prueba del amor desmedido de Alcibíades por la gloria es que aceptó de los generales una condecoración por su valor en Potidea, sabiendo que era a Sócrates a quien le correspondía, en rigor: sin su intervención, probablemente habría muerto.

El trasfondo cultural de Sócrates, igual que el de Alcibíades, hubo de magnificar sus aspiraciones de gloria y honor marcial, pero este tipo de

reconocimiento había dejado de ser un objetivo para Sócrates. En *El banquete* de Platón Alcibíades hace un retrato de Sócrates en el que retira esa capa exterior que es su aspecto físico para revelar la belleza interior que se esconde bajo una superficie poco atractiva. Nosotros también podemos descubrir la imagen santificada de Sócrates para revelar al Alcibíades que llevaba dentro.

De joven Sócrates hubo de entender también ese afán de éxito fomentado por el mandato que encontramos en la *Ilíada* de Homero y que se convertiría en el lema de Alejandro Magno: «Destaca siempre y supera a los demás». Más que desaprobar las ambiciones políticas y militares de Alcibíades, Sócrates debió contemplarlas con el ojo de un hombre que una vez se sintió inclinado a seguir el mismo camino, pero renunció expresamente a ello.

Desde este punto de vista, Alcibíades podía considerarse un *alter ego* del joven Sócrates, ese tipo de héroe marcial apuesto que el filósofo, entonces en ciernes, al igual que otros varones atenienses de su edad y su estatus, quiso una vez llegar a ser. Pero cuando rondaba los cuarenta algo había cambiado en la actitud y en las aspiraciones de Sócrates: empezaba a dedicar su vida a perseguir un objetivo diferente, si no menos heroico: ayudar a sus conciudadanos a que vieran con más claridad cuál era el propósito de sus vidas.

Alcibíades y Sicilia

Alcibíades acabaría por seguir la senda del honor y la gloria individualista que culminó con su propia destrucción. Los antiguos atenienses que leyeron *El banquete* de Platón podrían recordar cómo solo un año después de la celebración de Agatón en el 416 a. C. Alcibíades propuso la mayor y más funesta campaña militar que jamás lanzara Atenas, y logró que le pusieran al frente de ella: la desastrosa expedición para conquistar Sicilia.

La línea costera de Sicilia estaba en aquellos tiempos ocupada sobre todo por griegos allí afincados y que vivían en ciudades-Estado de diversos tamaños e importancia. Siracusa era la mayor y más próspera, y competía con Atenas en poder y prestigio cultural. Sus ciudades rivales, como Segesta y Leontini, buscaban el apoyo de Atenas e intentaban dar la impresión de que tenían multitud de recursos que serían útiles a Atenas en caso de guerra contra Siracusa. Los habitantes de Segesta incluso declararon que estaban preparados para financiar una flota y engañaron a los embajadores atenienses enseñándoles montones de objetos de oro y plata que tenían tirados por ahí, como dando a entender que había muchos más y que los ponían a su disposición. La isla también era rica en maizales, y muchos atenienses creyeron que la conquista sería sencilla y rentable.

En primavera del 415 la Asamblea Ateniense llevó a cabo un debate público sobre las bondades de esa campaña. Alcibíades, que había sido nombrado general en el 420 a. C. (la edad mínima para optar al puesto era de treinta años) era muy popular en Atenas, y pensó que había llegado su momento. Le parecía que el éxito de una expedición le elevaría al estatus de héroe a los ojos de los atenienses, e hizo una intensa campaña. Su competidor era Nicias, un general con más experiencia que él, que le instó a que se contuviera. Pero el carisma de Alcibíades y sus persuasivos discursos ganaron el pulso.

Cuando Nicias se dio cuenta de que la expedición podía seguir adelante urdió un plan para desalentar a los atenienses: afirmó que haría falta un gasto mucho mayor en barcos y tropas para combatir contra el poder de las ciudades sicilianas, pero su argucia no funcionó. En lugar de desanimarse, la Asamblea Ateniense acogió su propuesta con entusiasmo: se convocó una moción para que los generales llamaran a filas a más de cuatrocientos barcos y cinco mil hoplitas, una fuerza cuya pérdida fue, al cabo, mucho más dañina de lo que hubiera sido con una expedición menor.

Los atenienses se lanzaron a preparar un ejército naval sin precedentes. En las semanas y los días anteriores a su partida las multitudes corrían hacia el Pireo, el gran puerto ateniense, para ver cómo equipaban los trirremes y construían la artillería para lo que sin duda sería una campaña gloriosa. Sócrates debía estar entre esos espectadores. Sus días de servicio militar ya habían pasado, pero él continuaba siguiendo la carrera de Alcibíades muy de cerca.

Una mañana, poco antes de que la flota estuviese lista para zarpar, los atenienses se despertaron y contemplaron un acto terrible de sacrilegio. Centenares de imágenes en piedra del dios Hermes que estaban repartidas por toda Atenas, especialmente en el ágora, habían sido dañadas o desfiguradas. Los Hermes (los llamaban así) eran bloques de piedra cuadrados que llevaban encima la cabeza solemne y barbada del dios, y tenían enormes falos de piedra erectos, en relieve, en la parte delantera del bloque. Estaban situados en la entrada a lugares donde se celebraban rituales secretos y en casas particulares para asegurar buena suerte a visitantes, viajeros y moradores de la ciudad por igual. Atenas estaba llena de Hermes, y aquella mañana aciaga quedó claro que los Hermes de toda la ciudad habían sufrido el azote del vandalismo deliberado, porque alguien les había destrozado la cara y el falo. [10]

A ojos de los supersticiosos atenienses un comportamiento tan irreverente tendría que extender un manto terrible sobre los planes de la expedición. Un enemigo político de Alcibíades aportó en seguida un falso testigo que aseguraba que Alcibíades y sus amigos eran los responsables de aquella conducta sacrílega relacionada con los Misterios. Y aunque la alegación no tenía nada que ver con los Hermes mutilados, a él le tacharon de impío. Alcibíades se ofreció voluntario inmediatamente para que le juzgaran, bajo pena de muerte, para probar su inocencia. Pero sus oponentes calcularon que sus seguidores se multiplicarían una vez que el ejército saliera de Atenas. Esperaron, por tanto, a que desplegara velas, cosa que

hizo al día siguiente, antes de leer los cargos que se le imputaban: les venía bien que se descubriera que no hacía mucho había participado con sus amigos aristócratas en una mascarada, con lo que quedaba claro que no le importaba cometer sacrilegio. Al parecer, se había burlado de los santos misterios de la diosa Deméter —entre otras cosas, porque se había vestido con ropa de mujer— y había presumido de todo ello delante de los esclavos, algo imperdonable.

Unas semanas después de que la armada tocara tierras sicilianas llegó un barco ateniense para arrestar a Alcibíades, acusado de profanar los Misterios. Alcibíades abordó su propia nave para emprender el regreso, pero al llegar a Turios —un asentamiento ateniense que había sido fundado dos décadas antes, en el sur de Italia— volvió a izar las velas y fue a buscar refugio entre sus enemigos espartanos. Se había convertido oficialmente en traidor a Atenas. Su huida se interpretó como prueba de su culpabilidad y se le condenó a muerte *in absentia*.

La traición de Alcibíades ayudó a los enemigos de Atenas a elaborar un plan crítico y una guía para conducirse en la guerra, tanto en Sicilia como en tierra firme. Tucídides narra cómo se produjo la destrucción gradual de la expedición ateniense con doloroso detalle. Durante todo el año siguiente una serie de titubeos y decisiones desafortunadas del prudente general Nicias en Sicilia dejaron en situación delicada a las tropas atenienses que iban bajo su mando. Y otra serie de demoras y malas decisiones culminó con la masacre de miles de soldados atenienses por parte de los habitantes de Siracusa. Miles más se rindieron, pero murieron de hambre y sed, prisioneros en las canteras cruelmente desguarnecidas de Siracusa. El propio Nicias se rindió y fue ejecutado.

El peaje final que se pagó, por tierra y mar, fue horrendo. Aparte de las numerosas pérdidas de centenares de barcos perecieron unos diez mil hoplitas atenienses y treinta mil remeros experimentados. La constitución democrática de Atenas estaba más amenazada que nunca y, de hecho, sería

sustituida poco después, en el 411 a. C. (aunque de manera temporal) por una oligarquía de cuatrocientos ciudadanos de primer orden. Muchos de los habitantes de Atenas señalaban con el dedo a Alcibíades como culpable de aquella catástrofe y de sus repercusiones antidemocráticas. Y no se les escapó el detalle de que era uno de los primeros pupilos de Sócrates y uno de sus mejores amigos.

El final de Alcibíades

Tras contribuir a garantizar el éxito militar de los habitantes del Peloponeso contra Atenas, en Sicilia y en otros lugares, el extravagante Alcibíades pronto cayó en desgracia entre las huestes espartanas. Estando en Esparta inició una relación con Timea, esposa del rey espartano Agis, con la que según parece tuvo un hijo. Cuando le dijeron que había orden de matarlo, Alcibíades volvió a huir desertando del ejército persa, que había estado apoyando a los espartanos contra Atenas.

Alcibíades había conocido al sátrapa (gobernador local) persa Tisafernes en Asia Menor, donde había estado organizando ayudas financieras para las fuerzas del Peloponeso. Ahora Alcibíades le aconsejaba restringir su apoyo, supuestamente para debilitar a ambos lados y favorecer así a los persas. Muchos creyeron que esta posición era un intento de volverse a ganar el favor de los atenienses y, de hecho, después de establecerse como el asesor de confianza de Tisafernes, Alcibíades comenzó a involucrarse en complicados manejos para regresar a Atenas. Entretanto, sin embargo, Esparta firmó con Persia una serie de tratados que apuntaban a que la resolución final del conflicto no favorecería precisamente a Atenas.

Al régimen de Los Cuatrocientos, establecido en el 411 a. C., le sucedió otro más moderado y de base más amplia, Los Quinientos, bajo el cual Alcibíades regresó por fin a Atenas. No volvió inmediatamente: primero ayudó a los atenienses a ganar unas cuantas batallas en mar y en tierra, y

cuando al final regresó a Atenas en el 407 a. C. le recibieron como a un héroe y retiraron los cargos contra él.

Pero sus enemigos políticos no habían desaparecido. Tras ser derrotados los atenienses en una batalla naval en el 406 a. C., derrota que imputaron a Alcibíades, este se exilió voluntariamente a Tracia. De ahí, después de la caída de Atenas en el 404 a. C., marchó hacia el este cruzando el estrecho de los Dardanelos; llegó a Frigia con la esperanza de reavivar la asociación con Persia en nombre de Atenas. Poco después las tropas persas rodearon su casa de Frigia y le prendieron fuego por orden de los espartanos. Alcibíades salió de la casa blandiendo la espada y encontró su final bajo una lluvia de flechas. [11]

La sombra de Alcibíades

Cuando Platón estaba escribiendo sus diálogos, entre el 380 y el 370 a. C., Alcibíades llevaba muerto mucho tiempo. Su carácter y sus intenciones seguían siendo polémicos mucho después de que Atenas se rindiera, al fin, a Esparta en el 404 a. C. No tenemos constancia de lo que el propio Sócrates pensaba de las vicisitudes de la carrera política y militar de su joven amigo. Durante el ascenso de Alcibíades la mayor parte de las actividades de Sócrates, aparte de su servicio militar, fueron poco más allá de unos cuantos debates filosóficos en casa de amigos ricos o algún paseo por el ágora ateniense durante el cual sometía a artesanos y comerciantes a examen sobre lo que ellos daban por hecho sin haberlo sometido a examen.

Dado su amor por Alcibíades y su propia e inquebrantable lealtad a Atenas, Sócrates no pudo evitar, seguramente, sentir cierto desaliento al pensar que Alcibíades había apoyado a los enemigos de la ciudad durante la campaña de Sicilia. Pero entonces ya llevaría tiempo habituado a las sacudidas que debía provocarle el comportamiento del joven Alcibíades, su comportamiento imprudente y sus locas correrías. Seguramente no supuso

gran sorpresa para él enterarse de que Alcibíades había profanado los Misterios, o que había traicionado a Atenas; tampoco ver que, en épocas más dichosas, los atenienses le perdonaban y le recibían como a un héroe a su regreso, antes de verse obligado a huir una vez más.

Tras su victoria final en el 404 a. C. los espartanos impusieron en Atenas un gobierno de oligarcas, el llamado *gobierno de los Treinta Tiranos*, con Critias a la cabeza. Critias era familia de Platón: era primo de su madre. Los tiranos se dedicaron a asesinar y desposeer a los demócratas que se oponían a su régimen, pero su reino de terror fue breve: en el 403 a. C. fueron vencidos en batalla por las fuerzas de exiliados, que se habían reunido bajo el estandarte de la democracia, y se restituyeron en Atenas las instituciones tradicionales. Uno de los exiliados demócratas era Querefonte, viejo amigo de Sócrates, como recordaría el propio Sócrates al jurado que le condenó en el juicio de 399 a. C. en un intento de mostrar que sus propias opiniones, como las de algunos de sus seguidores, no eran en absoluto antidemocráticas.

Aunque se declaró una amnistía oficial para permitir el regreso a todos, salvo los que habían sido responsables directos de las actuaciones de los oligarcas en los años anteriores, los partidarios de la democracia restablecida de Atenas no perdonaron a Alcibíades. A sus ojos, su comportamiento fue un factor determinante en la derrota de Atenas y en las muertes de tantos de sus conciudadanos, de modo que vincularon su conducta, traidora y antidemocrática, a la instrucción que había recibido de su amigo y maestro Sócrates, que aún vivía y era muy conocido tanto como profesor de jóvenes de clase alta como en su faceta de eterno cuestionador —y muy molesto, por cierto— de las opiniones del hombre de a pie.

En *El banquete* Platón deja claro que Alcibíades no depositó en Sócrates la responsabilidad de sus acciones o decisiones. El joven afirma que se entregó al exceso cuando ya no estaba bajo la buena influencia de Sócrates. Sin embargo, a quienes acusaron a Sócrates pudo bastarles que el filósofo

nunca condenara explícitamente las actuaciones de Alcibíades. Los años de la instrucción de Alcibíades a cargo de Sócrates y la estrecha relación que unió a los dos hombres estaban en la mente de los atenienses tras los acontecimientos del 404 - 403 a. C., año en que los Treinta Tiranos iniciaron su brutal reino del terror con ejecuciones sumarias, confiscación de propiedades y exilio de miles de ciudadanos y metecos de Atenas.

Sócrates y el terror

Critias, contemporáneo y amigo de Alcibíades, fue una figura capital del gobierno de los Treinta. Primo de la madre de Platón, había sido seguidor de Sócrates durante muchos años, aunque también fue muy crítico con él. Era uno de esos atenienses de noble cuna a los que acusaron de tomar parte en la mutilación de los Hermes en el año 415 a. C. Inmediatamente después de aquel acontecimiento fue arrestado, aunque después quedó libre por el descrédito del hombre que le había denunciado. Siguió en contacto con Alcibíades cuando este se ausentó de Atenas y le propuso, con éxito, que regresara del exilio en el 407 a. C.

Cuando la opinión pública se volvió contra Alcibíades de nuevo, en el 406 a. C., Critias se marchó de la ciudad. Volvió cuando cayó, a manos de Esparta, en el 404 a. C., y se convirtió en protagonista de la oligarquía instalada por los espartanos. Cuando las fuerzas democráticas reunidas combatieron contra la junta oligarca en el 403 a. C., Critias murió en la batalla. Pero su participación en las ejecuciones de cientos de ciudadanos inocentes, todas con motivación política, no caerían en el olvido y comenzó a cundir el malestar popular contra él y sus asociados.

Jenofonte nos muestra a Critias como un individuo despiadado y amoral, cuya crueldad partidista contribuyó a que la gente tuviera una percepción negativa de Sócrates. Aunque su relato da pruebas de que la relación de Sócrates con Critias se remontaba a mucho antes de que este último

adquiriera poder político, Jenofonte se molesta en demostrar que los dos hombres no estaban precisamente a partir un piñón, y en sus escritos da cuenta del desprecio indisimulado de Critias por el afán que muestra Sócrates de conversar con artesanos de las clases más bajas, como curtidores, alfareros o broncistas. Sócrates, por su parte, parece que se molestó con Critias cuando le vio hostigando a un joven del que él estaba prendado: comparó sus atenciones con las de «un cerdo que se frota contra una roca». Critias no pudo perdonarle el insulto, y cuando subió al poder se vengó. En la *Apología* Sócrates cuenta cómo le citaron los Treinta y le pidieron que arrestara a un hombre inocente —León de Salamina— y le llevara ante ellos para ser ejecutado. Se negó a cumplir la orden, a riesgo de ser ejecutado él, y siempre dijo que se había salvado porque los Treinta cayeron poco después.

Sócrates nos cuenta la historia en su discurso de defensa, pronunciado para apoyar su afirmación de que más que morir, lo que temía era cometer una injusticia. El hecho de que se quedara en Atenas bajo el nuevo régimen fue, sin embargo, una decisión que sus rivales demócratas debieron ver con desconfianza, a pesar de que Sócrates había manifestado su descontento con las acciones de Critias y los Treinta. Se dice que afirmó: «Si un vaquero redujera el número y el bienestar de las cabezas de ganado que posee, se le consideraría un mal vaquero; así que resulta llamativo que un líder que reduce y empobrece a los ciudadanos a los que gobierna no se considere un mal líder». [12] Sócrates era sospechoso de enseñar sentimientos de este tipo a los jóvenes que querían promover la oposición al régimen; Critias aprobó una ley en la que prohibía «la instrucción en el arte de las palabras», aparentemente, para garantizar el silencio de Sócrates.

Quizá Sócrates fue afortunado por sobrevivir al régimen de los Treinta, pero el hecho de que tal vez Critias, a pesar de su resentimiento personal hacia Sócrates, no consintiera la ejecución de su viejo maestro, hacía pensar que aún se llevaban bien. En cualquier caso el vínculo entre Sócrates y sus

alumnos adinerados siempre estuvo en la mente popular. En el siglo IV —medio siglo después de la muerte de Sócrates— el orador Esquines declaró ante la audiencia ateniense: «Condenasteis a Sócrates a muerte porque había sido el encargado de la educación de Critias, uno de los líderes de los Treinta antidemócratas».

En el 399 a. C. Sócrates fue juzgado ante un tribunal ateniense, acusado de «no reconocer a los dioses de la ciudad», «introducir nuevas deidades» y «corromper a hombres jóvenes». Del jurado, una mayoría le consideró culpable. Según las leyes atenienses Sócrates y sus acusadores podían sugerir un castigo. En el discurso que Platón dice reproducir en su *Apología*, Sócrates propuso que le dieran una pensión vitalicia con cargo al erario público por sus actividades filosóficas. A los miembros del jurado no les hizo gracia, y votaron —con un margen mucho mayor que en ocasiones anteriores— que se le condenara a muerte.

Sócrates podría haberse librado de la muerte mientras esperaba en prisión que se cumpliera la sentencia. Muchos amigos suyos le rogaron que les permitiera sobornar a los guardias para que le dejaran libre. Pero él había decidido que, aunque el juicio de sus conciudadanos no estuviese acertado, él tenía la obligación de acatar la sentencia. También era consciente, como ha observado con gran agudeza la erudita Mary Lefkowitz, de que «una muerte heroica le proporcionaría la inmortalidad: ningún griego podría olvidar nunca los nombres de Patroclo, Héctor o Aquiles... y solo aceptando su ejecución podría Sócrates arrogarse el control de su propia biografía». [13] El método elegido para la ejecución fue la cicuta, que bebió en infusión en una copa. El veneno le provocaría un entumecimiento que empezaba en los pies e iría ascendiendo hasta llegar al corazón.

Para muchos historiadores la verdadera razón para la imputación y ejecución de Sócrates en el 399 a. C. fue la ira de los atenienses ante los crímenes políticos cometidos por Critias y Alcibíades: no podía negarse que

ambos habían estado estrechamente relacionados con él. Alcibíades, sobre todo, había seguido a Sócrates de niño y de adulto, desde el momento en que su padre, muerto en combate, se lo había encomendado a Pericles para que cuidase de él. ¿A qué otra persona del círculo de Pericles conocía Sócrates o tuvo relación con ella durante esas décadas? La relación de Sócrates con Alcibíades y, posiblemente, con el propio Pericles, suscita una serie de interrogantes sobre la extracción familiar y el estatus de Sócrates que tienen consecuencias fundamentales en su trayectoria vital y en su pensamiento sin estudiar hasta el momento.

4
El círculo de Pericles

La primera evidencia biográfica del joven Sócrates procede de un autor antiguo llamado Ion de Quíos. Contemporáneo de Sócrates pero mayor que él, Ion era un polímata activo en la primera mitad del siglo V a. C. que triunfó como poeta, dramaturgo y filósofo. Sus escritos se han perdido, salvo unas cuantas citas, pero hay pasajes suyos que han reproducido otros autores posteriores a él y que muestran que fue comentador informado de los asuntos sociales y políticos de su época. En su *Diario de viaje*, el ejemplo más temprano que se conoce del género de viajes autobiográficos, Ion escribió: «Siendo muy joven Sócrates acompañó a Arquelao en un viaje a Samos». [1]

Este informe, aparentemente objetivo y citado por el historiador Diógenes Laercio en el siglo II-III d. C., es el primer testimonio directo que tenemos sobre los años de juventud de Sócrates, y prueba crucial de su educación y experiencias juveniles. Se completa con las palabras de un autor también antiguo y de gran crédito del siglo IV a. C., el teórico musical Aristógenes de Tarento cuyo padre, Espíntaro, también fue contemporáneo de Sócrates. En su obra perdida, *Vida de Sócrates*, que es la primera biografía canónica de Sócrates, Aristógenes indica explícitamente que «Sócrates era el "favorito" [*paidika*, "joven amante"] de Arquelao».

Los posteriores biógrafos de Sócrates no tuvieron en cuenta, o ignoraron, esta afirmación, algo inexplicable si no fuera por que hace una declaración abierta y explosiva sobre una relación homosexual de Sócrates a una edad

temprana. La idea la han rechazado siempre, por una simple cuestión de prejuicios, varias generaciones de historiadores que han intentado destacar la rectitud sexual (más específicamente heterosexual) de Sócrates, o que se han inclinado por estudiar su vida exclusivamente desde la perspectiva de su juicio y posterior muerte.[2] Las implicaciones que tal afirmación tiene para el estatus social de Sócrates y el entorno en el que se movió en su juventud no son menos significativas —tienen de hecho, mucha más importancia desde el punto de vista biográfico— que la confirmación de esta experiencia temprana de Sócrates: una relación homosexual con un hombre mayor.

El círculo de Arquelao

Arquelao, compañero de Sócrates en el viaje a Samos, fue un filósofo ateniense amigo del líder político, aristócrata y general pro-espartano Cimón. Ion de Quíos —que es quien dijo que Arquelao fue compañero de Sócrates en el viaje a Samos pero no especificó que hubiera una relación más íntima— era estudiante de filosofía y también tenía amistad con Cimón. Ion tuvo que haber conocido a Arquelao y haber conversado con él sobre sus doctrinas filosóficas. La relación de Ion con Pericles, entonces político populista en pleno ascenso, no fue seguramente tan cálida, porque se sabe que el primero afirmó de Pericles que era «insolente y arrogante». Seguramente sufrió en propias carnes la actitud despectiva del Pericles joven, dirigida específicamente a su rival político, Cimón, y a los socios conservadores de este.

Ion recorrió todo el mundo griego e hizo más de un viaje a la isla de Samos, que está a apenas unas horas en barca de la costa de Quíos. En una de sus últimas visitas coincidió con el dramaturgo Sófocles, que era general de la infame expedición de Pericles para someter la isla en el año 440 a. C. Y aunque no hay pruebas de que Sócrates sirviera en esa misma campaña,

algunos han leído testimonios de la visita de Sócrates a Samos que comentan su participación en la campaña como hoplita. Es difícil sostener esa interpretación: en primer lugar, en el año 440 a. C. Sócrates tenía ya casi treinta años, así que la descripción que Ion hace de él como «un hombre joven» parece descartar que el comentario se refiera a ese acontecimiento. En segundo lugar, el comentario de Ion lo cita explícitamente Diógenes Laercio para negar la declaración de que «Sócrates nunca salió de Atenas salvo para cumplir como soldado». De modo que la visita a Samos que narra Ion no puede referirse a la participación de Sócrates en la expedición militar a Samos en el 440 a. C., sino a una visita anterior que haría siendo más joven y sin fines militares.

La idea de que Sócrates nunca salió de Atenas estaba tan extendida que cuando en el *Fedro* de Platón se le describe atravesando los límites de la ciudad, surgen comentarios de sorpresa.[3] La imagen de Sócrates como filósofo casero procede de la visión que tenemos de él como hombre maduro y viejo que pasaba los días en el ágora y en otros lugares de la ciudad donde se podían reunir los varones jóvenes (que por ley tenían vetado el acceso al ágora), como la casa de Simón el Zapatero.[4] La idea de que Sócrates solo vivió en Atenas es lo que seguramente inspiró a todos los biógrafos que eran demasiado jóvenes para haber conocido a Sócrates en su etapa juvenil. Evidentemente, estaban equivocados.

Porfirio, un erudito pagano de gran predicamento en el siglo III d. C. fecha la visita de Sócrates a Samos con Arquelao en el año 452 a. C. En ese año Sócrates tendría diecisiete años. En los textos de Aristógenes Porfirio leyó que Sócrates y Arquelao fueron, durante muchos años, «no simples conocidos, sino amantes». Los estudiosos intentaron esquivar la teoría de Aristógenes, que les parecía maliciosa y propia de «un chismoso que no era de fiar».[5] Pero en el contexto de la élite cultural de la antigua Grecia afirmar que Arquelao y Sócrates eran amantes no entrañaba necesariamente

algo indigno o escandaloso. Es posible que tal comentario fuese, simplemente, la aportación de un dato objetivo.

«De jóvenes buscamos el afecto de los hombres mayores, de los que podemos aprender y cuya compañía nos beneficia», dice uno de los participantes en el último diálogo de Platón. Los jóvenes atenienses de clase alta, en época de Sócrates, intentaban ampliar sus horizontes sociales e intelectuales relacionándose con hombres mayores. En el diálogo *Parménides* Platón nos presenta al filósofo del mismo nombre cuando visitó Atenas con su discípulo Zenón, quince años más joven que él y al que se describe como un hombre de «buen porte y agradable figura, y de él se decía que había sido el favorito de Parménides» (*Parménides*, 127b). El comentario no es peyorativo: es la mera afirmación de un hecho objetivo. En los círculos elitistas de Atenas se aceptaba que la relación entre un joven y un hombre mayor pudiera ser, también, de índole física, aunque este tipo de relación sexual entre hombres no la aprobara la sociedad griega en general o no formara parte del arreglo. En el caso de Sócrates y Arquelao, sin embargo, el testimonio de Aristógenes no deja lugar a dudas.

Arquelao y Sócrates

¿Qué sabemos del mentor y amante, mayor, del joven Sócrates? En cuanto a sus tendencias intelectuales y filosóficas Arquelao era discípulo de Anaxágoras, muy amigo de Pericles y el filósofo más famoso de la Atenas del famoso líder griego. Anaxágoras procedía de Clazomene, Jonia: una región que dio al mundo muchos de los grandes intelectuales de la época. Los filósofos de la escuela jonia eran científicos interesados en todo lo que rodeara a la naturaleza del ser y a la composición física del universo. Se dice que Arquelao siguió las teorías cosmológicas de Anaxágoras y afirmaba que el mundo material había llegado a existir «gracias a la combinación de Materia e Inteligencia».

Arquelao debió conocer a Sócrates, hijo de un exitoso empresario de la piedra, cuando era un joven con estudios e interesado en desarrollar su conocimiento de la filosofía de la época. Sócrates tuvo que ser un adolescente precoz en el plano intelectual, además de físicamente impresionante. Aunque es probable que su padre quisiera que prestara más atención a la escultura, Sócrates tenía tanto cerebro como músculo y mostraría ya parte del encanto, carisma y fervor competitivo que él y otros admirarían más tarde en su discípulo Alcibíades.

En su diálogo *Teeteto* Platón traza la imagen de un matemático en ciernes cuyas cualidades parecen reflejar las que él imaginó que adornaron a Sócrates en su juventud. En el diálogo el tutor de Teeteto habla con admiración del muchacho en estos términos:

> Puedes estar seguro de que nunca he conocido a nadie que estuviera dotado de unas cualidades naturales tan admirables, y he conocido a mucha gente. Que sea listo como pocos y que se distinga, a la vez, por su afabilidad, además de tener un carácter extraordinariamente viril, es algo que yo no creía que pudiera darse ni veo que se dé en la actualidad. En general, los que son agudos y sagaces como este y tienen buena memoria, también son propensos a dejarse llevar por sus pasiones, se precipitan como naves sin lastre y tienen más de locura que de valor. En cambio, los que son más graves son siempre lentos en el aprendizaje y se olvidan con facilidad. Pero él se aplica a sus estudios e investigaciones con una facilidad segura y eficaz, y procede con la misma suavidad con la que fluye silenciosamente el aceite, de tal manera que sorprende cómo lleva a cabo todas estas cosas a tal edad. [6]

Todo lo que Platón atribuye a Teeteto, esa combinación «única» de cerebro y músculo, parece pura ironía, dado que en muchos diálogos atribuye precisamente esas cualidades a Sócrates. La descripción de los atributos de Teeteto puede ofrecer una pista sobre la opinión que tenía Platón del tipo de joven que debió ser Sócrates. Este párrafo, junto a otros del mismo autor, parecen presentarnos una imagen parcial del joven Sócrates refractada en las vidas y personalidades de otros.

No podemos saber a ciencia cierta cual fue la naturaleza de la relación de Sócrates con Arquelao. Parece posible, sin embargo, que el propósito de su visita a Samos en el 452 a. C. fue el de cumplir un objetivo educativo

específico: hicieron aquel viaje para estudiar las teorías de uno de los pensadores más celebrados del momento: el filósofo Meliso de Samos.

Visita a Samos

La isla de Samos se encuentra en el Mar Egeo, frente a la costa de Asia Menor (Jonia para los antiguos griegos). Tiene dos protuberancias volcánicas cubiertas de vides, igual que en la Antigüedad. En tiempos de Sócrates Samos alcanzó la fama por sus vinos, su cerámica y, en particular, sus tres obras maestras de la ingeniería civil del siglo VI a. C.: el enorme rompeolas artificial de su puerto, un túnel de varios kilómetros para la conducción de agua, abierto en el costado de un monte, y el inmenso templo dedicado a la diosa Hera.

La proximidad de la isla a algunas de las rutas comerciales clave del mundo mediterráneo lo convirtió, durante siglos, en centro del comercio textil y de la industria del metal —con productos importados del interior de Asia Menor—, y era un lugar donde se podían adquirir y difundir las influencias intelectuales de Oriente Próximo y de lugares más lejanos. Durante medio siglo el hijo más famoso de Samos había sido el sabio y filósofo Pitágoras, del que se dice que recorrió las tierras de Oriente y llegó hasta la India. Cuando Sócrates visitó la isla con Arquelao había nacido una nueva estrella de la intelectualidad: Meliso, hijo de Itágenes.

Meliso era hombre de acción además de pensador. Más de una década después, en el 440 a. C., estaba al mando de la flota de Samos en una batalla contra la ateniense, que iba al mando de Pericles; es posible que fuese una de las víctimas de la brutal represalia de Pericles cuando vencieron a los samios. En la década del 450 a. C., sin embargo, era más conocido como el filósofo que había desarrollado y publicado una detallada teoría metafísica sobre la naturaleza del universo.

La teoría de Meliso se basaba en las ideas de otro filósofo, Parménides, que había salido de su ciudad natal (Elea, entonces griega, que en la actualidad es Velia, en el sur de Italia), para dar clase en Atenas. El poema filosófico de Parménides *De la naturaleza* había circulado mucho entre los griegos que gozaban de cierto nivel cultural, y dado lugar a animadas discusiones y debates entre aquellos que estaban en situación de entender las ideas que él exponía. Su premisa central era que «nada viene de la nada». Según Parménides, a eso seguía que el universo había existido siempre, porque no podía haberse generado de la nada. Estas premisas llevaron al filósofo a la conclusión —sorprendentemente, en las antípodas de lo intuitivo— de que todo cambio o movimiento es ilusorio, y que a pesar de que nuestra percepción común el universo es, en realidad, inmóvil e inmutable.

Siguiendo esta línea de razonamiento abstracto Meliso mostró también que todo lo que existe ha debido existir desde siempre y ha de existir para siempre, en el futuro. Coincidía con Parménides en su idea de que a pesar de la apariencia de multiplicidad y cambio el universo tiene que ser, de hecho, una entidad unificada e inmutable. Fue incluso más lejos que Parménides al asegurar que el cosmos es ilimitado desde el punto de vista espacial, que el Ser es eterno y que el universo es indestructible, indivisible, inmutable e inmóvil.

Tuvo que ser una experiencia muy estimulante para Sócrates conocer personalmente a Meliso y oírle elaborar sus argumentos sobre la Materia y el Ser. [7] Samos debió ser el lugar más lejano que visitó el joven Sócrates en todas las ocasiones que salió de casa; el viaje por mar con Arquelao desde Atenas debió durar unas dos semanas. La hospitalidad con los extranjeros era —todavía lo es— un rasgo de la cultura griega: es fácil imaginar a Meliso acogiendo en su casa a los visitantes de Atenas, agasajarles con vino y viandas de la tierra y charlar con ellos de sus teorías sobre la naturaleza y el universo.

La visita debió ser, también, la primera ocasión en que Sócrates se sintió insatisfecho con lo que se había aceptado como el conocimiento más elevado del momento. Aquel joven sensato debió de quedarse perplejo ante las teorías de Meliso y seguramente no quedó convencido con la noble abstracción de sus conclusiones. ¿Qué nivel de confianza ha de sentir uno para afirmar unas teorías metafísicas como esas, y cómo podría quedarse satisfecho con unas conclusiones que, por mucha lógica que tuvieran detrás, se daban de bruces con la realidad cotidiana? ¿No era mejor admitir la propia ignorancia? Y lo que es más importante: ¿cómo podían esas teorías servir de guía a la gente a la hora de vivir su vida? ¿Qué sentido tenía este tipo de filosofía si no tenía nada que decir sobre las preguntas que angustian a los seres humanos todos los días de su existencia?

No sabemos si Sócrates volvió a salir de Atenas para visitar a otros pensadores. Quizá no sintió la necesidad de hacerlo. Su adolescencia y juventud abarcan un período en el que la expansión del poder ateniense propició la afluencia de pensadores y artistas de todo el mundo griego hacia la ciudad de Atenas. Era un momento de fermento intelectual, y Sócrates estaba inmerso en el torrente de ideas nuevas y emocionantes que generaban los filósofos, físicos, escultores, pintores, músicos, dramaturgos, políticos y estrategas militares que le rodeaban. Ambos contribuyeron a lo que conocemos con el nombre de la Edad de Oro de Atenas, una época asociada fundamentalmente al nombre de Pericles.

El falso amanecer de la ciencia

Cuando en la hacienda de Pericles se encontró un carnero con un único cuerno que le había salido en mitad de la frente se produjo un auténtico revuelo. ¿Era una profecía? En tal caso, ¿qué significaba? Sacrificaron el carnero y llevaron la cabeza a Pericles, que mandó llamar al sacerdote Lampón y a Anaxágoras, su mentor filosófico. Lampón estudió la cabeza y

declaró que aquello era un símbolo profético. Según su interpretación aquello predecía que Pericles, que entonces se enfrentaba a la oposición de una facción política aristocrática, iba a vencer a sus adversarios: el cuerno único indicaba que Pericles se convertiría en el único líder político. El racionalista Anaxágoras, sin embargo, dijo que era preciso cortar la calavera en dos partes. Resultó que el cerebro del carnero no se había desarrollado adecuadamente: tenía una forma rara, como si lo hubieran succionado desde el lugar del que brotaba el cuerno. Había una explicación fisiológica simple para aquella deformidad.

Como muestra esta historia el genio de Anaxágoras radicaba en su decisión de buscar las explicaciones científicas, y no las religiosas, a los fenómenos naturales. Y hacía lo mismo con los eclipses, los meteoros, los arcoíris y los terremotos. Su reputación aumentó notablemente entre aquellos a los que les entusiasmaba el pensamiento científico cuando en 467 a. C. cayó un meterorito en el norte de Grecia. Como él había predicho, resultó no ser más que un trozo de roca candente.

Nacido alrededor del año 500 a. C. Anaxágoras fue desde Clazomene a Atenas con poco más de veinte años, y allí se hizo amigo de Pericles y se convirtió en su mentor. Durante la década de 450 a. C. llegó a ser un destacado filósofo en Atenas. [8] Sus ideas eran audaces para la época, y él una especie de visionario. Y declaró que el sol mismo, objeto de veneración para los griegos, no era más que una masa de piedra encendida. Anaxágoras trabajó con conceptos novedosos, como la perspectiva y las medidas astronómicas —es famoso, entre otras cosas, por inventar el reloj de sol— y estimó que el sol era algo más grande que toda la península del Peloponeso. [9] Además propuso —y por lo que ahora sabemos, no se equivocó— que la luz de la luna era un reflejo de la del sol.

Para los griegos de a pie que adoraban al Sol y la Luna por considerarlas deidades las doctrinas de Anaxágoras eran peligrosas. Griegos como Sócrates oraban habitualmente al amanecer al dios-sol, Helios. Negar la

divinidad del sol o de otras deidades era arriesgarse a atraer la ira de los dioses y llevar su venganza a toda la comunidad. A Anaxágoras se le acusó de impío y, aunque Pericles habló en su defensa durante el juicio, se le obligó a regresar a Jonia por su propia seguridad. Esto sucedió probablemente a principios del 430 a. C., cuando Pericles estaba sometido a una gran presión política por todas partes y su capacidad para proteger a su amigo y mentor no era tan fuerte como lo había sido en otros momentos.

Arquelao fue uno de los discípulos de Anaxágoras, de modo que es posible que fuese quien se lo presentó —junto a sus doctrinas— a su joven amigo. Platón nos cuenta que Sócrates se sintió cautivado, al principio, por las explicaciones directas y racionales que Anaxágoras daba a los fenómenos naturales, que debieron resultar muy distintas desde el punto de vista de Meliso y otros pensadores con tendencia a la abstracción cósmica y a la especulación. Y parece que al joven Sócrates se le pegó algo más de Anaxágoras y sus teorías: el viejo filósofo era conocido por saber que ser rico o poderoso no hacía feliz a un hombre aunque añadía que no le extrañaba que la gente le considerase excéntrico por ello [10] . Es una lección que, según parece, Sócrates aprendió de memoria: se resistió firmemente a la adquisición de riqueza y poder, y la palabra griega *atopos*, que significa «excéntrico» formó parte de su descripción al final de su vida.

Sabemos también, por un comentario de *Las nubes*, de Aristófanes, que Sócrates se identificaba con pensadores que negaban la realidad literal de los dioses. Entre estos pensadores destacaba sobre todo el conocido ateo Diágoras de Melos, que afirmaba que los dioses eran ficciones creadas por los seres humanos para explicar algunos fenómenos naturales que les asustaban, como el relámpago o el trueno. Sócrates se emocionó mucho cuando supo que Anaxágoras había formulado una doctrina en virtud de la cual el universo lo había concebido una «Mente rectora». Esperaba que ese fuera un nuevo punto de partida para el pensamiento filosófico, y que condujera a revelaciones sobre el auténtico propósito de la existencia

humana. Muy interesado en el argumento se dirigió al barrio de los libreros, en el ágora, y compró el libro de Anaxágoras. Aquel valioso rollo de papiro le costó un dracma: el equivalente al salario de un obrero por el trabajo de una jornada. Era una suma que solo un ateniense en buena situación económica podría permitirse.

Es fácil imaginar al joven Sócrates recorriendo el texto con interés e impaciencia, pero el contenido del papiro no tardaría en decepcionarle: lo que revelaba era que, para Anaxágoras, «Mente» era poco más que un nombre que Anaxágoras atribuía a la causa de los principios mecánicos por los que se generaba y estructuraba el cosmos. No decía nada de por qué el mundo debía estar organizado como estaba, ni por qué lo mejor era que las cosas fueran de una manera y no de otra. Del mismo modo que antes le sucediera con Meliso, Sócrates se topó con una doctrina filosófica que parecía encerrar una gran promesa, pero al final no aportaba nada sobre las cuestiones que, para él, tenían mayor interés y eran de la más intensa relevancia: qué tenían que hacer los seres humanos para dirigir su vida del mejor modo posible.

El giro científico

El interés del joven Sócrates en las teorías de Anaxágoras sugiere que en aquel momento le intrigaba la posibilidad de entender mejor el mundo a través de su estudio empírico. Platón y Jenofonte no dan la debida importancia a este aspecto de los intereses de su maestro, sin duda para evitar que se produjeran asociaciones no deseadas con el discrepante grupo de intelectuales y maestros no atenienses, los sofistas, donde estarían incluidos Anaxágoras, Meliso y Arquelao. Las teorías de los sofistas, en una era precientífica, tenían que ser discutidas además de probadas. Y muchos sofistas enseñaban el arte de la discusión y el debate como una de las habilidades imprescindibles para triunfar en la vida pública. Esto condujo a

la sospecha de que todos los sofistas estaban más interesados en hacer valer su causa utilizando argumentos persuasivos y altisonantes que en decir la verdad. Los discípulos y seguidores de Sócrates no tenían el menor deseo de ver a su amado maestro, cuyo único interés era acercarse a la verdad, vinculado a esos pensadores.

En la comedia *Las nubes*, de Aristófanes, estrenada en el año 423 a. C., se arroja algo de luz sobre el entusiasmo temprano de Sócrates por la filosofía de la naturaleza y la experimentación empírica. En ella el personaje llamado como él ofrece una serie de teorías sacrílegas sobre los verdaderos nombres y funciones de los dioses, y describe ingeniosos métodos para investigar cómo funciona el mundo. En un experimento imaginario, por ejemplo, calcula la distancia que puede saltar una pulga tomando como unidad de medida la longitud de su pata. Para ello fabrica unas botas de cera para el insecto y mide así el número de veces que pisa. En otro momento de la comedia Sócrates explica el zumbido de una mosquita, o cómo actúan el trueno y el relámpago, utilizando para ello una serie de imitaciones cómicas que entrañan incluso flatulencias. Pero por absurdas y cómicas que resulten estas situaciones, sugieren que a Sócrates, que ya había superado los cuarenta años, se le consideraba un apasionado del experimento empírico y la especulación científica.

No se conserva prácticamente ningún ejemplo del siglo v a. C. que dé cuenta del uso de la observación y la experimentación para medir los fenómenos naturales: el tipo de acercamiento al mundo natural que ahora consideraríamos científico. Un poco antes, ese mismo siglo, un médico llamado Alcmeón había intentado localizar, mediante disección, los poros que conectaban los órganos sensitivos con el cerebro: pero las teorías cosmológicas de pensadores como Anaxágoras y Meliso fueron lo más cercano que estuvieron de la ciencia los atenienses con formación. Sócrates quizá quiso ir más allá de estas especulaciones para entender cómo funcionaba de verdad el mundo, estudiando en profundidad sus procesos.

En la práctica, sin embargo, este tipo de estudio y las explicaciones que genera se consideraban irrelevantes y no eran bienvenidos entre sus contemporáneos. La anécdota de la cabeza de carnero que hemos contado antes es única de la época, porque combina la observación experimental con la explicación racional de un fenómeno de la naturaleza. Aun así, tal y como se cuenta la historia, la interpretación supersticiosa que hace Lampón de la profecía se aceptó como equivalente a la racionalista de Anaxágoras, ya que Pericles venció a su rival, tal y como se había predicho, para convertirse en el único líder de Atenas. [11]

En *Fedón* Sócrates expresa la perplejidad que le llevó a abandonar la investigación científica:

> [...] cuando era joven estuve asombrosamente ansioso de ese saber que ahora llaman «investigación de la naturaleza». Porque me parecía ser algo sublime conocer las causas de las cosas, por qué nace cada cosa y por qué perece y por qué es. Y muchas veces me devanaba la mente examinando por arriba y abajo, en primer lugar, cuestiones como estas: «¿Es acaso cuando lo caliente y lo frío admiten cierto grado de putrefacción, según dicen algunos, cuando se desarrollan los seres vivos? ¿Y es la sangre con la que pensamos, o el aire, o el fuego? ¿O ninguno de estos factores, sino que el cerebro es quien presenta las sensaciones del oír, ver, y oler, y a partir de ellas puede originarse la memoria y la opinión, y de la memoria y la opinión, al afirmarse, de acuerdo con ellas, se origina el conocimiento?». [12]

Unas dos generaciones después Aristóteles, sucesor de Platón, introduciría una metodología basada en la evidencia. Aristóteles es el inventor de la ciencia tal y como la conocemos, más o menos. [13] Pero en la época de Sócrates no interesaba la investigación continuada y meticulosa del tipo que dice haber realizado el propio Aristóteles. De hecho, pensadores como Anaxágoras, que intentó sustituir las ideas religiosas por otras racionalistas, sufrieron el ataque de los atenienses supersticiosos de todos los estratos sociales.

En algún momento de su juventud Sócrates se dio cuenta de que no iba a llegar mucho más lejos en su búsqueda de la verdad si seguía la senda del estudio empírico de los fenómenos naturales. Así que cambió de orientación: se centró en algo en lo que le daba muchas más probabilidades

de triunfar, y que iba mejor con sus inclinaciones éticas y personales. Decidió estudiar a los seres humanos y su extraña manera de pensar, totalmente irreflexiva. [14]

El líder de Atenas

Las conexiones, documentadas, de Sócrates con Alcibíades, Arquelao y Anaxágoras le llevaron hasta el círculo de Pericles, líder y estadista, orador y general de la Edad de Oro de Atenas. Nacido alrededor del año 495 a. C., Pericles dirigió a Atenas en la guerra y en la paz durante cuatro décadas, desde finales de la década de 460 a. C. Líder populista de extracción aristocrática, Tucídides lo describió como «el defensor del pueblo». Descendía por parte de madre de los Alcmeónidas, de donde también procedían Clístenes —fundador de la constitución democrática ateniense— y otras figuras políticas.

Pericles era muy conocido por su liderazgo incorruptible y por su determinación. También se burlaban de él los autores satíricos por la devoción servil que profesaba a Aspasia y por la forma puntiaguda de su cabeza, una peculiaridad física que, se dice, era el motivo por el que siempre llevaba casco cuando aparecía en público. Los comediógrafos le llamaron Zeus del Olimpo por sus discursos exaltados, pero también le apodaron «cabeza de cebolla». Y dada la afición de estos por los rasgos físicos de los que podían burlarse —Aristófanes, por ejemplo, se mofa de su propia calvicie y se refiere a otros como «bizcos», «esqueléticos», «de pelo rezagado» o cualquier otra ocurrencia—, resulta llamativo que los rasgos satíricos que se atribuyen al Sócrates maduro, como su nariz chata o los ojos saltones, no se mencionen en *Las nubes*: al contrario, se nos pide que le imaginemos como uno de los moradores demacrados del Caviladero, con el pelo largo y la ropa hecha jirones.

Pericles creció bajo la sombra de una amenaza: la invasión inminente de las fuerzas del poderoso imperio persa. En la batalla naval de Salamina, en el 480, los remeros de la flota ateniense, que acababan de obtener la ciudadanía, habían desempeñado un papel fundamental a la hora de contener la amenaza. En el 472 a. C. Pericles organizó todo para financiar la producción de *Los persas*, una tragedia de Esquilo. Única obra de teatro griega con base histórica que se conserva, enfatiza y celebra cómo fue posible vencer al ejército del rey persa Jerjes gracias al valor y a la determinación de los marinos atenienses. Sus acciones quizá inspiraron al aristócrata Pericles, que decidió postularse como líder populista y acabaría por aumentar los beneficios de la ciudadanía para que todos los atenienses, ricos o pobres, participaran por igual del sistema democrático exclusivo de Atenas. Él y sus socios políticos cultivaron el apoyo de los veteranos de la Marina para desarrollar políticas radicales a expensas de los aristócratas, a quien dirigía el general y político conservador Cimón.

Sócrates era un adolescente cuando, en el 454 a. C. y a instancias de Pericles, los atenienses votaron por transferir las reservas de oro y plata de la Liga de Delos desde la isla de Delos hasta Atenas. Este traslado simbolizaba la transformación de Atenas: de líder de una alianza a potencia imperial. Pericles aprovechó la ocasión que le brindaba el traslado de los tributos para poner en práctica el ambicioso programa de construcción de grandes edificios que permitiría engrandecer la ciudad y confirmarla como centro del Imperio. El centro del complejo sería el Partenón, el templo dedicado a la diosa Atenea que se levantaría en una colina ateniense conocida como Acrópolis. Iba a ser un edificio de magnificencia sin par que albergaría la colosal estatua de oro y marfil de Atenea obra del escultor Fidias, amigo de Pericles.

Sofronisco, el padre de Sócrates, junto con otros mamposteros, canteros, escultores y artesanos estaba en el lugar idóneo para beneficiarse del programa de construcciones impulsado por Pericles. Las cuentas que se

hicieron para el Partenón, y que se inscribieron en piedra, han sobrevivido hasta ahora, mostrando que el coste más elevado fue el del transporte de la piedra desde el monte Pentelico, a unos dieciséis kilómetros. El coste de trabajar y esculpir la piedra no pudo ser muy inferior. Durante los años siguientes el gasto excesivo que había supuesto el programa de construcción de Pericles fue duramente criticado por su rival político, Tucídides, hijo de Melesias, que sucedía a Cimón en el liderazgo de la facción conservadora a la muerte de este último. Este Tucídides no era el historiador (aunque pudieron ser parientes), sino un político a quien Sócrates tal vez conoció en persona porque procedía de su mismo demo, Alopeke. Pericles ganó la discusión cuando pronunció un discurso en el que se avenía a devolver a la ciudad, de su propio bolsillo, todos los gastos cuestionables, a condición de que su nombre figurase en las inscripciones. Tucídides se vio obligado, en consecuencia, a ir al exilio por votación popular en el año 443 a. C., mediante un proceso conocido con el nombre de ostracismo: si un número suficiente de votantes «escribía» el nombre de un político sobre los *ostraka*, trozos de vasija rota, el afectado tenía que marcharse al exilio. Al partir Tucídides Pericles quedó líder absoluto y sin rival de la ciudad, tal como había pronosticado Lampón al interpretar la profecía del carnero de un solo cuerno.

Durante este tiempo Pericles no redujo su actividad, ni como líder militar ni en política nacional. Más o menos en el 450 a. C., cuando Sócrates ya tenía edad para hacer el servicio militar, los griegos y los persas firmaron un tratado de paz que dejaba a Atenas pista libre para expandir su poder e influencia en el Egeo. [15] En el 447 a. C., cuando ya había comenzado la construcción del Partenón, se encargó a Clinias, amigo de Pericles, que dirigiera la fuerza hoplita que sería derrotada en Coronea, una campaña que, como hemos dicho antes, debió ser la primera del joven Sócrates cuando tenía veintidós años. Tal vez la solvencia del joven mampostero en el campo de batalla, unida a su inteligencia indiscutible y su capacidad para la

investigación llamaron la atención del comandante en jefe. Si fue así, esto explicaría por qué Pericles pudo haber aprobado personalmente el nombramiento de Sócrates como uno de los tutores de su protegido Alcibíades en otoño del 447 a. C., cuando Clinias, padre del muchacho, murió en combate en Coronea y lo dejó, con solo cuatro años, a cargo de su amigo.

Los intelectuales

Cuando finalizó el primer año de la guerra del Peloponeso, en 430 a. C., Pericles aprovechó la ocasión de la conmemoración de los muertos en combate para dar un discurso que resumía un cuarto de siglo de triunfos atenienses bajo su liderazgo. En una parte de la famosa «Oración fúnebre», compuesta por Tucídides según el tipo de discurso que recuerda haber oído alguna vez, Pericles afirma: «Buscamos la belleza sin extravagancia, el intelecto sin pérdida de vigor. La prosperidad es para nosotros un acicate para la acción, y no un pretexto para la jactancia». [16] Y continúa así:

> Declaro, en resumen, que nuestra ciudad es en su totalidad una escuela para Grecia. Todo el que vive entre nosotros posee una autosuficiencia que le capacita para disfrutar de un sinfín de experiencias y para adaptarse a las nuevas circunstancias sin dificultad.

La búsqueda de la belleza tendría como resultado el logro arquitectónico más duradero al impulsar Pericles la construcción del Partenón. Dado el alto coste del proyecto, sugerir que se logró «sin extravagancia» puede suscitar controversia; pero se ha apuntado que Pericles intentó establecer las diferencias con el esplendor arquitectónico de Persia, mucho más extravagante, del mismo modo que la frase «intelecto sin pérdida de vigor» establece la diferencia con los espartanos, considerados excepcionales en lo físico pero mediocres en lo intelectual. [17] Esta última referencia podría traernos a la memoria al filósofo guerrero Sócrates, al que se podía admirar en ambos frentes: aunque Sócrates era famoso por rechazar la riqueza

material y la ostentación, no cabe duda de que habría cuestionado la opinión de Pericles sobre la prosperidad como «acicate para la acción».

Sin embargo, Pericles estaba en lo cierto cuando dijo que Atenas era «la escuela de Grecia» y cuando ensalzó la versatilidad y la energía innovadora de sus conciudadanos atenienses. Los principales arquitectos del Partenón fueron los atenienses Ictinos y Calícrates, mientras el supervisor de la obra fue el gran amigo y socio de Pericles, el escultor Fidias, cuya estatua gigantesca de Atenea en marfil y oro se consagró en el templo en el año 438 a. C. Estos hombres brillantes, junto a otros cuantos miembros del entorno de Pericles que desfilan por las páginas de los diálogos de Platón, seguramente eran buenos conocidos del joven Sócrates. Y mientras muchos artesanos y hombres de oficio como esos procedían de familias modestas o de clase media, buena parte de los pensadores y artistas del siglo v a. C. que ofrecían su obra en Atenas eran miembros distinguidos y de buena familia de comunidades no atenienses, y atraían igualmente a alumnos locales de alta cuna a los que nombra Platón.

Algunos sofistas eran también nativos atenienses, incluido el hombre que seguramente instruyó a Platón en teoría de la música, Damón, que procedía del demo ateniense de Oa. Damón pertenecía también al entorno de Pericles, y se dice que ejerció una poderosa influencia en la ideología política de este. ¿Cómo pudo un profesor de música influir en la política? Platón describe a Damón como «un sofista camuflado», y sugiere que su sabiduría musical era una tapadera que disimulaba sus objetivos políticos. Si fue así, tal vez apoyó las inclinaciones antielitistas de Pericles. Aunque es posible que su política fuese populista, la declaración más famosa de Damón —según cita Platón en *La república*— se ha interpretado desde hace mucho tiempo como un sesgo profundamente conservador en relación con la música: «Los estilos musicales no se alteran sin promulgar un cambio radical en la sociedad y en la política». Se ha comentado, sin embargo, que el comentario de Damón no debe interpretarse como un

apoyo a la estabilidad musical sino algo más siniestro: la idea de que la música —y sobre todo la introducción y el fomento de estilos nuevos, populares— podría emplearse como herramienta para facilitar o introducir un cambio radical en la esfera política. [18] Fuese cual fuese el objetivo, sus afanes suscitaron el rechazo generalizado, como sucedió con otras figuras destacadas del círculo de Pericles: Anaxágoras, Fidias y Aspasia. Damón fue condenado finalmente al ostracismo y obligado a exiliarse. Era difícil que un individuo influyente y triunfador, en Atenas, fuese popular durante mucho tiempo.

El más eminente de los sofistas, también íntimo de Pericles, fue Protágoras de Abdera. En su diálogo *Protágoras* Platón nos ofrece una imagen de él dando una charla en casa de un hombre rico, Calias, hijo de Hipónico (no el Calias hijo de Calíades que fue comandante en la batalla de Potidea), donde se enzarza en un extenso debate con Sócrates sobre la virtud, el conocimiento y la educación. Se dice de Protágoras que fue el primer sofista que cobró por enseñar, y que ganó con ello más que Fidias y otros diez escultores juntos. Cuando los atenienses se prepararon para asentarse en Turios, en el sur de Italia (443 a. C.), Protágoras fue el elegido para redactar su constitución: sin duda, una consideración importante.

El acaudalado Calias gastó generosamente su fortuna en pensadores como Protágoras y en contemporáneos de Sócrates —si bien más jóvenes que este— como los sofistas Hipias de Elis y Pródico de Ceos. El propio Sócrates, que en esa fase de su vida ya había rechazado la ganancia material, no aceptaba pagos por sus enseñanzas. Tampoco estaba interesado en mantenerse activo en la política o ser un hombre influyente en ese aspecto, a pesar de tener relación con los líderes políticos atenienses y de prestar regularmente servicio militar. De hecho, la única ocasión en la que sabemos que Sócrates ocupó un cargo público fue al final de su vida, en octubre del 406 a. C.

El deber cívico de Sócrates

Vamos a saltar, por un momento, hasta el 406 a. C. La democracia ateniense funcionaba con un sistema de responsabilidades que se asignaban a los ciudadanos por sorteo, y ese año la tribu de Sócrates (Antioquía) recibió el encargo de gestionar el programa político de la Asamblea. Un día de ese año 406 a. C. a Sócrates le tocó ser presidente del Consejo para cumplir un deber ciudadano de veinticuatro horas. Eso representaba que, durante esa jornada, sería el responsable de presidir la Asamblea —el parlamento ateniense— y su órgano rector, el Consejo. Tenía, además, que cumplir una serie de obligaciones ceremoniales como proteger los símbolos de la ciudad, las llaves del tesoro y del archivo y el sello oficial de la ciudad de Atenas.

El cargo de Sócrates en el Consejo cayó en un momento de contención extrema. La batalla naval de Arginusas, a principios del mismo año, había sido un éxito para la flota griega, pero después ocho generales de los que participaron en ella fueron acusados de no recoger los cadáveres ni a los heridos. Uno de esos generales era el joven Pericles, hijo del estadista y de Aspasia, con quien Jenofonte nos dice que Sócrates tuvo una estrecha relación. A lo largo de esa jornada seis generales fueron juzgados en grupo por su negligencia (dos de ellos en ausencia, porque no habían regresado a Atenas), una práctica que al parecer violaba una ley ateniense que estipulaba que los acusados de crímenes capitales tenían que ser juzgados individualmente. [19]

Sócrates se negó a someter la condena a voto por parte de la Asamblea, argumentando que era ilegal. Sin embargo, no consiguió hacer valer su postura y admitió después que «había quedado en ridículo», un comentario que encierra una considerable ironía (en este caso, sin pretenderlo), dado el valor que había demostrado al oponerse a la ira populista. A pesar de sus esfuerzos, los generales fueron condenados y ejecutados. Fue una decisión apresurada y desproporcionada que los atenienses no tardarían en lamentar.

Más de veinte años antes, en el 430 a. C. y durante la Oración Fúnebre de la que nos habla Tucídides, se dice que Pericles afirmó: «Consideramos que un hombre que no participa de las obligaciones ciudadanas no es que no sea ambicioso: es que resulta inútil». Otros autores posteriores sugieren que Aspasia intervino en la redacción del responso. Tanto si lo hizo como si no, estas palabras pueden considerarse como una alusión a Sócrates, ya que había tomado la decisión de no meterse en política aunque no aprobara el liderazgo de Pericles de manera incondicional. En el primer libro de *La república* de Platón encontramos a Sócrates hablando sobre la ambición política en los siguientes términos:

> Ahora bien, el mayor de los castigos es ser gobernado por alguien peor, cuando uno no se presta a gobernar. Y a mí me parece que es por temor a tal castigo que los más capaces gobiernan, cuando gobiernan. Y entonces acuden al gobierno no con la idea de que van a lograr algún beneficio para ellos ni con la de que lo pasarán bien allí, sino compulsivamente, por pensar que de otro modo no cuentan con sustitutos mejores o similares a ellos para cumplir la función (*La república*, 347c-d).

Aunque la participación de Sócrates en diversas batallas tendría que haberle evitado la acusación de «resultar inútil» a los atenienses, su decisión de mantenerse alejado de la arena política en contraste, por ejemplo, con las actividades de su amigo y pupilo Alcibíades, seguramente no estaba a la altura de lo que esperaban Pericles y Aspasia, conocedores ambos de su brillantez intelectual y de la influencia moral que ejercía dentro de su círculo de admiradores y seguidores entre las clases altas. Sócrates no era conocido solo porque muchos le deseaban, sino también por el tipo de amante que era, entregado a la investigación de Eros. Así que cuando Pericles utiliza una metáfora inusual y sorprendentemente erótica al instar a su público a «contemplar, día tras día, el poder de la ciudad y convertirse en sus amantes a apasionados (*erastai*)», sus palabras representan un correctivo tácito para el filósofo, que promovió durante toda su vida y en todo su pensamiento el amor apasionado no a su ciudad y su influencia, sino a los individuos y sus ideas. [20]

El silencio de las fuentes

Cuando se menciona a Pericles en los textos de Platón y Jenofonte, Sócrates habla de él con cierta familiaridad y cautela, lo que sugiere que no aprobaba incondicionalmente sus logros políticos y personales. En el *Alcibíades* de Platón, por ejemplo, Sócrates parece indicar que a Pericles no podía considerársele un hombre sabio porque no había transmitido su sabiduría a sus hijos ni a su amigo Clinias. «Nombradme a un solo hombre, ateniense o no, libre o esclavo, del que se sepa que ha llegado a ser más sabio gracias su relación con Pericles», dice. Alcibíades no es capaz de responder a eso.

Esto sugiere que Sócrates conocía a Pericles lo bastante bien como para considerar que ese comentario suyo se consideraría lícito, pero no tenemos indicación fehaciente de que existiera entre ellos una relación personal. Con todo, hay muchos factores de la vida de Sócrates —el hecho de que naciera en uno de los demos en los que residían los Alcmeónidas, la probable vinculación de su padre con el programa de construcción de monumentos de Pericles, sus conexiones con Arquelao, Anaxágoras y Damón, su estrecha relación con el protegido de Pericles, Alcibíades, y con Aspasia, y su amistad con el hijo de esta, el joven Pericles, tal y como cuenta Jenofonte— nos dicen que es imposible que Sócrates no tuviera, en algún momento, una relación con el estadista y líder ateniense más directa de la que indican nuestras fuentes.

De ser así, ¿por qué se muestran Platón y Jenofonte tan reticentes a afirmarlo? Tal vez porque no tenían mucha información al respecto. A fin de cuentas, Pericles murió en el año 429 a. C., unos años antes de que nacieran ellos. O puede deberse a que, a pesar de la temprana introducción de Sócrates en el entorno del viejo político —Pericles era veinticinco años mayor que él— la elección lógica de una carrera dedicada en exclusiva a la filosofía en lugar de a la política o al mundo militar era algo que Pericles no aprobaba. Sócrates, por su parte, no parecía aceptar la forma en que el pueblo ateniense se iba volviendo cada vez más indisciplinado, bajo el

liderazgo de Pericles.[21] Estas diferencias pudieron desembocar en el enfriamiento de unas relaciones que, en otro tiempo, debieron ser más estrechas.

Platón se encuentra entre los autores antiguos que atribuyen a la compañera de Pericles, Aspasia, la redacción de la Oración Fúnebre. La idea de que Aspasia pudiera haber contribuido a componerla ha sido desechada, en ocasiones con excesiva ligereza, por la mayoría de los historiadores modernos. Sócrates evitó abiertamente el alboroto de la política ateniense y tal vez esa elección no fue bien vista por Pericles y Aspasia, que decidieron entonces animar a su hijo, el joven Pericles, a desempeñar un papel activo en la vida pública de la ciudad. Sócrates podía haber contraatacado diciendo que cuando ya llevaba mucho tiempo dedicado a la investigación filosófica seguía prestando servicio al Estado, como muestra su actuación militar en Delio (424 a. C.) y en Anfípolis (422 a. C.). Pero nada indica que Sócrates sirviera en organismos locales o nacionales, como cabría esperar de un ciudadano con formación y educación, hasta que hubo de hacerlo por sorteo en el 406 a. C.

Si Pericles o Aspasia desaprobaron la elección de Sócrates de convertirse en filósofo, inactivo desde el punto de vista del servicio a la ciudadanía, Platón y Jenofonte —en su afán de presentar a Sócrates, tras su muerte, bajo la luz más favorable posible— no quisieron que trascendieran esas críticas negativas. Del mismo modo existía el riesgo de que la visión crítica que Sócrates tenía de la política populista de Pericles pudiera verse como una postura antidemocrática, y los biógrafos no querían que esa idea cundiera. También pudo haber otra razón para que obviaran la relación de Sócrates con Pericles, que afecta a la naturaleza de la relación del filósofo con Aspasia antes de que ella se convirtiera en amante y pareja oficial de Pericles. Para entender lo que fue esta relación y cómo pudo desarrollarse tenemos que estudiar de nuevo la información de que disponemos sobre el joven Sócrates y del entorno en el que creció.

5
Ha nacido un filósofo

En la década de 1880 el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, en su obra *Crepúsculo de los ídolos*, lanza una invectiva tremendamente hostil contra Sócrates por ser de «baja» cuna. Su punto de vista ejemplifica un prejuicio estético que se ha atribuido, casi impuesto, a los griegos de la era clásica: que la cuna, el carácter y la crianza se notan en el aspecto físico de una persona:

> Sócrates pertenecía, por su ascendencia, a lo más bajo del pueblo: Sócrates era plebe. Se sabe, incluso se ve todavía, qué feo era. Mas la fealdad, en sí una objeción, es entre los griegos casi una refutación. ¿Era Sócrates realmente un griego? Con bastante frecuencia la fealdad es expresión de una evolución cruzada, *estorbada* por el cruce. En otros casos aparece como una evolución *descendente*. Los antropólogos entre los criminalistas nos dicen que el criminal típico es feo: *monstrum in fronte, monstrum in animo* [monstruo de aspecto, monstruo de alma]. Pero el criminal es un *décadent*. ¿Era Sócrates un criminal típico? Al menos no estaría en contradicción con esto aquel famoso juicio de un fisonomista, que tan chocante pareció a los amigos de Sócrates. Un extranjero que entendía de rostros, de paso por Atenas, le dijo a Sócrates a la cara que era un *monstrum*, que escondía en su interior todos los vicios y apetitos malos. Y Sócrates se limitó a responder: «¡Usted me conoce, señor mío!». [1]

Nietzsche, no obstante, exagera la fealdad del Sócrates maduro: como hemos visto, el «extranjero que estaba de paso por Atenas» y que «entendía de rostros» (Zópiro de Tracia) no basó su hostil valoración en una simple lectura del rostro de Sócrates. Nietzsche, por otra parte, tampoco menciona lo que sigue de ese relato, la parte donde Sócrates comenta, con gran ingenio, que a través del ejercicio de la razón ha conseguido mantener a raya los rasgos de carácter innatos que le atribuyó Zópiro. Y aunque su

aspecto provocara reacciones hostiles, su personalidad e inteligencia rebaten estas críticas.

¿Qué más han dado por hecho, erróneamente, los observadores del viejo Sócrates cuando hablan del joven? En anteriores capítulos hemos aportado pruebas de la cercana relación que mantuvo Sócrates con el círculo de Pericles. Su relación de juventud con Arquelao, su posterior trato con intelectuales de primera línea, como Anaxágoras y Damón, su asistencia a lugares como el hogar del acaudalado Calias y, sobre todo, la estrecha relación que mantuvo durante tanto tiempo con Alcibíades, protegido de Pericles, todo indica que Sócrates tuvo que estar en algún momento relacionado con el propio Pericles.

El nexo de relaciones que vincula a Sócrates con el líder político ateniense, descendiente aristócrata de los Alcmeónidas, suscita más interrogantes sobre la extracción social y la cuna del filósofo, dudas que no han resuelto los biógrafos. Para resolverlas tendremos que remontarnos al principio de la vida de Sócrates y ver qué puede decirse de sus orígenes.

Cuna, clase, estatus

El año en que nació Sócrates se cumplían casi diez del varapalo que sufrió el rey persa Jerjes y su enorme ejército invasor (puede que 300.000 hombres), al que se enfrentó el ejército griego, con menos de la mitad de hombres. Los atenienses desempeñaron un gran papel en la batalla final de Platea (479 a. C.) que fue decisiva. Platea era una ciudad del norte de Atenas, cercana a Tebas. Tanto su territorio como los pueblos que la rodeaban, en toda la región de Ática que se consideraba suelo ateniense, habían sufrido el derramamiento de sangre y las matanzas, la muerte de padres e hijos y la destrucción de hogares y templos a manos de los persas. Cuando Sócrates era joven el paisaje debía mostrar aún las cicatrices de la

incursión, los edificios en ruinas y las casas arrasadas por el fuego. Pero los persas se habían ido ya, y durante unas décadas reinó la paz en Ática.

Sócrates nació en el año 496 a. C., en el demo de Alopeke, un núcleo suburbano situado nada más salir de las murallas de Atenas.[2] El nombre que se le puso significa «sano y fuerte»: a juzgar por el aspecto físico que tendría después, seguramente fue un bebé robusto con fuerza ya notable en sus miembros regordetes. La península de Ática, cuya capital era Atenas, estaba en época de Sócrates subdividida en ciudades periféricas o rurales llamadas *demos*. Los historiadores han contado 139 demos de diferentes dimensiones, desde comunidades muy grandes como Eleusis o Acarnas, con seis o siete mil habitantes, hasta otras más reducidas como Alopeke, con unos tres mil. Cada demo contaba con la supervisión de un gobernador y una serie de funcionarios locales designados para diversas funciones: religiosas, militares o recaudatorias. Un grupo de demos de la misma región formaba lo que se llama un *trittys*, que significaba «tercio» de una tribu, como en inglés antiguo la palabra *riding*, empleada para nombrar un distrito.

El estatus de ciudadano ateniense solo se concedía a los varones nacidos libres —no a las mujeres— y se confirmaba cuando el joven, a los dieciocho años se inscribía en el censo del demo. En siglos anteriores los hombres adquirían la ciudadanía por ser miembros de un clan, o grupo de familias (*phratry*), que variaba en riqueza, poder y posesiones. Tras las reformas democráticas del estadista ateniense Clístenes a finales del siglo VI a. C., todos los varones nacidos libres de más de dieciocho años que residieran en Ática eran iguales ante la ley.

Como parte de sus reformas, que apuntaban a diluir el poder de las antiguas familias terratenientes —incluido su propio clan, el de los Alcmeónidas— Clístenes dividió en el 507 a. C. el territorio de Ática en diez tribus a las que asignó un nombre inspirado en héroes legendarios del lugar, como Erecteo o Ayax, que dieron su nombre a Erecteida y

Aiantis.[3] Cada tribu comprendía tres distritos o «tercios», uno junto a la costa, otro en la ciudad y otro del interior. Estas subdivisiones dieron lugar a nuevas identidades tribales que, como pretendía Clístenes, trascendían la herencia por clanes y sentaban las bases de la constitución democrática ateniense.

Alopeke era famosa por sus mamposteros, canteros y artesanos de la talla en piedra, como el propio Sofronisco, padre de Sócrates. Tenía varios miles de habitantes, de los que aproximadamente mil doscientos eran ciudadanos atenienses: varones nacidos libres de dieciocho años en adelante.[4] El resto eran mujeres, esclavos, metecos (habitantes no atenienses en cuyas manos estaba gran parte del comercio), adolescentes y niños. Aunque se ha descrito a Atenas como una sociedad donde todo el mundo se relacionaba, era un núcleo urbano de grandes dimensiones, según el estándar de la Antigüedad. Los pequeños demos de Ática, sin embargo, debían tener una organización más similar a la de un pueblo o una ciudad pequeña. Es posible que en el demo de Sócrates la mayor parte de los ciudadanos varones adultos se conocieran y tuvieran relación. Entre los habitantes de su demo había miembros de la destacada familia ateniense que había dado a la ciudad algunos de sus líderes militares y políticos durante varias generaciones: los Alcmeónidas.

Aunque a los atenienses les llevó varias décadas, después de expulsar a los persas, implicarse con entusiasmo en un gran proyecto de obras públicas, gracias al impulso de Pericles en el año 440 a. C., los años de posguerra fueron una etapa muy lucrativa para los empresarios de la piedra. Los atenienses encargaron a mamposteros como Sofronisco las esculturas, estatuas y frisos que iban a adornar los templos nuevos y los restaurados, los soportales y los edificios oficiales. Conviene destacar que era muy conocida la amistad de Sofronisco con Lisímaco, hijo del héroe de guerra y antiguo colaborador de Clístenes de nombre Arístides, apodado «el Justo» por considerarle incorruptible.

Esas conexiones familiares contradicen la idea de que Sócrates era de «baja» cuna. La profesión de su padre, si bien no era propia de un aristócrata, era respetable. En *Laques*, de Platón, se dice que «hacen mención de Sócrates y lo elogian mucho» por vivir con arreglo al ejemplo de un padre que era «el mejor de los hombres» (*aristos*), una expresión que encierra un estatus social, pero también moral. [5] Se da una pista similar en el *Económico* de Jenofonte, donde le describe con los términos *kalos kagathos*, que significan «un verdadero caballero». En esta obra se presenta a Sócrates como modelo de lo que debería ser un «caballero», y aunque Jenofonte amplía el término para englobar sus cualidades morales, sus implicaciones más comunes —relativas al estatus social— sugieren que el propio Sócrates disfrutaba de ese estatus. [6]

«Hay muchas pistas, aunque no son más que eso, que sugieren que Sócrates se relacionaba con la aristocracia ateniense a pesar de su pobreza y su negativa a utilizar la Asamblea como foro», escribe Debra Nails, autora de un ensayo académico muy completo, *The People of Plato* («El pueblo de Platón») que nos muestra el entorno y la historia de todos los individuos que aparecen en las obras de Platón. La educación elitista de Sócrates, su cercana relación con el círculo más íntimo de Pericles y su prolongado servicio como hoplita atestiguan que su familia tenía cierta riqueza y estatus. El linaje de la esposa de Sócrates, Mirto, hija de Lisímaco y nieta de Arístides, también sugiere ciertas conexiones con la élite ateniense, igual que los nombres de Jantipa, compañera del filósofo en su madurez, o de Lamprocles, el mayor de sus hijos. Como hijo de un hombre que se ganaba la vida con su trabajo Sócrates no podía considerarse miembro de la aristocracia, pero tampoco pertenecía, como suponía Nietzsche, «a lo más bajo del pueblo». [7] Parece también que Sofronisco casó bien, y el nombre de la madre de Sócrates, Fenáreta (que significa «virtud brillante») también sugiere una conexión con las clases altas. Su principal papel estaba en el entorno de su hogar y su familia, pero en los textos de Platón Sócrates se

refiere a ella como «partera». Esto, aunque se ha tomado al pie de la letra, no tenía por qué significar que desarrollara la actividad profesionalmente. El término se ha empleado más bien para dotarla de un papel simbólico en la vida de Sócrates: igual que el filósofo se presentaba como «partero de ideas nobles», su madre bien podía ser la que ayudó a nacer a un hijo virtuoso y muy elogiado.

La legislación ateniense establecía que los padres tenían que enseñar a sus hijos una profesión. En el caso de la élite esa profesión tenía que estar englobada en el ámbito militar, político o de la administración de tierras. Sócrates no había nacido en una familia de terratenientes, aunque muchos atenienses no aristócratas tenían algunas posesiones y algunos incluso poseían esclavos; además de dar a su hijo una formación en música y gimnasia parece que Sofronisco le puso enseguida a trabajar la piedra en su taller. En sus años jóvenes Sócrates pudo desarrollar en la cantera la fuerza y la destreza que tan buen servicio le harían después en el campo de batalla, levantando, transportando y labrando grandes bloques de piedra y de mármol con sierra, cincel, maza y martillo. Sócrates siguió esculpiendo figuras en piedra por placer hasta el final de su vida, pero había descubierto siendo muy joven que prefería el ejercicio de la mente, que para él tenía mucha más importancia que el de labrar la piedra.

Educado para formar parte de la élite

Independientemente del estrato social exacto al que correspondiera Sócrates por nacimiento, Platón y Jenofonte atestiguan lo que se percibía de él y le presentan como un hombre de alto nivel formativo e importantes logros culturales. En sus escritos Sócrates aparece con frecuencia citando a Homero o Hesíodo, de cuyas fuentes bebe, o a poetas como Teognis, Píndaro, Simónides y Safo. En el *Menón* de Platón lo vemos como maestro capacitado, brillante, claro y competente explicando un concepto

matemático que en sus días estaba recién descubierto y que ahora conocemos como teorema de Pitágoras: que si dibujamos un cuadrado sobre el lado más largo de un triángulo rectángulo tendremos un área equivalente a la suma de los cuadrados que podemos dibujar sobre los dos lados cortos.[8] Era buen conocedor de las obras que formaban parte de la educación de la élite ateniense. En el *Ion* de Platón Sócrates supera al rapsoda profesional (que recita a Homero) Ion, cuyo nombre da título al diálogo, al citar pasajes de Homero y acompañarlos con un comentario propio de un experto.[9] Sabe tocar la lira, cantar, danzar y componer poemas. Y sobre todo es un conversador tremendamente entretenido, domina muchos temas, debate con poderío y es capaz de defender sus puntos de vista frente a los pensadores más brillantes su tiempo, de la misma manera que con los más humildes comerciantes y artesanos.

Estos atributos no suelen adquirirse en la madurez. Aunque las fuentes no ofrecen información directa sobre la cuestión de cómo y dónde se formó Sócrates en otro diálogo de Platón, *Protágoras*, encontramos alguna pincelada de Sócrates explicando cómo cabía esperar que se educase al hijo de una buena familia ateniense. Protágoras, respetado sofista y contemporáneo de Sócrates aunque algo mayor que él, observa que «los hijos de un hombre con medios económicos empiezan a educarse antes, y terminan más tarde».

En una Atenas en plena expansión que se llena de estatuas de piedra, templos y edificios, tras derrotar a Persia, un mampostero hábil bien podía considerarse un hombre con medios económicos. Y para estar a la altura de las aspiraciones y el estatus de un padre pudiente no hay duda de que la educación de Sócrates comenzó por la lectura y la escritura muchos años antes de cumplir los doce. No es preciso idealizar los métodos educativos de entonces, que eran duros y recurrían con frecuencia al castigo físico. Los hombres que se dedicaban a impartir la educación más rudimentaria eran mayoritariamente esclavos, hombres de Grecia o de otros lugares que

habían sido esclavizados por los atenienses durante la guerra o nacidos de padres esclavos. Era fácil que ellos también hubieran estado sometidos a un tratamiento poco amable, incluso por parte de sus privilegiados discípulos, como muestran las anécdotas sobre la conducta violenta de Alcibíades hacia sus maestros.

Entre los doce y los quince años a los muchachos atenienses se les instruía en música (*mousik*ē) y en gimnasia. Sus maestros, en esa fase, podían ser atenienses nacidos libres con habilidades específicas. Los muchachos tenían que aprender de memoria largos textos de poesía tradicional, empezando por los poemas épicos de Homero, y diversos cantos al amor, a la vida o al heroísmo compuestos por poetas como Safo, Alceo, Anacreonte, Simónides y Píndaro. Se les enseñaba a tocar instrumentos musicales, al menos la lira y posiblemente el aulós (una especie de oboe doble) y se les pedía que cantasen y recitasen poemas, acompañándose ellos mismos con la lira o con otro compañero tocando el aulós. A un joven espabilado, como Sócrates, pudo llevarlo su padre o mentor ante algún profesor celebrado, como el músico Lampro o un pensador de la talla de Arquelao y Anaxágoras: en el *Teeteto* de Platón (183e) Sócrates dice que conoció al filósofo Parménides «siendo muy joven y él muy viejo».

El sistema educativo ateniense estaba concebido para desarrollar tanto el carácter como las habilidades, y quería lograr que los educandos fuesen hombres cultos y en forma, no simples intelectuales. La música, o mejor dicho la *mousik*ē, que es una noción mucho más amplia, era una pieza clave de ese sistema. Ubicua en todo el mundo griego de la Antigüedad y parte central de la vida cultural y religiosa de Atenas, la *mousik*ē abarcaba el canto, la literatura y la danza. Además de ser una fuente de recreo y de entretenimiento se consideraba fundamental tanto para la educación intelectual como para la formación social, y un medio imprescindible para

expresar la devoción religiosa, además de un recurso para practicar la disciplina militar y ejercitarla. [10]

El maestro de música del joven Sócrates, según se dice, fue el ateniense Lampro. Conocido también por haber tenido como alumno al dramaturgo Sófocles, que era al menos veinticinco años mayor que Sócrates, Lampro (cuyo nombre en griego significa «famoso», de modo que también podía ser un apodo) tenía que ser ya un anciano en esas fechas. Se le consideraba el mejor maestro de música de su tiempo, y gracias a sus composiciones entró a formar parte de la lista en la que estaban algunos de los más grandes poetas líricos, como Píndaro. Aunque posteriormente se le consideró representante de «la más noble» música de su era, una descripción de entonces sugiere que a pesar de su edad estaba a la vanguardia de la innovación musical del momento. [11] Cabe esperar que no era menos respetado como intérprete que como compositor: el hecho de que Sócrates le tuviera como tutor es la prueba de que su familia distaba mucho de ser humilde o sin recursos.

A lo largo de su vida Sócrates aprendió a tocar la lira, como hemos visto, con otro profesor de música: Conno, hijo de Metrobio. Esto ha inducido a pensar que Sócrates se inició en este aprendizaje siendo ya adulto, y que no había recibido educación musical en la infancia. Sin embargo, el dato de que Lampro fue el primer instructor musical de Sócrates y su conocido entusiasmo por la música y la poesía, que mantuvo durante toda su vida, confirman lo contrario. En la obra Platón cita en numerosas ocasiones lo que seguramente fueron versiones musicales de los clásicos escritos por los grandes poetas de la Antigüedad. El dicho que afirma que «la filosofía es la *mousik*ē suprema» solo puede proceder de alguien que tuviera un conocimiento profundo de lo que esa actividad significa realmente.

Sócrates reanudó más tarde las clases de música. Debió ser entonces cuando entró en contacto con la música de finales del siglo v —tal y como se representa en la obra teatral de su amigo Agatón, anfitrión del banquete

narrado por Platón— y con las obras solistas populares de músicos como Timoteo de Mileto. Es posible que eso le impulsara a intentar reanudar la instrucción musical de adulto, en esa ocasión con Conno como profesor, y la razón por la que aprendió la técnica de la lira y el estilo musical que definía la época, lo que se llamaba entonces *nuevo estilo*. Muy vinculado a este nuevo estilo musical estaba el trágico Eurípides, y hay un fragmento fascinante de una notación musical del autor que representa parte de un coro cantado de su tragedia *Orestes* (408 a. C.) que ha sobrevivido escrita en un trozo de papiro.

La música del coro de *Orestes*, recientemente reconstruida, tiene rasgos de un estilo melódico puro donde saltos y cadencias representan el significado de las frases del coro, y un sorprendente empleo de la declamación que irrumpe en la línea cantada en el clímax del verso. Hay anécdotas en fuentes populares de la época que relacionan a Sócrates con Eurípides de distintas formas. Da la impresión de que ambos tenían muchas cosas en común, desde el punto de vista intelectual, y se dijo incluso que Sócrates había sido el maestro de Eurípides. [12] Pero Sócrates debió pensar que algunos aspectos del Nuevo Estilo musical habían evolucionado demasiado y estaban ejerciendo una influencia negativa en los usos sociales. [13]

La formación musical y gimnástica que siguió Sócrates de niño también le llevó a amar la danza. Era perfectamente consciente de que se trataba de una actividad atractiva en el plano estético y que además contribuía a la salud y el bienestar. En *El banquete* de Jenofonte se nos muestra a un grupo que está reunido observando con admiración a un muchacho que está ejecutando una danza. Sócrates comenta: «¿Veis que ese muchacho, bien parecido como es, resulta aún más bello cuando ejecuta esos movimientos de danza que cuando permanece quieto? No hay parte de su cuerpo que quede quieta mientras danza: su cuello, piernas y manos, todos entran en

acción al tiempo. Así es como ha de danzar un hombre si desea mantener su cuerpo ágil y sano».

Después pide Sócrates que le enseñen los movimientos que hacen los bailarines profesionales que han interpretado sus enérgicas rutinas ante la concurrencia. Y al igual que sucede con el testimonio de Sócrates sobre su instrucción tardía en el aprendizaje de la lira, esto se ha malinterpretado: se ha pensado que Sócrates no dominaba la danza; pero uno no pide que se le enseñen unos pasos de danza propios de un virtuoso si no tiene una formación previa. Sócrates sabía que la danza era una cuestión seria, no un simple entretenimiento, y algo más que una forma de hacer ejercicio: solo se conserva una línea de sus escritos, procedente de un poema que compuso, y que dice así: «Aquellos que mejor honran a los dioses cuando danzan son también los mejores en el combate». Esta aseveración sugiere que él era buen bailarín, e indica que había una estrecha relación entre su formación como bailarín y su capacidad en la batalla para la que, como ya hemos visto, estaba extraordinariamente preparado.

Los soldados atenienses tenían que mantenerse en buena forma física para poder combatir. Junto con el entrenamiento atlético, que tenía lugar en el gimnasio, la danza pírrica de la guerra fue según parece una manera de mejorar la capacidad de los jóvenes a la hora de resistir los rigores del combate. La pírrica ponía a prueba la fuerza y la agilidad del soldado. Al igual que la danza de guerra espartana, de la que tenemos más datos, tal vez incluía saltar obstáculos, lanzar proyectiles y esquivarlos con un movimiento especial, agachando la cabeza, y manejar el escudo. [14] Pero aparte de ese ejercicio, Atenas no ofrecía a sus jóvenes ningún tipo de formación militar en tiempos de Sócrates. En el Discurso Fúnebre atribuido a Pericles, la falta de formación se ensalza incluso como virtud, en contraste con la práctica constante de los espartanos y su sempiterna disposición a batallar. La importancia de la moral de los atenienses y su versatilidad también se pone de manifiesto como corresponde.

Cuando alcanzó la mayoría de edad, Sócrates debió asistir a varios banquetes en los que los invitados se reclinaban sobre almohadones y eran atendidos por cortesanas y flautistas (mujeres) para que disfrutaran de la música y el canto. El banquete era un acontecimiento masculino en el que eran habituales las letras subidas de tono, como la que compuso el poeta Anacreonte, que se ríe de sí mismo y nos da una pista de los usos sexuales de la isla de Lesbos en una canción:

Otra vez el rubio Eros
con su pelota carmesí: se suelta,
me pincha para que me vaya
con la muchacha de los zapatitos.
Pero ella desprecia mi cabello gris...
es de Lesbos, lista y moderna.
Y mira cómo abre la boca de deseo
por esa otra joven que reclama su corazón. [15]

Aspiraciones heroicas

De modo que Sócrates debió aprender muy joven a cantar poesía tradicional, tocar la lira y bailar. Además de su formación de mampostero Sócrates practicó la gimnasia y la lucha cuerpo a cuerpo y participó, como miembro del coro, en representaciones religiosas y teatrales. ¿Qué ambiciones, qué aspiraciones cabía esperar de un muchacho ateniense criado en una familia acomodada, con contactos en las clases altas y rodeado en su pueblo natal de otros jóvenes de familias de la élite? La respuesta: un niño que crecía así querría haber sido un héroe, y como tal querría que le vieran los demás. Como hemos visto, Alcibíades hizo de la gloria su principal objetivo. Sócrates también debió de buscar la admiración

y la aprobación de sus iguales, y de la sociedad ateniense en general, a través del ejercicio de sus valores físicos y de sus logros intelectuales.

Para los aristócratas que criaban caballos el súmmum de la gloria no marcial era la victoria en los juegos atléticos, aunque el victorioso lograra aquel triunfo, en más de una ocasión, gracias al costoso patrocinio de equipos de jinetes o de atletas y no a la constatación de sus habilidades personales. Alcibíades se hizo una increíble reputación ganando premios en varios premios internacionales, y su fama culminó en el 416 a. C. con el éxito espectacular de tres equipos de caballos de los siete que habían participado en los juegos olímpicos. [16]

Pero muchos griegos consideraban los logros intelectuales aún más importantes que la gloria atlética. Podían repetir satisfechos las palabras del filósofo del siglo VI a. C. Jenófanes de Colofón, que expresó sus mordaces opiniones en tono poético:

Nuestros usos son absurdos: no está bien
halagar a un hombre fuerte más que a otro que es brillante...
Una victoria en la arena olímpica
no sirve para enriquecer a una ciudad. [17]

Estos versos debían estar en la mente de Sócrates, cuya fuerte vena competitiva en la arena intelectual es fundamental para el retrato que nos ofrecen Platón y Jenofonte del filósofo ya maduro. En sus tiempos jóvenes, sin embargo, Sócrates fue bueno en la danza, la lucha cuerpo a cuerpo y el combate y como el homérico Aquiles podía recurrir a la música para «apaciguar su espíritu» recitando poemas o interpretando cantos antiguos. [18] Como hemos sugerido anteriormente, el verso de Homero que aconseja a los jóvenes «Destaca siempre y supera a los demás» y les anima a buscar la gloria marcial bien podía haber sido el lema del joven Sócrates, igual que lo fue de Alcibíades. Pero algo cambió en él cuando entró en la edad adulta: cuando lo conocieron sus principales biógrafos ya hacía tiempo

que el oropel de la gloria, la riqueza material y el estatus que buscó de joven habían perdido para Sócrates todo su atractivo.

Cuestión de dinero

Cuando le conocieron sus biógrafos Sócrates era famoso por andar por ahí descalzo, con aspecto descuidado y vestido de harapos. En *Las nubes* (423 a. C.) de Aristófanes él y sus seguidores son objeto de burla por ser tan pobres que tienen que quitar los mantos y las sandalias a quienes van al Caviladero. Las fuentes no aclaran nada sobre el estatus financiero de Sócrates, pero la idea de que procedía de una familia humilde surge en parte de esa imagen de Sócrates maduro como filósofo pobre que vivía en la indigencia.

Sin embargo, como hoplita que era, Sócrates tuvo que adquirir y mantener una panoplia muy cara: casco, lanza, espada y escudo, además de algunos artículos fundamentales para la protección corporal y piezas de la armadura como el peto o las grebas. Jenofonte nos transmite una conversación que muestra que Sócrates sabía por experiencia lo importante que es un peto que ajuste bien: es útil y el soldado se siente cómodo con él. [19] Se ha sugerido que Sócrates pudo participar del programa de servicio militar para beneficiarse de la paga que se daba a los soldados que luchaban en las campañas: un dracma diario. Pero por ese medio no pudo adquirir la panoplia, sobre todo si su primer acto de servicio fue el de Coronea, muy poco después de enrolarse como soldado. Por otra parte, para poder luchar en cualquier fase de su vida tenía que demostrar que tenía la preparación necesaria para ser hoplita. [20]

Parece lo más probable que Sócrates heredase algo de dinero —puede que incluso la panoplia— de su padre, Sofronisco. Esta herencia le habría permitido, ya de adulto, dedicar su vida al estudio de la filosofía y servir de vez en cuando como soldado. Aristóteles afirma que Sócrates no obtuvo

dote alguna cuando se casó con Mirto, hija de Lisímaco. Tal vez no lo necesitaba, si contaba con esa herencia de la que hablan algunas fuentes y que le proporcionaba el dinero de la renta de algunas propiedades. Esas fuentes pueden estar diciendo la verdad, pero tienden a considerarse hostiles porque se alejan de la imagen idealizada que nos ha llegado a través de Platón y Jenofonte de un Sócrates que era una especie de santo seglar, divorciado de toda cuita mundana. [21]

De lo que no hay duda, sin embargo, es de que la falta de interés de Sócrates por las riquezas materiales, algo que se destaca en todas las fuentes biográficas, fue una elección y no una necesidad. Una anécdota nos cuenta que una vez estaba mirando los productos que se vendían en el ágora y dijo: «Mirad todas esas cosas que no necesito». El hecho de que atrajera a un ejército de seguidores que eran atenienses ricos nos da la idea de que, de haberlo querido, no habría tenido dificultades para ganarse la vida cobrando por enseñar como hacían otros sofistas con tan buenos resultados. No obstante, eso fue algo a lo que se negó desde el principio, como sabemos por Platón (que lo pone en su boca en la *Apología*). Ahí Sócrates dice que prestando sus servicios al dios Apolo, por cuyo oráculo fue declarado el más sabio de todos los hombres, no tenía tiempo de atender ninguno de los asuntos del Estado que valiera la pena mencionar, ni tampoco asuntos propios: «Así que vivo en la más absoluta pobreza». Anaxágoras, maestro del mentor de Sócrates, Arquelao, también rehuía las riquezas terrenas y el éxito, a pesar de su asociación con el hombre más poderoso de Atenas.

A diferencia del propio Sócrates, su hermanastro menor, Patrocles —nombre que significa «de padre famoso»— sí debió de mostrar ambiciones políticas y le designaron para ocupar un cargo oficial en el tesoro ateniense a finales del siglo v. Sin duda la procedencia de Sócrates podría haberle proporcionado, igual que a su hermano, los medios necesarios para acceder a un puesto oficial de alto nivel si lo hubiera deseado. En resumen: hay numerosas pistas que avalan la conclusión de que, dada la posición de su

familia, el hecho de que Sócrates abrazara una vida austera alejada de todo materialismo fue una decisión personal y nada más. No fue el primer pensador que elegía ese camino, y desde luego no sería el último. [22]

Cuestión de apariencias

El dicho «el niño es el padre del hombre» sugiere que la forma en que se muestra la gente una vez alcanzada la madurez refleja cómo eran en su juventud. La imagen con la que estamos familiarizados de ese Sócrates ya mayor, precoz en lo intelectual y feo, ha significado para muchos lectores que antes de eso hubo un Sócrates joven, despierto e igualmente desinteresado por lo material. En *Creación*, la novela histórica de Gore Vidal, por ejemplo, se describe al joven Sócrates mampostero como «inusualmente feo e inusualmente inteligente». Como hemos visto, Nietzsche concluyó, en tono algo puntilloso y basándose en el aspecto de Sócrates tal y como él lo imaginó, que el filósofo reunía todas las características para que sus orígenes fueran «de lo más bajo». Pero ¿de verdad se consideraba feo al joven Sócrates?

El banquete de Jenofonte tiene lugar en el año 422 a. C., fecha en la que Sócrates debía tener casi cincuenta años. En él se nos muestra a Sócrates en una fiesta en casa de Alias, hijo de Hipónico, en compañía de Critóbulo, un joven apuesto del mismo demo que Sócrates, Alopeke. Critóbulo llegó hasta Sócrates enviado por su padre, Crito, para protegerle de los avances de un hombre mayor: esto es, quizá, un eco de la forma en que Sócrates protegió a Alcibíades. Sócrates dice que va a demostrar que él es más apuesto que Critóbulo. Primero hace que el joven admita que la belleza no solo se encuentra en la gente y los animales: también está en objetos como los escudos, las espadas y las lanzas. La belleza de estas cosas reside en el hecho de que están fabricadas para cumplir una función para la que son necesarias. Tomando eso como base Sócrates comienza a sumar puntos

frente a Critóbulo, jugando con el significado de la palabra griega *kalos*, que puede ser algo «bello» o algo «adecuado para sus fines», ambigüedad que puede captarse con el adjetivo «bueno».

«Mis ojos son mejores que los tuyos —le dice Sócrates— porque son saltones y eso significa que puedo ver por los lados, y no solo de frente. También es mejor mi nariz: tiene forma de trompeta y así capto mejor los aromas; y como es chata no me obstruye la visión cuando me pongo bizco.» Critóbulo admite que la boca de Sócrates es mejor porque, como es tan grande, puede comer más; también sus labios son mejores, porque los labios gruesos besan mejor. Al final Sócrates recurre, para probar su superior atractivo, a una comparación con los silenos, criaturas semejantes a los sátiros que en el arte griego aparecen representados con rasgos similares a los suyos y que son hijos de las ninfas divinas de los ríos. [23]

El debate está lleno de humor, pero deja claro que lo que se considera «buen aspecto» depende siempre de factores subjetivos. Un joven de corta estatura y con los ojos separados, la nariz ancha y los labios gruesos no resultará necesariamente feo (es una descripción que se ajusta perfectamente a una estrella de Hollywood de la actualidad que parece bien a todo el mundo). Además, un aspecto físico atractivo no es exclusivo de los individuos de alta cuna, porque el aspecto de una persona de cualquier clase y extracción social puede cambiar en el paso a la edad adulta, cuando se desarrolla su personalidad y se convierte en una persona diferente. Un ejemplo muy llamativo de un cambio de personalidad en la vida adulta es el que experimentó el filósofo y teólogo de la Antigüedad Agustín de Hipona (354 - 430 d. C.), al que después se conoció como San Agustín. En sus *Confesiones* nos cuenta una vida marcada por la conducta inmoral y lujuriosa de su juventud, antes de convertirse y dedicar su existencia al servicio a la cristiandad y a una intensa actividad intelectual como sacerdote célibe. Los que conocieron a San Agustín como obispo, en los últimos años de su vida, debieron tener serias dificultades para imaginar la naturaleza

excesiva de su comportamiento juvenil. Y sus lectores no podrían imaginar algo así, tampoco, si no hubiera sido porque dejó constancia por escrito. [24]

Sócrates no dejó esa constancia, pero la forma en que se comportó de joven, y el aspecto que tenía entonces, debió suponer el mismo contraste para quienes lo imaginan de viejo y comportándose como lo hacía al final de su vida. Si hubiera sido feo cuando tenía treinta años, si hubiera tenido aspecto de sátiro, no parece posible que esos rasgos no hubieran sido más explotados en el retrato que hizo de él, negativo y burlesco, Aristófanes en su comedia *Las nubes*. Sin embargo, la principal mención a los atributos físicos de Sócrates en esa comedia, que es la que pronuncia el coro que representa a las diosas Nubes, es muy distinta: «A ti, porque caminas con paso arrogante por las calles, lanzas miradas de reojo, soportas descalzo muchas cosas desagradables y presumes a nuestra costa». La descripción recuerda un aspecto positivo de la reputación de Sócrates: su terrible competencia en el campo de batalla. Y es la misma descripción que hace Alcibíades en su relato de *El banquete* de Platón, donde nos muestra a Sócrates caminando descalzo sobre el hielo: ahí tenemos la primera noticia de que sus compañeros del ejército estaban molestos con él por hacer gala de su fortaleza física inagotable.

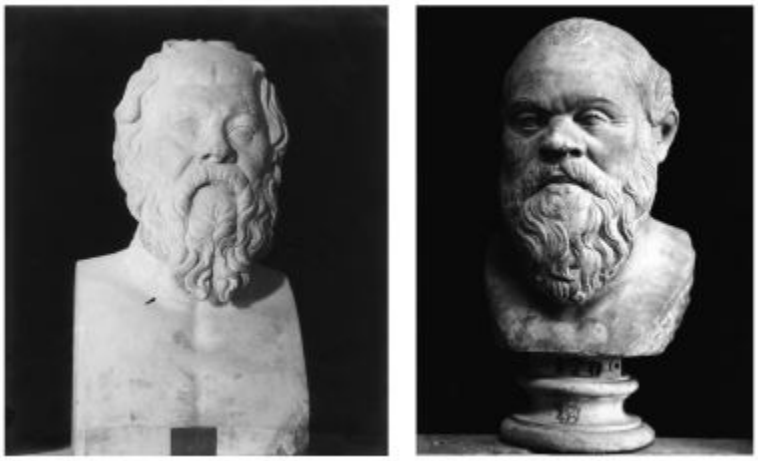
Además de esa descripción Sócrates comparte atributos, en *Las nubes*, con Querefonte y los pupilos del Caviladero: pálido, de cabellos largos y de una delgadez extrema: nada que ver con el payaso barrigudo que nos ofrecen los retratos de su última época. Una descripción similar se da en una comedia posterior de Aristófanes, *Las aves* (414 a. C.), donde la idea de «hacer el Sócrates» aparece vinculada a llevar el pelo largo, ayunar, no lavarse y empuñar un báculo, rasgos todos ellos atribuidos a los aguerridos espartanos. El historiador del arte Paul Zanker ha rastreado la forma en que las imágenes de Sócrates y otros tipos intelectuales similares varían en las pinturas de las vasijas y en las estatuas: en el caso de Sócrates, la idea del hombre feo por fuera pero de gran belleza interior pudo haber influido en

algunos artistas, que decidieron exagerar su aspecto de sileno (ojos saltones, labios gruesos y pelo descuidado). Zanker señala que ese retrato de Sócrates tiene implicaciones positivas porque «al viejo Sileno, a diferencia del resto de los suyos, se le consideró depositario de toda la sabiduría y la bondad antiguas, razón por la que aparece en la mitología como maestro de muchachos divinos y heroicos... La connotación del maestro sabio es obvia a la hora de retratar a Sócrates como Sileno».

Pero se le representa de otra forma, no obstante, que ha llegado a nosotros en una copia romana a pequeña escala de una estatua del siglo IV a. C. y en la que parece más sobrio, dotado de más dignidad. En línea con esa percepción más respetuosa de Sócrates como intelectual ateniense inocente y condenado injustamente a muerte, nos muestra a un hombre de rasgos hasta cierto punto corrientes: pelo rizado, una calva en la coronilla y robusto, desde luego, pero no excesivamente gordo ni con ojos saltones de sátiro. En palabras de Zanker: «A Sócrates ya no se le representa como un renegado, sino como un ciudadano modelo... El cuerpo exento de cualquier rastro de aquella fealdad que le dio la fama y que sus amigos evocaron en ocasiones, la barriga prominente, las piernas cortas o el andar patoso». [25]

El hecho de que los ojos de Sócrates fueran el centro de atención de su físico a partir de la mención que hace Aristófanes de ellos en *Las nubes* nos lleva a pensar que quizá padecía hipertiroidismo ya en la edad adulta y en la madurez. Se ha dicho que sufría esta enfermedad porque el tiroides hiperactivo se asocia con una personalidad irritable, gran impulso sexual y ojos saltones. [26] Como el hipertiroidismo tiende a manifestarse con la edad, cabe suponer que a eso se debían los ojos saltones de Sócrates cuando tenía cuarenta o cincuenta años, y por eso no era un rasgo destacado de su físico durante su adolescencia y juventud. Con esto podemos formarnos una imagen del joven Sócrates muy distinta de la que tenemos del filósofo ya maduro: y aunque tal vez no fue nunca tan bien parecido como Critóbulo o Alcibíades, la impresionante fealdad que se le atribuye en su fase de

madurez quizá no fuese indicativa del aspecto que debió tener en su juventud.



Dos bustos de Sócrates que muestran un gran contraste: el de la izquierda, cuando era un «pensador distinguido» de mediana edad; el de la derecha, representado de mayor, como «sátiro feo».

Se oyen voces

¿Qué pudo ser lo que puso límite a las ambiciones de Sócrates y acabó por desviar su trayectoria vital, apartándolo de la gloria pública y marcial? Si no fue su procedencia familiar ni sus expectativas lo que le desanimó, como ya he expuesto, ni carecía de la capacidad, la inteligencia y la energía necesarias para triunfar en estos ámbitos, ¿qué le hizo cambiar de rumbo en un determinado momento, cuando tenía veintitantos años? Hubo de ser algo más personal, más imperioso.

Uno de los factores que intervinieron en la decisión de convertirse en filósofo, en lugar de concentrarse en el ejercicio militar o en el político, fue su convicción de que estaba tocado por una «señal divina». En el discurso del juicio que reproduce Platón en su *Apología* Sócrates explica que uno de sus acusadores, Meleto, había intentado que pasara por alto ese elemento tan poco habitual, pero tan contundente, de su experiencia personal. Nos

dice que desde la infancia se sintió siempre guiado por una voz interior a la que él llamaba su *daimonion*, que significa «algo divino»:

> La causa de esto es lo que vosotros me habéis oído decir muchas veces, en muchos lugares, a saber, que hay junto a mí algo divino y demónico; esto también lo incluye en la acusación Meleto burlándose. Está conmigo desde niño, toma forma de voz y, cuando se manifiesta, siempre me disuade de lo que voy a hacer, jamás me incita. Es esto lo que se opone a que yo ejerza la política, y me parece que se opone muy acertadamente. En efecto, sabed bien, atenienses, que si yo hubiera intentado anteriormente realizar actos políticos, habría muerto hace tiempo y no os habría sido útil a vosotros ni a mí mismo (*Apología*, 31c-d).

Era importante para Sócrates refutar la acusación formal, como pretende hacer esta declaración, de que estaba «introduciendo divinidades nuevas» en Atenas. Y rebatir, también, cualquier insinuación de que en algún momento intentó ejercer su influencia en la controvertida arena de la política ateniense. El argumento de que jugaba con ventaja porque tenía comunicación directa con un «ente divino» personal tal vez no conmovió a un jurado que ya no se fiaba de Sócrates o que estaba predispuesto contra él, debido a su confianza en sí mismo y a su fama de ateo. Pero sí serviría para que los lectores de Platón entendieran por qué los atenienses se equivocaban a la hora de condenar a su maestro por las razones indicadas.

Hasta hace relativamente poco los historiadores se han cohibido de mencionar esta señal divina de Sócrates como un síntoma psicológico, y lo han tratado como un fenómeno curioso. Los psicólogos, sin embargo, se inclinan a vincularlo a una dolencia que puede ser más habitual de lo que creemos a veces: mucha gente oye voces. Los expertos han estimado que al menos una de cada cinco personas del mundo sufrirá alucinaciones auditivas a lo largo de su vida. En la mayoría de los casos será un trastorno limitado y pasajero, pero en otros acaba por reconocerse como una forma de psicosis de diversa consideración, de leve a severa. Puede darse durante unos meses o durante varios años, y en algunos casos es un trastorno que puede durar toda la vida. Estas personas pueden verse impulsadas a buscar soluciones médicas o psicológicas para minimizar los efectos negativos de

la situación, mientras otras aprenden a asumirla y a sacar provecho de ella. [27]

El origen de esta situación puede estar en una experiencia vivida en la infancia, normalmente de índole traumática. Y en los primeros años de vida de Sócrates hay una experiencia que podría ser buena candidata: los comentarios que hace Sócrates en el diálogo *Critón*, de Platón, sobre la forma en que los padres pegan a los muchachos que hacen pellas, nos lleva a pensar que su padre, Sofronisco, hizo lo mismo con él. Se dice que Sócrates desobedecía a su padre y que mostraba escaso interés en desarrollar el oficio de mampostero, de modo que es fácil imaginar a Sofronisco infligiendo a Sócrates un castigo físico tras pillarlo haciendo pellas en más de una ocasión, dejando de lado sus obligaciones como alumno del oficio de la cantería o la escultura. El impacto psicológico que esto pudo tener en un joven precoz en lo intelectual y en lo emocional debió ser importante. Además de su natural preocupación por su propia comodidad y bienestar físico, Sócrates debió sentirse avergonzado de oponerse a los deseos de su padre. Una experiencia así hubo de contribuir a que oyera esa voz interior que afirma haber oído y que le impidió seguir el camino equivocado, aunque no tanto a imponerle que siguiera el deseado. Pero Sócrates se las arregló para convertir esa situación en algo de lo que pudiera hacer gala, dentro de lo razonable, en el contexto de las creencias religiosas del tiempo y el lugar en los que vivió, mostrándolo como una clara ventaja.

Aunque la gestión de este trastorno queda patente en el relato de mucha gente que lo ha padecido, en el caso de Sócrates había otros síntomas que, según parece, estaban vinculados a él: su tendencia a quedarse quieto, en trance, durante largos períodos. Se puede pensar que el diagnóstico era un ataque de catalepsia, lo que no deja de ser una patología, aunque también podemos añadir que dado el entrenamiento al que se sometió desde edades tempranas, tanto atlético como de danza, esto podía ser simplemente una

habilidad adquirida para soportar la tensión física que hace falta para estar mucho tiempo de pie y quieto. Sin embargo, hemos decidido que su «voz interior» era un factor psicológico —que según la corriente freudiana podía estar vinculado al dominio de un «superego» interior, o consciencia, muy fuerte— que seguramente suscitó la preocupación y la consternación del Sócrates niño y de los que le rodeaban. Quizá por eso él era consciente de ser diferente de sus compañeros de estudios y, evidentemente, se sentía fuera de lugar entre ellos. [28] También es posible que esa circunstancia le volviera más tímido y le hiciera más difícil relacionarse con otros muchachos y tal vez, llegado el momento, también con las jóvenes con las que su familia intentó que estableciera relación con fines matrimoniales. En varios párrafos de los diálogos de Platón, Sócrates expone que su *daimonion* le impedía establecer amistades, especialmente con varones jóvenes cuyas ambiciones políticas eran muy fuertes o perseguían la riqueza material y la gloria antes que el autocontrol y la verdad. [29]

Una enfermedad psicológica representa, además, un estigma para quien la padece, incluso si sus causas están vinculadas a la intención divina y no son estrictamente orgánicas. En época de Sócrates el pensamiento médico estaba avanzando en Grecia en distintas direcciones: un tratado médico de la época de su muerte detalla los síntomas de la epilepsia, a la que el autor designa con el eufemismo de «enfermedad sagrada». De forma parecida Platón describe a Sócrates explicando el concepto de *mania* (locura) en su diálogo *Fedro*, y argumentando que muchas de sus formas, incluido el amor y la búsqueda de la sabiduría, son un don divino, una situación positiva para la creatividad, en absoluto negativa. A la hora de exponer sus tesis Platón pudo tener en mente algunas de las opiniones menos favorables y más crueles que se tenían sobre la enfermedad mental y que seguramente se dirigieron contra su amado maestro cuando este mostró síntomas de un trastorno tan alarmante como poco habitual.

El oráculo de Delfos

Hay un fenómeno, sin embargo, en el que la idea de las «voces divinas» pudo conducir a una auténtica fuente de conocimiento de la verdad, o así lo consideraron la mayoría de los griegos: hablamos de las palabras que pronunciaba la pitonisa, la inspirada comunicadora del oráculo de Apolo en Delfos. La Pitia, que era como se la conocía, era una joven elegida en la comunidad local que ocupaba un lugar sagrado en el santuario del templo de Apolo. Solía caer en trance o presa de un frenesí que, según se cree, se debía a los vapores alucinógenos que emanaban de una sima bajo la que estaba sentada y desde donde pronunciaba los comunicados del oráculo, las respuestas del dios a las preguntas que hacía la gente procedente de todas partes del mundo griego o de fuera de él. [30] Se han conservado cientos de oráculos pronunciados de forma relativamente poética, pero es posible que los que emitió la propia pitonisa fueran misteriosos o ininteligibles, y que exigieran la interpretación de una serie de oficiantes —versados en la materia y adecuadamente remunerados— del templo de Delfos: los sacerdotes del santuario de Apolo. [31]

Uno de los episodios centrales de la biografía de Sócrates fue la declaración de su sabiduría por parte del oráculo de Delfos. En la *Apología* de Platón lo narra así el protagonista:

> De mi sabiduría, si hay alguna y cuál es, os voy a presentar como testigo al dios que está en Delfos. En efecto, conocíais sin duda a Querefonte. Este era amigo mío desde la juventud y adepto al partido democrático, fue al destierro y regresó con vosotros. Pues bien, una vez fue a Delfos y tuvo la audacia de preguntar al oráculo esto —pero como he dicho, no protestéis, atenienses—, preguntó si había alguien más sabio que yo. La Pitia le respondió que nadie era más sabio. Acerca de esto os dará testimonio aquí este hermano suyo, puesto que él ha muerto (*Apología*, 20e-21a).

Las interrupciones del jurado que le escucha y al que Sócrates alude nos dan una idea de que a los atenienses no les gustaba que les recordaran esta historia, algo sorprendente si tenemos en cuenta el estatus exclusivo que confiere al filósofo. El hecho de que la mencionara públicamente, sin

embargo, y su referencia al hermano de Querefonte como testigo de su afirmación, muestra que no era un invento, sino un dato ya conocido, aunque fuese fuente de controversia, de su historia personal. El relato de Platón pone un discreto velo sobre el hecho de que el propio Sócrates estaba presente cuando el oráculo se pronunció. Aristóteles contaba que Sócrates había ido a Delfos personalmente y que la famosa frase «Conócete a ti mismo», inscrita en el templo de Apolo, fue lo que le inspiró para comenzar a hacerse preguntas y buscar respuestas. [32]

La respuesta que dio el oráculo tuvo una enorme repercusión para Sócrates, y le sirvió de acicate para dedicarse, después, a la vida filosófica y de la búsqueda de respuestas. Él mismo lo dice, en el mismo discurso, un poco después:

> Así pues, tras oír yo estas palabras reflexionaba así: «Qué dice realmente el dios y qué indica este enigma? Yo tengo conciencia de que no soy sabio, ni poco ni mucho. ¿Qué es lo que realmente dice al afirmar que yo soy muy sabio? Sin duda, no miente; no le es lícito». Y durante mucho tiempo estuve yo confuso sobre lo que en verdad quería decir. Más tarde, a regañadientes, me incliné a una investigación del oráculo del modo siguiente. Me dirigí a uno de los que parecían ser sabios, en la idea de que, si en alguna parte era posible, allí refutaría el vaticinio y demostraría al oráculo: «Este es más sabio que yo y tú decías que lo era yo». Ahora bien, al examinar a este —pues no necesito citarlo con su nombre, era un político aquel con el que estuve indagando y dialogando— experimenté lo siguiente, atenienses: me pareció que otras muchas personas creían que ese hombre era sabio y, especialmente, lo creía él mismo, pero que no lo era. A continuación intentaba yo demostrarle que él creía ser sabio, pero que no lo era. A consecuencia de ello me gané la enemistad de él y de muchos de los presentes. Al retirarme de allí razonaba a solas que yo era más sabio que aquel hombre. Es probable que ni uno ni otro sepamos nada que tenga valor, pero este hombre cree saber algo y no lo sabe, en cambio yo, así como, en efecto, no sé, tampoco creo saber. Parece, pues, que al menos soy más sabio que él en esta misma pequeñez, en que lo que no sé tampoco creo saberlo. A continuación me encaminé hacia otro de los que parecían ser más sabios que aquel y saqué la misma impresión, y también allí me gané la enemistad de él y de muchos de los presentes. [33]

Sócrates ya se consideraba especial cuando era un niño, dada esa condición extraña suya que le hacía oír una voz interior. Su decisión de poner a prueba al oráculo cuando alcanzó la juventud seguramente le convirtió en una figura impopular entre aquellos que no veían con buenos ojos que se sintiera investido de una sabiduría superior.

La sensación de soledad que sentía debido a aquella voz interior y a la confirmación de su sabiduría por parte del oráculo de Delfos puede que le impulsara a perseguir lo que buscaba aun teniéndolo todo en contra, a desafiar cualquier reto al que pudiera enfrentarse y a asumir aquella vida de búsqueda en la que decidió embarcarse. Y quizá hubo un factor personal que confirmó esa resolución de recorrer la senda solitaria de la filosofía: su encuentro con una mujer bella, inteligente y misteriosa (¿quizá el rechazo, también, por parte de ella?) a la que podríamos haber identificado ya como verdadero objeto del comentario que en *El banquete* de Platón se dirige a Diotima: «ella me enseñó todo lo que sé sobre el amor». Ella, Aspasia de Mileto.

6
El misterio de Aspasia

El *Menéxeno* de Platón siempre supuso una gran dificultad y, para algunos, un acertijo exasperante: comienza con una escena en la que Sócrates narra su encuentro con el joven Menéxeno cuando va de la cámara del Consejo al ágora ateniense. Menéxeno explica a Sócrates que ha estado en una reunión en la que se iba a elegir al encargado de pronunciar una oración fúnebre, pero que al final no se ha decidido nada, que se ha pospuesto para el día siguiente y que él cree que el elegido será Arquino o Dión. Este último no es conocido, pero aquel era un político muy activo en el 403 a. C., lo que sitúa la fecha en que tiene lugar el dialogo en torno a ese año.

El comentario de Menéxeno da pie a Sócrates para iniciar una crítica contra los oradores, por sus trillados panegíricos: [1]

> Ciertamente, Menéxeno, en muchas ocasiones parece hermoso morir en la guerra. Pues, aunque uno muera en la pobreza, se obtiene una bella y magnífica sepultura, y además se reciben elogios, por mediocre que uno sea, de parte de hombres doctos que no reparten sus alabanzas a la ligera, sino que han preparado durante mucho tiempo sus discursos. Hacen sus alabanzas de una manera tan bella, diciendo de cada uno las cualidades que posee y las que no posee y matizando el lenguaje con las más hermosas palabras, que hechizan nuestras almas. Ensalzan a la ciudad de todas las maneras y a los que han muerto en la guerra y a todos nuestros antepasados que nos han precedido y a nosotros mismos que aún vivimos nos elogian de tal forma, que por mi parte, Menéxeno, ante sus alabanzas, me siento en una disposición muy noble y cada vez me quedo escuchándolos como encantado, imaginándome que en un instante me he hecho más fuerte, más noble y más bello. Como de costumbre, siempre me acompañan y escuchan conmigo el discurso algunos extranjeros, ante los cuales en seguida me vuelvo más respetable. Parece, en efecto, que ellos, persuadidos por el orador, también experimentan estas mismas sensaciones con respecto a mí y al resto de la ciudad, a la cual juzgan más admirable que antes. Y esta sensación de respetabilidad me dura más de tres días. El tono aflautado de la palabra y la voz del orador penetran en mis oídos con tal resonancia, que a duras penas al tercer o cuarto día vuelvo en mí y

me doy cuenta del lugar de la tierra donde estoy; hasta entonces poco falta para creerme que habito en las Islas de los Bienaventurados, hasta tal punto son diestros nuestros oradores.

Menéxeno responde a esta irónica diatriba diciendo que, en ese caso concreto, dada la escasa antelación del aviso, es probable que el discurso tenga que ser improvisado. Sócrates replica que pocos discursos son de verdad improvisados, que suelen tener una base preparada de antemano. Dice que a él le enseñó a componer discursos fúnebres una figura experta en el arte de la retórica, que también había instruido a un orador tan destacado como —aquí cita el nombre completo, para dar énfasis a la distinción— Pericles, hijo de Janipo. Esa figura era Aspasia.

Sócrates, ante la insistencia de Menéxeno, le pasa el discurso que según él le enseñó Aspasia. Prosigue así: «Ayer precisamente escuché a Aspasia que elaboraba una oración fúnebre completa sobre este mismo tema. Se había enterado de lo mismo que tú dices, de que los atenienses se disponían a elegir al orador. Entonces, de improviso, expuso ante mí una parte del discurso, según lo que era preciso decir; para la otra parte, que ya tenía pensada de antes, de cuando, según creo, compuso la Oración Fúnebre que pronunció Pericles, juntaba algunos restos de este discurso». Menéxeno le pregunta entonces si recuerda el discurso de Aspasia y le pide que se lo recite sobre la marcha, a lo que Sócrates responde: «Si no pudiera, me sentiría culpable. Lo aprendía de ella y poco faltó para que me golpeara porque me flaqueaba la memoria» (*Menéxeno*, 236b).

Este comentario es de una originalidad absoluta: es muy raro que lo hiciera un varón ateniense, aunque tuviera lugar en una situación que probablemente era del todo imaginaria. Aquí Platón pone a Sócrates en una posición en la que concede cierta autoridad intelectual a Aspasia, además de resaltar algunos detalles de su intimidad física con una mujer que ni es su esposa ni pariente suya. Sócrates continúa: ofrece a Menéxeno una reproducción oral del discurso que se supone que Aspasia ha compuesto para los atenienses caídos en la guerra.[2] El discurso es convencional en

forma y contenido, y se considera una parodia del género. Además, representa un enigma, desde el punto de vista cronológico: una de las actuaciones militares que se mencionan hacia el final de la oración, la batalla de Lequeo, tuvo lugar en el 390 a. C., y también se hace referencia a la conocida como Paz del Rey, del 386 a. C. Estas fechas son muy posteriores a la muerte de Sócrates y de Aspasia.

Entonces ¿cómo tenemos que interpretar esto? ¿Confirma el empleo de un anacronismo claro que se trata de una ficción? Los estudiosos han rechazado, casi de manera unánime, la posibilidad de que la escena fuese real, y perciben a Menéxeno como poco más que una parodia platónica de la técnica oratoria. Pero lo que este extraño diálogo nos enseña, además, es que aunque sea de manera puntual Platón estaba en situación de mostrarnos a Sócrates y Aspasia, incluso en una fase tardía de su vida, participando de una conversación íntima, en plena colaboración.

Y como la cronología se manipula a propósito, tal vez deberíamos aceptar que un escenario que puede proyectarse hacia el futuro también puede proyectarse hacia el pasado. No hay ningún otro fragmento, en la voluminosa obra de Platón, donde se mencione la relación entre Sócrates y Aspasia. De modo que, entre otras cosas, se puede leer el *Menéxeno* como una concesión por parte de Platón: que existió de verdad una relación estrecha entre los dos, algo de lo que no podía dar cuenta en ningún otro diálogo. Y eso nos impulsa a examinar en profundidad el trasfondo histórico de la propia Aspasia.

Entra Aspasia

Una de las mujeres más sorprendentes, elocuentes y controvertidas de su era, quizá la más extraordinaria de toda la Antigüedad clásica, Aspasia, hija de Axíoco, tenía solo veinte años cuando fue en barco hasta Atenas con su hermana y su cuñado, Alcibíades el Viejo, alrededor del 450 a. C. La

familia abandonó la ciudad de Mileto, un gran centro de comercio bullicioso y lleno de movimiento al otro lado del Egeo, donde había sido desterrado Alcibíades el viejo —padre de Clinias y futuro abuelo de Alcibíades el Joven— víctima de las luchas políticas, diez años atrás, en el 460 a. C.

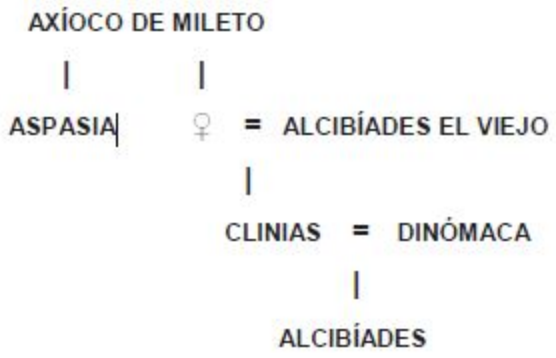
Recientemente se ha descubierto una inscripción que sugiere que Aspasia tenía conexiones familiares con Alcibíades a través de su padre, Axíoco [3] (p. siguiente).

Lo que se desprende de esta ilustración es que Alcibíades el Viejo conoció a Axíoco, padre de Aspasia, durante su destierro en Mileto. Adinerado miembro de la élite griega jónica, tenía vinculaciones familiares con Atenas que se remontaban a mucho tiempo atrás. Axíoco debió mostrarse encantado de que una de sus hijas (de nombre desconocido) contrajera matrimonio con Alcibíades el Viejo, miembro del demo de Scambonide. Su hijo Clinias se convertiría en amigo y socio de Pericles. Cuando Alcibíades el Viejo regresó de Mileto con su nueva esposa y los hijos de ambos, llevaba también con él a la hermana de su mujer, Aspasia, quizá con la intención de arreglar, también para ella, un matrimonio de prestigio con algún aristócrata ateniense.

Pero no era buen momento para embarcarse en un proyecto así: solo un año antes, en el 451 a. C., Pericles había introducido una ley de ciudadanía que impedía que los hijos de mujeres no atenienses se convirtieran en ciudadanos atenienses. La ley estaba pensada para disuadir a los varones atenienses de clase alta de contraer matrimonio con mujeres no atenienses, al impedir que los hijos habidos de esa unión adquiriesen la ciudadanía. Así ser ciudadano ateniense se convertía en un privilegio mayor de lo que lo había sido hasta entonces, y el esperado resultado sería una mejora del estatus de las madres nacidas en Atenas.

Aunque no era ateniense, Aspasia —la hermana de la esposa de Alcibíades el Viejo— era tía abuela del hijo, aún niño, de Clinias: el joven

Alcibíades. Parecía, por tanto, natural, que cuando tres años después (en el 447 a. C.), Clinias resultó muerto en la batalla de Coronea, la glamurosa, enérgica y joven mujer —soltera, además— que había llegado por mar, participara en la transición del muchacho y su adaptación al que sería su nuevo hogar, el de Pericles. Pudo ser en ese momento cuando, teniendo eso en mente, Aspasia pisó por primera vez la casa del líder ateniense.



Los padres de Mileto eran, según parece, más abiertos que los atenienses a la hora de educar a sus hijas. Además de belleza y carácter Aspasia tenía un alto nivel educativo. Pericles le doblaba la edad, y tenía ya dos hijos de un matrimonio anterior. Pero habían transcurrido diez años desde que se divorciara de su esposa. [4] La joven Aspasia le cautivó con su físico, encanto e inteligencia, y alrededor del 445 a. C. se unió a Pericles como esposa *de facto*, aunque no de nombre. [5] Hubiera sido muy complicado para Pericles saltarse su propia ley y convertirla en su legítima esposa. Los poetas satíricos se burlaron de esta unión y llamaron a Aspasia *porn*ē (prostituta) y *pallak*ē (concubina), y a su hijo, el joven Pericles, *nothos* (bastardo).

Como hemos visto, hay autores posteriores que cuentan que Pericles estaba tan enamorado de Aspasia que, durante todo el tiempo que duró su relación no dejó pasar un solo día sin darle un beso por la mañana y otro por la noche. Se convirtieron en amantes inseparables hasta la muerte de Pericles a causa de la peste en el 429 a. C., dieciséis años después. [6] Honrada por Pericles sobre todas las mujeres, honrada por el nombre al que se dio el sobrenombre de Zeus en una comedia y en las

conversaciones populares, también ella le honró a él: es difícil que un lector atento de *El banquete* de Platón no establezca conexiones con Diotima, personaje ficticio cuyo nombre significa «honrada por Zeus» y de la que Sócrates confesó que le había enseñado «todo lo que sabía sobre el amor».

La reputación de Aspasia

Los autores suelen hablar de Aspasia en términos despectivos, algo que sabemos por los poetas satíricos de la época como Cratino o Hermipo, cuyas obras reflejaban el resentimiento de la gente contra ella y contra Pericles. Los comediógrafos la tildaban de «puta» y de «concubina con ojos de perro», mientras el biógrafo Plutarco la comparaba con Targelia, cortesana jónica que seducía a hombres poderosos y ejercía su influencia sobre ellos. En el mejor de los casos, a Aspasia la consideraban *hetaira*, una cortesana de alto nivel: aunque se dice que esta denominación, menos peyorativa, es la que utilizan los eruditos modernos en su intento de investir a Aspasia de un estatus de respetabilidad que no le dieron las fuentes antiguas.

Las hetairas (*hetairai*) procedían de familias no atenienses en su mayoría, y eran mujeres de la alta sociedad dedicadas al entretenimiento: de buen nivel educativo e independientes en lo económico, además de proporcionar favores sexuales a cambio de dinero podían ganarse la vida ofreciendo diversiones refinadas en los banquetes. Su remuneración era lo bastante buena para que pagaran los impuestos correspondientes por ejercer su profesión, y algunas llegaron a ser tan solventes como para poseer su propio burdel. Los hipercríticos atenienses debieron sentirse inclinados a incluir a Aspasia en esta última categoría.

Los eruditos han aceptado esta atribución como hecho histórico a pesar de la falta de datos, en escritos antiguos, que permitan suponer que Aspasia era una hetaira. Su familia estaba bien relacionada: era hija de Axíoco y, por

tanto, pertenecía a los Alcmeónidas; y su estatus, muy respetado, en el círculo de Pericles, demuestra que todo esto puede no ser más que una calumnia misógina. Las acusaciones difamatorias de la sátira no pueden tomarse al pie de la letra, como sin embargo se ha hecho a menudo. Un ejemplo egregio es el relato de Plutarco, que cuenta que Aspasia fue juzgada por supuesta impiedad y por «procurar a Pericles mujeres nacidas libres». No solo cabe dudar de que la legislación ateniense de aquella época atribuyera a las mujeres en general, y mucho menos a las que no eran naturales de Atenas, un estatus suficiente para merecer ir a juicio con tales acusaciones, sino que el acusado en ese caso —y según se cuenta— era un poeta satírico: el tuerto Hermipo, autor de una obra en la que se muestra a Pericles como un maníaco sexual. El relato no es, seguramente, más que la interpretación distorsionada de la escena de una comedia, o el tipo de «acusación» que, de vez en cuando, pesaba sobre Aspasia (sin duda, como sustituta del blanco real de dicha acusación, Pericles) por obra y gracia de los dramaturgos satíricos. [7]

Cabe destacar que Platón y Jenofonte se refieren a Aspasia de un modo bastante más respetuoso de lo que lo habrían hecho de ser una hetaira. La Aspasia de Platón es una mujer admirable, segura de sí misma y cuya elocuencia e inteligencia la avalan como instructora de Pericles y de Sócrates, dos de los oradores más destacados de su tiempo. En un párrafo de Jenofonte, cuando preguntan a Sócrates cómo puede instruirse a una mujer, él responde: «Te presentaré a Aspasia, porque ella sabe mucho más que yo del asunto. Ella te lo explicará todo».

Los comentaristas han despreciado esos párrafos porque les inspiraban incredulidad, sobre todo porque seguían insistiendo en que Aspasia era cortesana. [8] Pero en una obra perdida de Esquines de Esfeto, titulada *Aspasia*, esta se nos muestra como una mujer a la que Sócrates recomienda como maestra, seguramente de técnica oratoria, para el hijo del acaudalado Calias. En un capítulo de ese libro se reproduce una discusión entre Aspasia

y la esposa de un tal Jenofonte (que seguramente no era el historiador) y posteriormente con él mismo. Aplicando el método socrático —que resulta perfectamente familiar al lector— Aspasia hace entender a sus dos interlocutores que el secreto para sacar lo mejor de una esposa, lo más virtuoso, es ser uno mismo ese tipo de esposo. Cuando insiste en el objetivo de ser «el mejor» destaca sobre todo el aspecto moral de lograr el éxito conyugal, y lo hace de un modo que nos traslada al método y a la forma de pensamiento socrático. Plutarco cuenta que Sócrates fue alguna vez a ver a Aspasia con sus amigos y las esposas de estos para pedirle consejo y oírle hablar sobre «cuestiones de amor» (*erōtika*). Aunque en estos relatos se le atribuye el papel de casamentera y algo parecido a una terapeuta de pareja, no deja de ser una sorprendente constatación de que Aspasia era conocida por su interés en conferenciar sobre el amor, además de por su poca habitual elocuencia y experiencia en esa área en concreto: lo mismo que Diotima en *El banquete* de Platón. [9]

El retrato que hace Platón en *Menéxeno* de Aspasia ya mayor, instruyendo a Sócrates, parece contradecir una tendencia anterior —que comparte Jenofonte— a disimular toda indicación explícita de que Aspasia tuviera una relación estrecha con Sócrates. Si se acepta esa relación, lo más probable es que se estableciera mucho antes, cuando los dos coincidieron en el círculo de Pericles, a los veintitantos años.

Tras la muerte de Pericles en el año 429 a. C. Aspasia vivió («se casó», según un antiguo comentarista) con un acaudalado político ateniense llamado Lisicles, con el que tuvo un hijo. De Lisicles también se habla en la comedia en términos despectivos —Aristófanes le llama *tratante de ovejas* — pero sirvió en el ejército como general, lo que nos lleva a pensar que debió ser ciudadano de cierto estatus y, seguramente, conocido del difunto Pericles. Lisicles murió en acto de servicio en Asia Menor, poco después de su boda, en el 428 a. C. A partir de ese momento sabemos poco de las

actividades de Aspasia, hasta su aparición en el *Menéxeno* de Platón, ya como mujer madura.

La excepción al silencio es *Los acarnienses*, comedia de Aristófanes representada en el 425 a. C., cuatro años después de la muerte de Pericles. En ella se ataca a Aspasia, en clave cómica, por ser —supuestamente— la desencadenante de la guerra del Peloponeso, del mismo modo que se consideró a Helena la responsable de la guerra de Troya y que a la propia Aspasia se le culpó, anteriormente, de instigar el ataque de Pericles a Samos en el año 440 a. C. La comedia también le echa la culpa en esta ocasión de impulsar el Decreto de Mégara en represalia por el secuestro, a manos de los mégaros, de dos prostitutas de su casa de mala fama. Se dijo que el decreto, que algunos pensaron que imponía a Mégara grandes restricciones en el comercio con Atenas y sus aliados, fue la chispa que encendió la mecha de la guerra. [10]

Los oprobios dirigidos a Aspasia duraron varias décadas después de su unión con Pericles en la década del 440 a. C., y a Platón y Jenofonte debía preocuparles que a Sócrates se le asociara con ella. Además, en vista de que Aspasia y Pericles estaban juntos en el 445 a. C. (el joven Pericles nació, como muy tarde, en el 437 a. C.), es posible que los biógrafos de Sócrates —que escribieron su obra más de medio siglo después— no quisieran dar la idea de una relación tan estrecha entre Sócrates y Aspasia precisamente en esa época, aunque supieran o simplemente sospecharan que era así. Después de casarse Aspasia con Pericles Sócrates debió moderar, si no suspender, cualquier relación con ella, por deferencia a todos los implicados: aunque solo fuese para evitar las sospechas de que tenían en común una historia personal mucho más íntima.

Aspasia y Sócrates

En el 450 a. C. Sócrates, contemporáneo de Aspasia, estaba a punto de cumplir veinte años. Como amigo y discípulo de Arquelao ya sería bien conocido desde hacía unos años por los integrantes del círculo de Pericles, como Anaxágoras. Como hijo de un exitoso empresario de la piedra, Sofronisco, tendría que haber llamado la atención de hombres como Ictino, Calícrates y Fidias, arquitectos y diseñadores del Partenón, que eran también amigos de la primera figura política ateniense.

No se nos ha dicho si Sócrates conoció a Aspasia e inició una relación con ella en los años transcurridos entre la llegada de ella a Atenas y su boda con Pericles: no hay duda de que en estos años tuvieron la oportunidad de conocerse y tratarse. Y tanto si Sócrates luchó en la batalla de Coronea y fue testigo ese mismo año de la muerte de Clinias, amigo de Pericles, como si no, sin duda tuvo acceso al círculo de Pericles unos años después, como tutor elegido para guiar por la senda del futuro al joven Alcibíades. Si Aspasia y Sócrates no se habían conocido ya en el entorno de Pericles cuando ella, procedente de Mileto, llegó a Atenas con su familia en el 450 a. C., hubieron de compartir cuitas posteriormente por la educación y bienestar de Alcibíades cuando este perdió a su padre en el 447 a. C.

Sócrates y Aspasia eran almas gemelas. Ambos inteligentes, elocuentes y persuasivos, eran figuras controvertidas y poco usuales en su entorno social. El *Menéxeno* es la única fuente que nos ofrece una indicación explícita, por difícil que sea interpretarla correctamente, de un trato cercano entre Sócrates y Aspasia. El resto de las conjeturas proceden de pruebas circunstanciales y de leer entre líneas lo que nos cuentan Platón y Jenofonte. Esas lecturas pueden ser lo que inspiró a los autores de la Antigüedad, a partir probablemente del siglo IV a. C., a dar por hecho que había entre ellos una relación amorosa. Un alumno de Aristóteles muy instruido, Clearco de Solos, escribe que Pericles se enamoró de Aspasia, «que había sido antes compañera de Sócrates»; y un poema de Hermesianax (siglo III a. C.) habla de la «inextinguible pasión» de Sócrates por

Aspasia. [11] Como hemos visto, esta relación puede ser lo que sustenta el relato sobre el amor atribuido por Sócrates a Diotima en *El banquete* de Platón.

¿Podía haberse enamorado Sócrates de la extraordinaria Aspasia y darse cuenta luego de que no podría consumarlo? Tuvo que haber muchos obstáculos en esa relación, incluida la preocupación del propio Sócrates por las voces interiores, su tendencia a la catalepsia y su inclinación a seguir un camino en la vida que pudo hacer de él un esposo poco adecuado para una mujer joven, lista y ambiciosa. Si Sócrates hubiera pensado alguna vez en Aspasia como su posible amante y compañera, toda posibilidad se habría desvanecido en cuanto el hombre más poderoso de Atenas le puso los ojos encima. Tal vez en un intento de calmar la decepción de Sócrates la elocuente Aspasia le instó a preguntarse qué significaba el amor verdadero, y luego propuso algo así como la doctrina que supuestamente impartió Diotima a Sócrates en sus años mozos, como cuenta Platón en *El banquete*: que el deseo físico es solo el punto de partida del amor y que las preocupaciones particulares, personales, siempre tienen que estar al servicio de un objetivo más elevado.

Si tenemos que atribuir a Aspasia tales ideas y expresiones, estas tienen una implicación trascendental en la historia del pensamiento. Los principios que representa la doctrina de Diotima son fundamentales para la filosofía y para el modo de vida que acabaría abrazando Sócrates: que necesitamos definir nuestros términos antes de llegar a conocer lo que representan en la práctica; que el ámbito de lo físico puede dejarse de lado —y así debería ser — para perseguir ideales más altos; que la educación del alma, y no la gratificación del cuerpo, es la obligación suprema del amor; y que lo particular debería estar supeditado a lo general, lo transitorio a lo permanente, lo terreno a lo ideal. Como ha observado Mary Lefkowitz, profesora de estudios clásicos:

> Sócrates iba a ser una figura destacada de la filosofía aunque lo único que supiéramos de él fuese lo que nos cuenta Aristóteles: «Se interesaba por la ética aunque no decía nada del universo, pero en el curso de su actividad buscó lo general (*to katholou*) y fue el primero en entender el concepto de límite o *horismōn* (Metafísica, 987b.1 - 4)». Poetas y pensadores anteriores a él ya reflexionaron sobre la ética. Pero lo que hace diferente a Sócrates es que fue capaz de trazar un plan para descubrir qué le llevaba a pasar de lo particular a lo general. Sin ese paso tan significativo para el pensamiento Platón no habría podido nunca concebir su teoría de las formas, ni Aristóteles escribir sus tratados de ética. [12]

En tanto que Sócrates creó un método filosófico diferente al de su supuesta mentora, un método que implicaba el cuestionamiento continuo para provocar una respuesta en lugar de instruir —exactamente lo que hace Diotima—, este podría haber surgido en manifiesta contradicción con un procedimiento que, en su mente, solo podía hacer un guiño a la escurridiza verdad, pero nunca atraparla. [13] Sin embargo, si el estímulo que tuvo Sócrates para adoptar sus opiniones y métodos filosóficos fue la mujer que le enseñó, en primer término, «todo sobre el amor», tendremos que reconocer que Aspasia no solo fue una mujer dinámica y excepcionalmente inteligente por sus fueros, sino una compañera intelectual, una partera cuyas ideas ayudaron a traer al mundo a la filosofía europea, al menos en la misma medida que Sócrates y sus sucesores.

En *El banquete* Sócrates admite encantado que aprendió la doctrina del amor de Diotima, pero si Platón hubiera supuesto que Aspasia fue la inspiración crucial para el pensamiento y el método socrático, seguramente habría sido reacio a atribuirle esa influencia de manera directa. En cualquier caso la elección de Aspasia de quedarse con Pericles pudo conducir a un enfriamiento de la relación que ella tenía con Sócrates. Y quizá participaba de la opinión de Pericles —expresada en términos generales en la Oración Fúnebre que en *Menéxeno* se dice que compuso ella—, que no aprobaba la negativa de Sócrates a participar en la vida política de la ciudad. Pero en vista de la confluencia de varios factores (cronológicos, sociales e intelectuales), resulta muy atractiva, casi irresistible, la posibilidad de que la llegada de Aspasia a la vida del joven Sócrates alrededor del 450 a. C. es el

momento en el que podemos encontrar, aunque sea solo por un instante, una imagen creíble y encantadora de Sócrates enamorado.

Epílogo

El Sócrates desconocido

Los alumnos de mi tutoría de Oxford terminan de leer sus ensayos. Tras presentar y estudiar con atención las pruebas de distintas procedencias, concluyen así: el Sócrates personaje de *Las nubes*, aunque puede conservar algunos elementos auténticos de la vida y personalidad del Sócrates real, es sobre todo una caricatura del filósofo y su pensamiento.

«¿Os parece imposible la reconstrucción histórica de la vida de Sócrates?», pregunto. Meditan la respuesta. «Cualquier reconstrucción tiene un componente de fantasía», responde uno. Otro añade: «Platón y Jenofonte nos dan mucha información sobre sus ideas y su personalidad, pero hay detalles de la vida de Sócrates de los que no sabemos nada. Sabemos muy poco de su vida antes de Potidea, por ejemplo». Entonces sugiero: «Quizá con la información que tenemos se pueda hacer una película sobre ese Sócrates desconocido».

Se les ilumina la cara. «Sería una historia estupenda», dice uno. Y el resto asiente con decisión.

Las páginas que anteceden han dejado de manifiesto un retrato de Sócrates que nunca se había pintado. Lo que surge de ellas es la historia de un hombre cuya vida puede considerarse dramática en más de un sentido.

Hemos visto que Platón, en *El banquete*, nos lo muestra como un hombre que acepta un modo de pensar personal que gira en torno al amor y, sin embargo, es una figura valerosa, heroica incluso, en el campo de batalla. En lugar de abundar en la idea de sus orígenes humildes, de clase baja, todas las pruebas indican que era hijo de un artesano de clase media exitoso y pudiente. Más que imaginarle como el pensador modesto de su última etapa, las pruebas más antiguas de que disponemos, que datan de la época en que vivió su juventud, nos dan la imagen de un joven cautivador y atlético al que le encantaba aprender. Y en lugar de centrarse simplemente en su amor declarado por Alcibíades, su oscuro matrimonio de juventud con Mirto y su relación con Jantipa —mucho más tardía—, la evidencia nos ha permitido redescubrir su primera asociación íntima con Arquelao, siendo aún adolescente, y definir un período en el que el joven Sócrates debió tener una relación estrecha con Aspasia, incluso enamorarse de ella.

Estas experiencias, y tantas otras, habrán puesto las bases para que el joven Sócrates se convierta en creador de una forma de pensamiento por la que se le ha recordado gracias sobre todo al trabajo incansable de Platón y a su brillantez intelectual. Y como las pruebas muestran claramente que Sócrates ya andaba transitando la senda de la filosofía cuando tenía treinta años, lo que queda claro

es que su decisión de dirigir su vida hacia la filosofía en lugar de la política o la guerra hubo de producirse antes de alcanzar esa edad. Entonces ¿cómo podría narrarse una versión de la vida de Sócrates que haga justicia a las experiencias vitales de sus primeros años, además del drama de los últimos?

Biografía de Sócrates

Los comienzos

La historia comienza en primavera del 469 a. C. con el nacimiento de Sócrates en el pueblo de Alopeke, hogar de aproximadamente un millar de ciudadanos atenienses con sus esposas e hijos, metecos y esclavos. Entre ellos, Sofronisco: un mampostero que, aunque no es miembro de la élite por nacimiento ni aristócrata por estatus, es un hombre de éxito, respetado y de buena familia. Su mejor amigo en Alopeke es Lisímaco, hijo de uno de los estadistas más distinguidos de Atenas: Arístides el Justo.

Han transcurrido diez años desde que los persas se marcharon de Grecia después de su sonada derrota en Platea. Los atenienses están muy ocupados con la reconstrucción de sus vidas y hogares, han renovado su orgullo y confianza en las instituciones democráticas y en el poderío naval de su país. El establecimiento de la Liga de Delos bajo liderazgo ateniense ha proporcionado a los ciudadanos una sensación de seguridad, y el poder de Atenas como ciudad-Estado líder de Grecia también queda patente en todo el Egeo.

Sócrates pasa los días de su niñez, en la década de 460 a. C., observando cómo su padre dirige y supervisa a los obreros de las canteras mientras trabajan los enormes bloques de mármol que se transportarán por toda Ática. Sofronisco espera que su hijo continúe con el negocio familiar, y a Sócrates no le faltan ni la fuerza ni la inteligencia necesarias para ser un mampostero de éxito. Pero Sofronisco también es consciente del beneficio

que supondría para Sócrates darle el tipo de educación que reciben los jóvenes de buena familia de su mismo demo. Son muchachos atléticos, les gustan los caballos y estarán al mando de los ejércitos que ganarán la gloria en el campo de batalla.

Sin embargo, a Sofronisco le exaspera comprobar que su hijo está demasiado ocupado con sus estudios de placer como para encargarse de sus obligaciones laborales. Siempre que puede se escapa a la ciudad a escuchar los discursos de pensadores extranjeros, muchas de cuyas ideas le parecen al básico Sofronisco una pérdida de tiempo, cuestiones poco prácticas y, en algunos casos, directamente sacrílegas. A veces le propina una paliza a Sócrates por escapar a sus obligaciones. Esto tiene un efecto traumático sobre el joven, que se debate entre ser un hijo obediente y rebelarse contra las expectativas de su padre. Sus propias aspiraciones están más en línea con las de sus ambiciosos compañeros de clase: ser un buen orador y un luchador heroico, buscando siempre la excelencia.

Sócrates empieza a escuchar una voz interior, de vez en cuando, que suena igual que su padre cuando le sermonea y le advierte que no debe seguir por el camino que está a punto de tomar. Al principio cree que la voz es motivo de alarma, pero con el paso del tiempo se convence de que puede considerarla un compañero útil, capaz de articular sus impulsos internos y que le dice qué debe evitar y cómo debe proceder en cualquier situación para hacer siempre lo más adecuado. Sócrates llama a esa voz «señal divina», y a veces permanece quieto durante largos períodos de tiempo hasta que comprende qué le está mandando hacer. Más que pensar en ella como una dolencia la ve como un don divino que le ayudará a vivir una buena vida y evitará que escoja la senda equivocada.

El joven Sócrates

A medida que se adentra en la adolescencia el joven Sócrates (hablamos de la década del 450 a. C.) añade a su formación la poesía de Homero y los poetas líricos y otros clásicos, tanto en la escuela como en casa, gracias a una serie de tutores designados por su padre. Llega a conocer de memoria largos párrafos de poemas o canciones y disfruta cantando acompañándose de la lira, para la que ha demostrado ciertas aptitudes en respuesta a la enseñanza de un músico de primer orden en su época: Lampro. Mientras tanto, también cultiva su cuerpo: no solo en la cantera sino también en el gimnasio, practicando la danza de guerra y la lucha deportiva con muchachos de su edad en escuelas especializadas.

La excepcional inteligencia de Sócrates —así como la persistencia de su voz interior— le aparta de sus compañeros, que sin embargo le admiran por su habilidad, fuerza y calmada independencia. Se siente diferente de ellos, sensación que se acrecienta tras ser elegido por el filósofo Arquelao de Atenas. Cuando Arquelao conoce a Sócrates en una presentación sofista que se celebra en la ciudad queda cautivado por la indiscutible inteligencia del joven y su disposición a aprender.

El rostro ancho y de expresión franca de Sócrates y su cuerpo musculoso le convierten en atractivo pupilo y protegido, y Arquelao le toma bajo su cuidado.

Cuando Pericles transfiere el tesoro de la Liga de Delos a Atenas (454 a. C.) ya hacía tiempo que Sofronisco se había dado cuenta de que el corazón de Sócrates no estaba en la cantera. Le complace ver que el muchacho está causando una buena impresión en personas muy influyentes de círculos elevados, y acepta la oferta de Arquelao de ser tutor de Sócrates. Así Sócrates acompaña a Arquelao en una serie de visitas a maestros muy reputados, incluido el anciano Parménides o Anaxágoras, maestro del propio Arquelao, que se considera el mejor pensador de su época y es además amigo y consejero de Pericles. En el 452 a. C. Arquelao

lleva a Sócrates a visitar al discípulo estrella de Parménides, Meliso de Samos. Hacen el viaje en barco.

A Sócrates le parece que el pensamiento filosófico abstracto de Meliso es desconcertante e infructuoso. Al regresar a Atenas centra su atención en la filosofía de Anaxágoras, más racional. Criado en un entorno religioso convencional, está familiarizado con los actos rituales de la religión tradicional griega, que continuará practicando a lo largo de su vida. Sin embargo, encuentra emocionante descubrir que, si se aplica el pensamiento racional, hay supuestas deidades como el Sol y la Luna que han de entenderse como objetos materiales, y fenómenos aterradores como el trueno o el relámpago que pueden explicarse desde el punto de vista físico. Sócrates está decidido a seguir la senda de la investigación empírica de la naturaleza.

Cuando cumple dieciocho años se inscribe en el registro de ciudadanos de Alopeke. Grecia vive una época de paz. En el 451 a. C. el general y político conservador Cimón negocia con Persia una tregua de cinco años. Como era habitual en los futuros hoplitas, Sócrates es enviado a la frontera de Ática a hacer el servicio militar, y su padre se muestra encantado de aportar la considerable cantidad de dinero que hacía falta para comprar la panoplia de hoplita de su hijo. Cumplido el servicio Sócrates se vuelve a sumergir en sus afanes intelectuales y reanuda sus visitas a la ciudad para oír conferenciar a los pensadores del momento cuando hablan en el ágora o en casa de algún rico ateniense.

Sócrates enamorado

En este entorno, poco después de cumplir veinte años, Sócrates conoce a una persona extraordinaria que cambiará su vida para siempre. La joven Aspasia, llena de energía, ha llegado de Mileto con su familia para celebrar la boda de su hermana. Se cotillea por todo Atenas: es muy

conocida por su belleza, elocuencia y educación. Está encantada de recibir a una plétora de admiradores en casa de su cuñado, Alcibíades el Viejo, acompañada por otras mujeres exóticas de su ciudad natal, Mileto, a las que las esposas atenienses, celosas, llaman prostitutas. *A diferencia de otras mujeres a las que ha conocido Sócrates —y se había propuesto conocer a unas cuantas— a la digna Aspasia no le preocupa que le vean hablando con hombres ni decir lo que piensa.*

Dicen las malas lenguas que regenta un lupanar, pero Sócrates ha frecuentado unos cuantos en su época y sabe de qué va la cosa. Empieza haciéndole visitas ocasionales junto a algunos amigos suyos, de su edad, de la buena sociedad ateniense, y sus esposas. A todos les impresiona Aspasia con su elocuente análisis de la naturaleza del amor y las relaciones. Tiene en común con Sócrates el amor por la discusión y el debate y, como Sócrates ya es conocido por ser un joven nada convencional, no muestra la menor preocupación por el estatus de ella, que no es ateniense, ni da importancia a la opinión negativa que tienen algunos debido a su actividad. De todos modos, sus probabilidades de hacer una buena boda son pocas, dada la percepción general que se tiene de él por su comportamiento excéntrico, como eso de quedarse de pie en medio de la calle durante un buen rato, sumido en sus pensamientos.

Cuando Sócrates saca el tema del matrimonio, en conversación con Aspasia, ella deja claro que sabe mejor que él lo que hace falta para que una unión triunfe: a ella recurren hombres y mujeres para que les ayude a encontrar pareja y les aconseje para que su matrimonio funcione. Entretanto, el propio Pericles —que le dobla la edad—también cae rendido, no menos que Sócrates, ante la belleza y la inteligencia de Aspasia, que pone la mira en una unión con el hombre más poderoso de Atenas y en los beneficios que le reportaría. En su intento de compensar la decepción de Sócrates, Aspasia le obliga a expresar su idea sobre el amor y lo que significa, y le ofrece su propia doctrina sobre el amor y el deseo. El amor,

explica, comienza por desear un compañero, pero termina trascendiendo la simple atracción física. El verdadero amor tiende a sacar lo mejor de la otra persona y luego a intentar dar un fruto, producir algo bueno que trasciende al individuo y que tiene un impacto duradero, que va más allá de su propia trayectoria vital. Por duro que resulte aceptar la doctrina en la práctica, a Sócrates le impresiona profundamente, y llegará a perfilar su propia idea de la naturaleza y del mundo, la trascendencia de las ideas morales y la transmisión del conocimiento de una generación a otra.

Sócrates escoge la filosofía

Sócrates no tiene tiempo de obsesionarse con sus sentimientos por Aspasia. Poco después de cumplir veintitrés años (en 447 a. C.) tuvo que incorporarse a filas con la campaña de Beocia, en una misión capitaneada por Tólmides. Entre los comandantes de la tropa se encuentra Clinias, hijo de Alcibíades el Viejo; Sócrates ha coincidido a veces con ambos y con Aspasia. La batalla que se desencadena en Coronea termina con la derrota de los atenienses. Sócrates se ve obligado a batirse en retirada, y lo hace con calculada deliberación. Se siente afortunado por haber salido con vida y llora la muerte de los jóvenes que han servido junto a él en Beocia, así como del general Clinias, que deja viuda y dos hijos al cuidado de Pericles.

El pequeño Alcibíades ha perdido a su padre y ha quedado al cuidado de Pericles. Necesitará tutores que le guíen en su paso a la juventud, que velen por su desarrollo físico e intelectual en poesía, danza y lucha. El proyecto de Pericles de reconstruir la Acrópolis de Atenas le ha puesto en contacto con Sofronisco, y ha oído hablar, tanto a Arquelao como a la propia Aspasia, de la inteligencia de Sócrates y de su frialdad y valentía durante la desastrosa retirada de Coronea. Nombra a Sócrates mentor de Alcibíades, junto a otros tutores como el excéntrico Zópiro de Tracia y a la tía abuela de Alcibíades, Aspasia.

Poco después Aspasia se traslada a vivir a la casa de Pericles, donde ambos conviven como marido y mujer. En esa época Sócrates ya había empezado a forjar su propia rama de la investigación filosófica, que procede de las conversaciones con Aspasia y su escaso afecto por la filosofía natural de sus maestros, tan en boga. Después de publicar Anaxágoras un libro sobre su teoría de la mente, Sócrates decide que él no tiene interés en el tipo de doctrina que representan los filósofos del momento: opta por tirar del hilo que le ofrecen la poesía y la literatura con las que ha crecido, las preguntas que suscitan, y todo lo que le rodea en el teatro y en los banquetes: historias personales de heroísmo y elección, asuntos de valor, deber, prudencia y amor. Después de unos cuantos años contrae matrimonio, discretamente, con Mirto, una amiga de la infancia que ha quedado viuda tras morir su esposo en combate. No tardará en darle dos hijos.

Al observar su brillantez intelectual y su presencia inimitable comienza a formarse a su alrededor un grupo de seguidores entre los que se encuentra el agresivo Querefonte, tan flaco que las ropas cuelgan de su esqueleto como las alas de un murciélago. Entretanto, con Aspasia a su lado, las ambiciones políticas y militares de Pericles cogen velocidad. A instancias suyas se embarca en el 440 a. C., en una campaña para dominar Samos. Sócrates lamenta las noticias de la brutal ejecución de los comandantes de Samos, entre ellos su antiguo anfitrión, Meliso. A ojos de Sócrates eso ensombrece a Pericles, que siempre se vanagloria de ser virtuoso y justo. Se extienden los rumores de que los atenienses serán, seguramente, castigados con una plaga por haber ofendido a los dioses; pero para disgusto de los adversarios políticos de Pericles la astuta Aspasia organiza una serie de sacrificios públicos y parece que los dioses se apaciguan.

Poco después Sócrates y Querefonte van a Delfos a consultar al oráculo. A su regreso, Querefonte cuenta jubiloso a todo el que lo quiere oír que el

oráculo de Delfos ha declarado que no hay hombre más sabio que Sócrates. Sócrates, sin embargo, cree que se ha visto inducido a interpretar así lo que ha dicho el dios. Se embarca en una vida de análisis y comienza a interrogar a gente de todas clases para concluir que él solo es más sabio que los demás en una cosa: solo sabe que no sabe nada.

Entre los treinta y los cuarenta años Sócrates hereda de su padre, que muere entonces, un importante patrimonio y algunas propiedades con las que puede vivir y mantener su panoplia. Sócrates ha decidido que aparte de lo que necesita para subsistir y servir a su ciudad en la guerra, la riqueza material y sus adornos no tienen gran importancia, y de hecho constituyen un obstáculo para su misión, de encomienda divina. Así que no se preocupa por su aspecto ni por su vestimenta, y decide aprovechar todos sus años de entrenamiento físico y autodisciplina para ir por ahí descalzo y vestido con sencillez, sin prestar atención a lujos y comodidades. Dejará el disfrute de la prosperidad a otros hombres más ambiciosos, como su amado Alcibíades, sin abandonar la esperanza de que ellos también aprenderán un día que cultivar el alma vale más que cualquier cosa que puedan conseguir en términos de reputación y de posesión material. Su propia encomienda divina es examinar el significado del amor, la justicia, el valor y la belleza, que son los componentes de la verdadera excelencia.

Sócrates el héroe

En la década siguiente, entre el 440 y el 430 a. C., Pericles estará sometido a continuos ataques por parte de sus adversarios políticos. Aspasia ya no tendrá que oír las críticas de su amado esposo y a petición de Pericles más de una vez reprueba a Sócrates que lleve esa vida de pensador nómada en lugar de comprometerse políticamente. Él se defiende diciendo que muestra su entrega a la ciudad al prestar servicio militar de forma continuada, pero que tiene una obligación más importante: el amor a sus congéneres.

Inspirado por la doctrina que una vez le enseñó Aspasia, su tarea es guiarlos para que superen las preocupaciones mundanas y vayan en busca de unos ideales éticos superiores. En esa época está ya entregado en cuerpo y alma a la filosofía, y sus sentimientos amorosos se han transferido al joven Alcibíades. Admite con toda sinceridad que está enamorado de ese joven impresionante, impetuoso, con el que discute y debate, asiste a presentaciones de los sofistas, entrena en el gimnasio y practica el combate cuerpo a cuerpo.

Las cuestiones morales que parecen tan perentorias a Sócrates afloran de un modo intensamente personal cuando sirve en la agotadora campaña de Potidea, que duró tres años transcurridos, en parte, con Alcibíades como compañero de tienda. El rescate de Alcibíades en la batalla de Potidea (423 a. C.) es un acto de valor que llevó a cabo impulsado por el amor y la preocupación, pero a costa de la disciplina militar. No es algo por lo que Sócrates se siente un héroe merecedor de una recompensa que Alcibíades le atribuye. Sócrates quiere ser un héroe de otro tipo, al que se recuerde por iluminar a otros seres humanos. Les inspirará para que sigan el verdadero camino hacia la buena vida obligándoles a cuestionar y analizar continuamente sus valores, lo que dan por hecho. Pericles y Aspasia, sin embargo, desaprueban la decisión de Sócrates de dar la espalda al compromiso ciudadano, una elección a la que Pericles hace una referencia velada en el discurso funeral que pronunció en el 431 a. C.

A diferencia de Pericles, que muere en el 429 a. C., Sócrates sobrevive a la devastación de la peste. Durante los años siguientes continúa luchando en la guerra al servicio de Atenas y contra los enemigos del Peloponeso. Sigue así hasta bien entrado en la cuarentena, prestando servicio en Delio (424 a. C.) y Anfípolis (422 a. C.). Cuando no está combatiendo pasa el tiempo filosofando, enseñando y criticando las tonterías y las insensateces de sus congéneres. Antes de retirarse definitivamente del servicio activo, a los cincuenta años, comienza sus estudios de lira, de nuevo bajo la

instrucción de Conno, para intentar aprender el estilo musical que está en boga entre los intérpretes más modernos, como sus amigos los dramaturgos Eurípides y Agatón. Sócrates recuerda al consejero de Pericles, Damón de Oa, afirmando que los nuevos estilos musicales podrían utilizarse para revolucionar la política, y no consigue ilusionarse, ni que le guste el nuevo estilo musical que tanta popularidad ha obtenido entre las masas de espectadores teatrales, ni aprobarlo. A los oídos de Sócrates carece de la sencillez y la nobleza de la música de antes, y se corre el riesgo de que ejerza una influencia perniciosa sobre la moral de los jóvenes.

Sócrates se ha convertido en una figura muy conocida en Atenas, pero su método de preguntas le ha proporcionado más enemigos que amigos. En la década de 420 a. C. será objeto de numerosas parodias en los teatros cómicos, incluido el retrato que hace de él Aristófanes en Las nubes *y Ameipsias en* Konnos *(423 a. C.) Tras finalizar el servicio militar se reducen sus oportunidades de mantenerse en forma, como siempre estuvo. Le sale panza, e intentará recuperar la agilidad juvenil yendo a clases para formarse en los nuevos estilos de danza. Aunque todavía resiste la bebida mucho mejor que muchos, jóvenes o viejos, acepta de buen humor que sus rasgos, al envejecer, le están haciendo parecer un sátiro.* [1]

Sócrates ha estado dos décadas casado con Mirto, pero ha sido un padre ausente para sus hijos Sofronisco y Menéxeno, que son casi adultos. También ha mantenido contacto ocasional con Aspasia tras la muerte de Pericles y de Lisicles, con el que ella se casó después. Años después Aspasia le presentará a Jantipa, pariente de Pericles. Con tantos hombres jóvenes dedicados a la guerra, Jantipa no ha logrado encontrar un marido adecuado, y con casi veinte años ha pasado ya la edad a la que se casan la mayor parte de las mujeres respetables de Atenas. Sócrates la lleva a vivir a su casa, como concubina suya, con lo que las malas lenguas le acusarán de bígamo. Jantipa admira la visión igualitaria de Sócrates, al que considera el epítome del hombre fiable e inteligente. [2] *Ella es una mujer*

animosa, capaz de controlar la situación y de reñir a Sócrates por sus negligencias domésticas. Sus amigos se sorprenden al ver a Sócrates bien arreglado y mejor vestido de lo habitual, como cuando asiste al banquete de Agatón en el 416 a. C. gracias, naturalmente, a la influencia de su joven concubina.

Los ingresos procedentes de las propiedades alquiladas han permitido a Sócrates mantener su panoplia y a su familia, pero no le interesa ni la riqueza ni el estatus, durante los diez años siguientes continuará persiguiendo sus intereses filosóficos sin importarle nada más. Sigue de cerca la carrera de Alcibíades, primero durante su ascenso, luego durante sus altibajos. Su fracaso a la hora de influir en su discípulo favorito para que siga un camino de conocimiento no le apartará de su objetivo de educar a sus conciudadanos. La expedición a Sicilia (415 - 413 a. C.), capitaneada por Alcibíades, termina en desastre, y los oligarcas conspiradores del 411 a. C. vienen y van. El único momento de dedicación a las obligaciones ciudadanas que vivió Sócrates, cuando fue miembro del Consejo en el 406 a. C., es una experiencia amarga. Tiene que enfrentarse a las acusaciones de una turba agitada y quejosa por la ejecución de los generales que no recogieron a los supervivientes y a los muertos tras la tormenta que siguió a la batalla naval de Arginusas. Aspasia, que ya lleva tiempo viuda pero goza de buena salud, visita a Sócrates para rogarle que salve a su hijo, el joven Pericles, de una ejecución injusta. Sócrates no logra convencer a la Asamblea de que dicha decisión es inmoral e ilegal y es testigo, con gran pesar, de la ejecución del joven por el que, dado su estatus de hijo de madre no ateniense, Sócrates ha sentido siempre especial afecto.

Aspasia y Sócrates tienen que vivir otra circunstancia triste: reciben la noticia de que Alcibíades, después de todas sus aventuras y correrías, ha resultado muerto en Frigia. Poco después, toda la agitación política de los años de la guerra llegará a su fin con la desastrosa derrota de Atenas en el

404 a. C. Las tropas espartanas entran en la ciudad y Sócrates, que sigue en Atenas suscitando la controversia mientras otros muchos, incluido Querefonte, se han ido al exilio, está a punto de perder la vida por expresar su oposición a Critias y al régimen de los Treinta, apoyado por Esparta. En esta época Mirto ya había muerto y, en cuestión de pocos años, Jantipa quedará embarazada del tercer hijo de Sócrates, Lamprocles.

El final

A pesar de su valerosa negativa a acceder a las exigencias de los Treinta, cuando se restablece la democracia en el 403 a. C., a Sócrates se le verá como una de las fuerzas del sentimiento antidemócrata que tanto infortunio causó a los atenienses en la década anterior. Viejas enemistades y agravios vuelven a perseguirle. Se convertirá en chivo expiatorio de los pecados de los oligarcas que dieron el golpe de estado en el 411 a. C., y también el de Critias y sus partidarios, que dejaron un reguero de sangre entre sus opositores demócratas durante su breve reino de terror. Al restablecimiento de la democracia le sigue una atmósfera de agitación: los adversarios de Sócrates unen sus fuerzas y en el 399 a. C. le acusan de impiedad y de la corrupción de los jóvenes. Se le somete a juicio y se le declara culpable. En su discurso de defensa declara que más que un castigo lo que merece es una recompensa por hacer un trabajo útil como agitador de la conciencia ciudadana. Su actitud de seguridad en sí mismo ofende a la mayoría del jurado, compuesto por quinientos miembros, que le condena a muerte. Por motivos religiosos los atenienses retrasan su ejecución, y pasa unos días en la cárcel: allí le visitan sus amigos y familiares por última vez.

Quizá uno de esos amigos es la anciana Aspasia, que cada vez tiene más achaques. En el momento de su ejecución, justo antes de beberse la cicuta, pide a su amigo Critón que no se olvide de sacrificar un gallo a Asclepio, el dios de la curación. Ese acto representa el cumplimiento de una promesa,

una ofrenda al dios en agradecimiento por un enfermo que se ha recuperado de su enfermedad. No se nos dice quién es el enfermo: en esos momentos Platón no está bien de salud y no va a visitarle, de modo que la ofrenda no puede ser por él. Tampoco puede referirse a Jantipa, a la que poco antes se han llevado de allí sollozando de dolor y desazón.

Platón tendría que saber, igual que Critón, a quién ha dedicado Sócrates esa ofrenda, pero no nos lo dice.[3] *Tal vez es porque el objeto de su promesa es Aspasia, la mujer a la que Sócrates siempre ha amado y admirado, y cuyas enseñanzas de elocuencia y su comunión intelectual buscó en ocasiones durante sus últimos años de vida. Las últimas palabras de Sócrates se han interpretado en ocasiones —aunque esto resulte menos atractivo— como una aceptación de la muerte como único medio de curación para la vida o el deseo sexual. Lo que no puede negarse es que al morir cumple todas las aspiraciones del joven Sócrates, que puso todo su afán en convertirse en héroe y quiso aprender toda la verdad sobre el amor. Porque al final fue por amor al conocimiento y a la justicia por lo que murió Sócrates, un ejemplo moral e intelectual para la posteridad y el primer, y más grande, héroe que tuvo la filosofía.*

Agradecimientos

Cualquier relato sobre la vida de Sócrates requiere una labor de selección y conjetura. *Sócrates enamorado* no es un libro para especialistas, pero pone el foco sobre algunos aspectos de la biografía de Sócrates a los que no se ha prestado suficiente atención. La cantidad de escritos publicados sobre Sócrates es enorme, pero he decidido limitar la bibliografía a los elementos que he encontrado especialmente útiles: los principales, el extenso trabajo erudito de Debra Nails, *The People of Plato* y la disertación de Carl Huffmans sobre la *Vida de Sócrates*, de Aristógenes, una fuente de información sobre la vida del filósofo a la que no se ha hecho mucho caso.

Este no es un libro de ficción, pero el párrafo inicial de la introducción y el capítulo 1, la narración de la batalla de Potidea al comienzo del capítulo 2 y la historia de la vida de Sócrates al final del libro se presentan en cursiva para indicar que son recreaciones ficticias aunque se basan en evidencias contrastadas. Cuando aún estaba trabajando en los primeros borradores, Peter Rhodes y Chris Pelling me ofrecieron generosamente su opinión y punto de vista, ambos de extraordinario valor. También estoy muy agradecido con Michael Anderson, John Birchall, Paul Cartledge, Jeannie Cohen, Coline Covington, Madeleine Dimitroff, Tom Dimitroff, Michael Fishwick, James Morwood, Toby Mundy, Peter Thonemann y, especialmente, mi esposa, Karen Ciclitira, por sus opiniones y comentarios.

Bibliografía

Anderson, M. (2005), «Socrates as Hoplite», *Ancient Philosophy* 25.2, 273-891.

Azoulay, V. (2010), *Pericles of Athens*, Princeton.

Belfiore, E. S. (2012), *Socrates' Daimonic Art*, Cambridge.

Bicknell, P. J. (1982), «Axiochus Alkibiadou, Aspasia and Aspasios», *L'Antiquité Classique* 51, 240-250.

Bloch, E. (2002), «Hemlock Poisoning and the Death of Socrates», en *The Trial and Execution of Socrates*, 255-278, T. Brickhouse y N. Smith (eds.), Oxford.

Bosworth, A. B. (2000), «The Historical Context of Thucydides' Funeral Oration», *JHS* 120, 1-16.

Bowra, M. (1938), «The Epigram on the Fallen of Coronea», *Classical Quarterly* 32.2, 80-88.

Brémaud, N. (2012), «Folie de Socrate?», *L'information psychiatrique* 88.5, 385-391.

Broad, W. J. (2006), *The Oracle*, Londres.

Csapo, E. (2004), «The Politics of the New Music», en *Music and the Muses*, 207-248, P. Murray y P. Wilson (eds.), Oxford.

— (2010), *Actors and Icons of the Ancient Theater*, Hoboken.

D'Angour, A. J. (2011), *The Greeks and the New*, Cambridge.

Dean-Jones, L. (1995), «Menexenus: Son of Socrates», *Classical Quarterly* 45.1, 51-57.

Dodds, E. R. (1951), *The Greeks and the Irrational*, Berkeley.

Döring, K. (2011), «The Students of Socrates», en *The Cambridge Companion to Socrates*, 24 - 47, D. R. Morrison (ed.), Cambridge.
Dover, K. (1989), *Aristophanes' Clouds*, Oxford.
Ellis, W. M. (1989), *Alcibiades*, Londres.
Foxhall, L. (1997), «A View from the Top: Evaluating the Solonian Property Classes», en *The Development of the Polis in Archaic Greece*, 113-136, en L. Mitchell y P. Rhodes (eds.), Londres.
Gay, P. (1988), *Freud: A Life for Our Time*, Londres.
Graham, D. (2008), «Socrates on Samos», *Classical Quarterly*, 308-313.
Guthrie, W. K. C. (1971), *Socrates*, Cambridge.
Hall, E. (2006), *The Theatrical Cast of Athens*, Oxford.
Hansen, M. H. (1988), *Three Studies in Athenian Demography*, Copenhague.
Henry, M. M. (1995), *Prisoner of History: Aspasia of Miletus and the Biographical Tradition*, Oxford.
Hornblower, S. (1987), *Thucydides,* Londres.
Huffman, C. (2012), «Aristoxenus's *Life of Socrates*», en *Aristoxenus of Tarentum*, 250-281, C. Huffman (ed.), New Brunswick.
Hughes, B. (2010), *The Hemlock Cup*, Londres.
Johnson, P. (2011), *Socrates: A Man for Our Times*, Londres.
Kallet-Marx, L. (1989), «Did Tribute Fund the Parthenon», *Classical Antiquity* 8.2, 252-266.
Karamanou, I. (2006), *Euripides, Danae and Dictys*, Berlín.
Lane Fox, R. (2016), A*ugustine, Conversions and Confessions*, Londres.
Lefkowitz, M. R. (2008), Ensayo de Emily Wilson, *The Death of Socrates* (Cambridge, 2007), *Reason Papers* 30, 107-112.
Levin, F. (2009), *Greek Reflections on the Nature of Music*, Cambridge.
Leroi, A. M. (2014), *The Lagoon: How Aristotle Invented Science*, Londres.
Lewis, D. M. (1963), «Cleisthenes and Attica», *Historia* xii 1963, 22 - 40 (= *Selected Papers in Greek and Near Eastern History*, P. J. Rhodes (ed.),

Cambridge, 77-98).
Littman, R. (1970), «The Loves of Alcibiades», *Transactions of the American Philological Association* 101.
Lynch, T. (2013), «A Sophist "in Disguise": A Reconstruction of Damon of Oa and His Role in Plato's Dialogues», *Etudes Platoniciennes* online, 10.
MacLeod, C. (1974), «Form and Meaning in the Melian Dialogue», *Historia* 23: 385 - 400 (= *Collected Essays*, Oxford 1983, 52-67).
Marshall, C. W. y G. Kovacs (eds.) (2012), *No Laughing Matter*, Londres.
Marshall, C. W. (2016), «Aelian and Comedy: Four Studies», en *Athenian Comedy in the Roman Empire*, 197-222, C. W. Marshall y T. Hawkins (eds.), Londres.
Morgan, K. A. (ed.) (2003), *Popular Tyranny*, Austin.
Most, G. (1993), «A Cock for Asclepius», *Classical Quarterly* 43.
Nails, D. (2002), *The People of Plato*, Indianapolis.
Ober, J. (2011), «Socrates and Democratic Athens», en *The Cambridge Companion to Socrates*, 138-178, D. R. Morrison (ed.), Cambridge.
Papapetrou, P. D. (2015), «The Philosopher Socrates Had Exophthalmos (A Term Coined by Plato) and probably Graves' disease», *Hormones*, Atenas.
Parker, R. (1997), *Athenian Religion*, Oxford.
Pelling, C. B. R. (2000), *Literary Texts and the Greek Historian*, Londres.
Pomeroy, S. B. (1994), *Xenophon: Oeconomicus*, Oxford.
Poole, J. C. F. y A. J. Holladay (1979), «Thucydides and the Plague of Athens», *Classical Quarterly* 29.2, 282-300.
Power, T. (2012), «Sophocles and Music», en *Brill's Companion to Sophocles*, 283-304, A. Markantonatos (ed.), Leiden y Boston.
Rhodes, P. J. (2011), *Alcibiades*, Barnsley.
(2018), *Periclean Athens*, Londres.

Ste Croix, G. E. M. de (1972), *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres.

Samons II, L. J. (2016), *Pericles and the Conquest of History*, Cambridge.

Schorn, S. (2012), «Aristoxenus's Biographical Method», en *Aristoxenus of Tarentum*, 177-222, C. Huffman (ed.), Austin.

Smith, D. B. (2007), *Muses, Madmen and Prophets*, Londres.

Sommerstein, A. H. «Comedy and the Unspeakable», en D. L. Cairns y R. A. Knox (eds.) (2004), *Law, Rhetoric, and Comedy in Classical Athens*, 205-222, Swansea.

Stone, I. F. (1988), *The Trial of Socrates*, Londres.

Taylor, J. (2007), *Classics and the Bible: Hospitality and Recognition*, Londres.

Vander Waerdt, P. A. (1994), «Socrates in the Clouds», en *The Socratic Movement,* 48-86*,* Nueva York.

Van Wees , H. (2004), *Greek War fare: My ths and Realities*, Londres.

Vernant, J.-P. (1990), *Myth and Society in Ancient Greece*, Nueva York.

Wallace, R. W. (2015a), «Socrates as Hoplite», *Philosophia* 45 (2015), 148-160.— (2015b), *Reconstructing Damon*, Oxford.

Waterfield, R. (2009), *Why Socrates Died*, Nueva York y Londres.

Wheeler, E. (1982), «Hoplomachia and Greek dDnces in Arms', *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 23, 229-230.

Wildberg, C. (2009), en *A Companion to Socrates*, 21-35, S. Ahbel-Rappe y R. Kamtekar (eds.), Wiley-Blackwell, Londres y Nueva York.

Wilson, E. (2007), *The Death of Socrates*, Londres.

Zanker, P. (1995), *The Mask of Socrates*, Berkeley.

Zuckert, C. (2012), *Plato's Philosophers: The Coherence of the Dialogues*, Chicago.

Notas

1. Tal como señala el autor en los agradecimientos, los textos en cursiva son recreaciones ficticias. Se trata tan solo de un par de párrafos o episodios muy concretos. *(N. del E.)*

2. Aunque la expresión latina *deus ex mā**chi**na* se emplea habitualmente, su uso data del siglo XVII y no se encuentra en el latín clásico. La expresión griega es *apò mēkhan**ē**s theós* y se encuentra en un fragmento de una obra de Menandro, dramaturgo ateniense del siglo IV-III a. C.

3. En el festival de las Dionisíacas competían habitualmente cinco comedias, pero se cree que durante la guerra del Peloponeso el número se redujo temporalmente a tres. *Las nubes* quedó en tercer lugar, después de *El jarro de vino* de Cratino y *Konnos* de Ameipsias. (Edición de *Las nubes* en castellano: Alianza Editorial, Madrid, 1987. Introducción, traducción y notas de Elsa García Novo.)

4. La fecha de la segunda versión no se conoce a ciencia cierta, pero la evidencia interna apunta a una fecha situada entre el 420 y el 417 a. C.: Dover (1989).

5. Véase Vander Waert, 1994. Platón, *Fedón* 96a-99d (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1986, pp. 101-102. Traducción de Carlos García Gual).

6. Esta peripecia se narra en *Varia Historia*, 2.13, de Eliano.

7. Csapo (2010) explica la evolución de la sede del teatro con imágenes del aspecto que debía tener en el siglo V.

8. Marshall (2016) sugiere que los detalles que da Eliano son «demasiado vívidos y realistas para ser accidentales o simples ocurrencias».

9. Marshall (2012) comenta que tuvo que haber representaciones posteriores al 423 a. C. Hubo parodias recurrentes (como *Télefo*, de Eurípides) que nos hacen pensar que las obras de más éxito pudieron seguir en escena durante más de veinte años, independientemente de que muchos espectadores no hubieran visto la obra original y no sepan bien de qué trataba.

10. Sucede algo similar con la biografía del doctor Johnson, conocida como *Vida de Samuel Johnson*, de Boswell, publicada en 1791. Boswell conoció a Johnson en 1763, cuando él tenía veintidós años y Johnson tenía cincuenta y cuatro.

11. Escribe Lefkowitz (2008) que «no es que se recuerde a Sócrates por sus ideas, sino que Sócrates ha sido la inspiración de políticos, pensadores y artistas durante más de dos milenios por cómo murió».

12. Véase Taylor (2007) y Wilson (2007), pp. 141-152.

1. En *El banquete* (199b2-3) de Platón afirma Sócrates: «Mira, pues Fedro, si [...] queréis oír expresamente la verdad sobre Eros...» (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1987, p. 240. Traducción de M. Martínez Hernández).

2. Véase Levin (2009).

3. Elizabeth Belfiore (2012), por ejemplo, sugiere (p. 144) que Sócrates hace un chiste con el epíteto de Diotima, «de Mantinea» (201d2), al afirmar que entender lo que quiere decir ella y él no entiende (*ou mathonta*) «necesita adivinación» (*manteia*) (206b9-10).

4. La broma se encuentra en *Lisístrata*, de Aristófanes (línea 109), pero seguramente aparecía de modo habitual en las comedias.

5. Esto se deduce de la existencia probada de un decreto que impide la burla y que estuvo en vigor desde el 440 - 439 hasta el 437 - 436. No está claro qué prohíbe el decreto, pero Sommerstein (2004, p. 209) apunta que la fecha de su revocación fue «el momento en que Pericles ya no tuvo el control total de la vida política ateniense: un año antes Fidias había sido procesado y enviado al exilio, acusado de corrupción, y el 437/436 pudo ser el año en que otra de las personas que rodeaban al estadista, Anaxágoras, fue condenado y obligado a abandonar el país».

6. Encontramos un precedente en el Libro 1 de la *Ilíada* de Homero: Apolo manda la peste al ejército griego porque su líder, Agamenón, no respeta al sacerdote del dios, Crises. Los griegos tienen que expiar la falta haciendo un sacrificio.

7. Véase Plutarco, *Pericles*, 24.6. Sin embargo, en un párrafo anterior (8.1-2) escribe Plutarco que Pericles «superaba con mucho al resto de oradores, y eso le valió su sobrenombre; aunque unos creen que le llamaban "Olímpico" por los edificios con los que había adornado la ciudad, y otros por su habilidad como estadista y general».

8. La fecha del nacimiento de Platón suele fijarse en el 427 a. C., pero hay una exposición donde se muestra que hay razones para fijarla en el 424 a. C. Véase Nails (2002).

9. «Dado que en el círculo de Sócrates la pederastia estaba aceptada y se practicaba habitualmente, y dada la naturaleza erótica de Sócrates, no resultaría natural que él mismo no la hubiera practicado», escribe Littman (1970, p. 175). Después reproduce un comentario del filósofo del siglo IV-III, Bión de Borístenes (al que cita Diógenes Laercio), donde afirmaba que «si Sócrates sentía atracción por Alcibíades y se reprimió, era tonto; y en caso contrario su conducta no tendría que ser digna de comentarse».

10. Una mujer de esa edad había superado tiempo atrás la edad normal de las mujeres atenienses de buena cuna para casarse, de modo que eso explicaría por qué Jantipa acabó con el excéntrico Sócrates, ya viejo, independientemente de si estaba vinculada a los Alcmeónidas o si procedía de una familia de la élite.

11. Plutarco, *Arístides*, 27.

12. Huffman (2012, pp. 269-281) defiende la veracidad de la tesis de Aristógenes. Nails (2002, p. 209) escribe que «como nuestras fuentes contemporáneas —Platón y Jenofonte— dicen al unísono que Jantipa era la esposa de Sócrates, yo no acepto un segundo matrimonio con Mirto». Pero Platón y Jenofonte pueden haber obviado el hecho de que Mirto, a quien probablemente ellos no llegaron a conocer personalmente (es posible que muriese antes de ambos iniciaran su amistad con Sócrates) fue la primera y única esposa legítima del filósofo y que Jantipa, a quien sí conocieron, era su amante.

13. Schorn (2012, pp. 208-209) indica que Aristóteles asumió que Mirto era la madre de los hijos de Sócrates, pues dice este (en *Retórica*, 2.1390b28-31) que eran «bien nacidos», pero degenerados; aunque esto puede significar, sencillamente, que no vivieron de acuerdo con los elevados cánones de Sócrates.

14. Platón, *Apología*, 35d5-7 (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1981, p. 177. Traducción de J. Calonge).

15. La historia la cuenta el autor cristiano Teodoreto; véase Huffman (2012, pp. 278-279).

16. Lamprocles fue hijo de Sócrates y Jantipa y, aunque naciese fuera del vínculo matrimonial, se consideraría legítimo gracias a un decreto aprobado durante la guerra del Peloponeso que consideraba legítimos los hijos de varones atenienses con sus concubinas (Diógenes Laercio, 2.26).

17. La doctrina de Diotima representa la expectativa y el aval de multitud de relaciones, al sugerir que el joven amante se siente atraído por «los cuerpos bellos» (*El banquete*, 210a).

18. Esta cita procede de *Contra Neera*, atribuida a Demóstenes (59.122) pero redactada por Apolodoro.

19. Las citas que hablan de la naturaleza sexual de Sócrates proceden de los autores cristianos del siglo V d. C. Cirilo de Alejandría y Teodoreto de Ciro, que citan a su vez al filósofo del siglo III Porfirio y se remontan a Aristógenes: Huffmann (2012, pp. 265-274). Aristógenes cuenta que aunque Sócrates era un hombre muy activo sexualmente, no hizo daño a nadie con su comportamiento: con esto hemos de interpretar que no fue infiel, desconsiderado ni indiscreto.

20. El juicio y la muerte de Sócrates son el foco, o el punto de partida, de muchos estudios extraordinarios que se han escrito sobre Sócrates, incluidos los de Stone (1988), Wilson (2007), Waterfield (2009) y Hughes (2010). El trabajo de Guthrie, bastante anterior (1970), sigue la línea cronológica y, aunque en otros aspectos es un trabajo excelente, no hace niguna alusión a Aspasia.

21. Lo sugiere, por ejemplo, Waterfield (2009).

1. Se cuenta que el escudo de Alcibíades tenía los bordes dorados y llevaba grabada una figura de Eros blandiendo un rayo (Plutarco, *Alcibíades*, 16). Littman apunta que se trata de una fantasía que deriva probablemente de una sátira de Alcibíades, pero un objeto así era muy propio de la naturaleza extravagante del joven, aunque Sócrates hubiera manifestado su desaprobación: «un escudo dorado no es bello si no cumple su cometido», declara en *Memorabilia* de Jenofonte (1.6).

2. Esta pieza introductoria es una recreación ficticia del relato que Alcibíades hace de la batalla en *El banquete* de Platón.

3. Tanto Hornblower (1987, pp. 75-85) como MacLeod (1974) advierten una posible influencia socrática en Tucídides.

4. Aunque el tributo no se recaudara directamente para financiar el programa de construcción, indirectamente sirvió para ello. Véase Kallet-Marx (1989).

5. Hall (2006) indica la importancia que el nado tenía para los griegos: formaba parte de su identidad nacional (Cap. 9, pp. 255-287).

6. El siglo V a. C. fue una época de innovación en cuestiones de guerra y de paz, como he expuesto en *The Greeks and the New* (Cambridge, 2011). La historia de Tucídides nos ofrece la prueba de que se empezaron a utilizar técnicas militares griegas (sobre todo, atenienses) y avances que en el curso de unas cuantas décadas iban a tener una enorme repercusión en las tácticas militares y la estrategia de los griegos y que, llegado el momento, contribuirían a las conquistas sin precedentes de Alejandro Magno.

7. Debido a las mutaciones que ha sufrido a lo largo de 2.000 años, puede que no sea posible identificar la epidemia como enfermedad actualmente conocida: Poole y Holladay (1979).

8. «En Potidea ya se han visto obligados a comerse lo que encuentren por ahí, incluso carne humana en algunos casos» (Tucídides, 2.70.2). Tucídides nos ofrece el relato completo del asedio.

9. Se creía que esta dolencia se debía a que el organismo registraba un exceso de bilis negra: En Pseudo Aristóteles, *Problemas*, 31.1 (953a26-32) se sugiere que el temperamento de algunos hombres famosos y de éxito les hacía proclives a sufrirla.

10. Brémaud (2012) ha rastreado diversos diagnósticos de la condición mental de Sócrates, llegando hasta los psiquiatras franceses de principios del siglo XIX. Entre los síntomas de catalepsia se encuentran la inmovilidad postural, la falta de reacción a estímulos externos y una sensibilidad reducida ante el dolor.

11. Anderson (2005) defiende la tesis de Calcídica.

12. Los campos no se habían quemado recientemente, ya que en el 429 a. C. los espartanos no invadieron Ática (quizá a causa de la peste) y se dedicaron a atacar Platea, aliada de Atenas por el norte.

13. Véase Van Wees (2004).

14. En *Laques*, de Platón, se hace un elogio de la utilidad de la *hoplomachia*.

15. Aunque la mayoría de los datos procede de fuentes no atenienses, la danza ateniense que se realizaba vistiendo la armadura completa se describe en las *Leyes* de Platón, 796b.

16. El relato de Anderson (2006) de este aspecto decisivo de la vida de Sócrates es más convincente que el intento de Wallace (2015a) de desprestigiar la narración que hace Platón de la actividad de Sócrates como soldado, que califica de «broma».

17. Se ha fijado la fecha de la batalla en el año 447 - 446 a. C.; algunos historiadores creen que tuvo lugar en la primavera del 446, pero parece más probable que fuese el otoño anterior.

18. Véase Bowra (1938).

19. En lugar de «compañero de fatigas» Plutarco dice «compañero de tienda»; es posible que Platón intentara evitar una posible interpretación sexual, mencionando que lo único que compartían era la comida.

1. Platón, *El banquete*, 212c-213e (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1987, pp. 265-266. Traducción de M. Martínez Hernández).

2. Aunque no se conoce la fecha de nacimiento de Alcibíades, es posible que fuera el 451 a. C. Eso supondría que había alcanzado la mayoría de edad, necesaria para entrar en el servicio militar activo, en la fecha de la batalla de Potidea (432 a. C.).

3. A diferencia de los «Alcmeónidas», los «eupátridas» no eran miembros de una familia o un clan en concreto: el término significa, simplemente eso, «de buena familia» (Parker, 1997, pp. 323-324).

4. La identidad de Dinómaca como primera esposa de Pericles ya está aceptada por Azoulay (2010, p. 86), y puede explicar el hecho de que Pericles asumiera la guarda y custodia del hijo que ella tuvo con Clinias; Samons (2016, pp. 68-69) formula sus dudas respecto al hecho de que la tradición preservara su nombre.

5. Platón, *Alcibíades* I, 1101b-6. Aunque en la actualidad, y en general, se cree que el diálogo no lo escribió Platón sino un seguidor suyo alrededor del 350 a. C., el hecho de que se escribiera en una fecha tan temprana lo convierte en una valiosa prueba para hacerse una idea bien informada de Sócrates y su círculo.

6. Tomando como prueba una inscripción, Bicknell (1982) proponía una reconstrución especulativa de la genealogía de Aspasia, vinculándola a la familia de Alcibíades que aceptaron Henry (1995) y Nails (2002).

7. Las otras dos anécdotas que se ofrecen aquí sobre Zópiro y Sócrates, que se encuentran en *De Fato* (*Sobre el destino*, 10-11) las *Disputaciones tusculanas* (4.80) de Cicerón y que se creen que proceden del *Zópiro* perdido de Fedón (un título registrado por Diógenes Laercio). De ser así, podrían atribuírseles cierto grado de fiabilidad, ya que el devoto discípulo de Sócrates habría estado encantado de mostrar que la caracterización negativa de Sócrates que hace Zópiro era falsa.

8. Así puede verse en los escritos del pastor suizo Johann Kaspar Lavater (1741-1801), que siguen las nociones promulgadas por el físico inglés Thomas Browne (1605-82).

9. Su nombre era Ánito, y fue uno de los que acusaron a Sócrates en el juicio.

10. El hecho de que Tucídides diga «cara», o rostro, pudo deberse a un afán de resultar delicado, o quizá pensó que la gente asumiría que la mutilación incluía, también, los falos. Los Hermes que sobrevivieron muestran desperfectos en ambas zonas.

11. Pueden verse distintos relatos de la muerte de Alcibíades en Nails (2002, p. 15) y en Rhodes (2011, pp. 101-104).

12. Jenofonte, *Memorabilia*, 1.32-3; en *Gorgias*, de Platón (5515e-516d) Sócrates emplea una metáfora similar para demostrar que Pericles tampoco había sido un buen líder.

13. Lefkowitz (2008); añade, citando a Bloch (2002): «Al elegir la cicuta (en lugar, por ejemplo, de morir asfixiado) Sócrates tendría una muerte indolora. La cicuta afecta al sistema nervioso periférico, de modo que la víctima va perdiendo gradualmente la sensibilidad de sus miembros aunque retiene la lucidez mental hasta que el veneno provoca un fallo en los pulmones y el corazón».

1. El título del libro de Ion, *Epidēmiai*, significa literalmente «Estancias» (en varios lugares) o «Visitas».

2. Graham (2008) analiza las implicaciones de la declaración de Ion; en cuanto a la rectitud sexual Johnson (2011), por ejemplo, dice de Sócrates que «rechazaba el amor homosexual, salvo en el plano superficial» (p. 96).

3. Platón, *Fedro* (230 c-d, Editorial Gredos, Madrid, 1988, pp. 316-317. Traducción de E. Lledó Íñigo).

4. No está claro si se trataba de una prohibición por ley, como han asumido algunos. En *Memorabilia*, de Jenofonte (4.2.1) Sócrates dice de Eutidemo que «por su juventud no entraba en el ágora, pero cuando quería que se hiciera algo podía vérsele sentado en una silla plegable en los alrededores».

5. Huffman (2012) y Schorn (2012) demuestran que Aristógenes fue un testigo más fiable e imparcial de la vida y la personalidad de Sócrates que los eruditos en los que normalmente confiamos.

6. Platón, *Teeteto* 144a-b (Editorial Gredos, Madrid, 1988, p. 177. Traducción de A. Vallejo Campos).

7. No hay ningún texto que atestigüe que Sócrates conoció a Meliso, pero se menciona al filósofo en el *Teeteto* de Platón: se dice que Sócrates sentía por él un respeto reverencial aunque, añade, no tanto como Parménides, al que conoció «siendo muy joven y él era muy viejo, y me pareció que poseía una profundidad absolutamente llena de nobleza» (*Teeteto,* 183e-184a, Editorial Gredos, Madrid, 1988, pp. 258-259. Traducción de A. Vallejo Campos).

8. Anaxágoras debió llegar a Atenas en el 456-5 a. C. (Rhodes, 2018).

9. El descubrimiento de la perspectiva se atribuye a Anaxágoras y al pintor Agatarco de Samos, pero no tal como la conocen hoy pintores y dibujantes, con el concepto del punto de fuga. Era simplemente el reconocimiento teórico de un hecho probado: cuanto más lejano se encuentra un objeto, más pequeño parece.

10. Este testimonio de Anaxágoras se encuentra en *Ética a Nicómaco*, de Aristóteles (1197a13-15).

11. Plutarco indica que las dos explicaciones a la deformidad del carnero, procedentes de dos perspectivas distintas, no eran incompatibles. El racionalismo griego coexistió con la irracionalidad durante toda la Antigüedad, como muestra Dodds en su estudio clásico *Los griegos y lo irracional* (publicado en 1951. Edición española en Alianza Editorial, Madrid, 1999. Colección Filosofía y Pensamiento. Traducción de María Araújo).

12. Platón, *Fedón* 96a-b (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1986, pp. 101-102. Traducción de Carlos García Gual).

13. Véase Leroi (2014).

14. Puede establecerse un paralelismo con la carrera de Sigmund Freud: comenzó como estudiante de neurología y se dio cuenta de que la ciencia no había avanzado hasta un punto que permitiera aventurar la naturaleza de la interacción entre cerebro y pensamiento. Así que centró su atención en inventar otra «ciencia», la del psicoanálisis (Gay, 1988, p. 80).

15. Aunque generalmente los eruditos han aceptado la «paz de Calias», hay algunos problemas que no menciona Tucídides: hay quien se inclina a pensar que no sucedió de verdad, y que fue una invención de los historiadores del siglo IV.

16. Tucídides no afirma explícitamente que estuviese presente en el discurso de Pericles, en el 430 a. C., pero Bosworth (2000) sostiene que hay razones para pensar que sí estuvo.

17. Lo apunta Kallet en Morgan, ed. (2003).

18. Véase Wallace (2015b). No obstante, parece improbable que Platón citara las palabras de Damón para defender la estabilidad política si la finalidad de aquellas hubiera sido lo contrario. Lynch (2013) asegura que las observaciones de Damón no eran más que una base para que Platón desarrollara su propio pensamiento filosófico.

19. Se ha puesto en duda la cuestión de la legalidad de aquella decisión: tal vez no se dio a los generales la oportunidad de defenderse.

20. Tucídides 2.43.1.

21. Véase Platón, *Gorgias*, 515e-516b (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1983, pp. 128-129. Traducción de J. Calonge).

1. Friedrich Niezsche, *Crepúsculo de los ídolos*, 1889 (Alianza Editorial, Biblioteca Nietzsche, Madrid 1998. Traducción de Andrés Sánchez Pascual).

2. Diógenes Laercio (2.44) nos da la fecha del 6 Thargelion (es decir, mayo o junio) del 468 a. C. pero, como Platón dice que Sócrates tenía setenta años cuando murió en el 399, doy por buena la fecha generalmente aceptada y asumo tácitamente que Sócrates nació en el demo en el que fue inscrito.

3. Clístenes debió pensar que los Alcmeónidas, que no ocupaban muy buen lugar en el antiguo régimen, podrían ocuparlo en el nuevo (Lewis, 1963).

4. El demo de Alopeke aportó en el siglo IV diez consejeros y, al ser uno de los demes mayores, se calcula que tendría un 2% del número total de ciudadanos, que antes de la guerra del Peloponeso pudo ascender a sesenta mil (Hansen, 1988, pp. 23-25).

5. Platón, *Laques*, 181a (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1985, pp. 453 - 454. Traducción de C. García Gual).

6. La discusión sobre el término se encuentra en el *Económico* de Jenofonte (6.12-7.3).

7. Ober (2011, p. 161) concluye que su «estabilidad financiera estaba relativamente asegurada por herencia; no se puede negar que el hecho de que se criara como un ateniense normal le permitiera convertirse en filósofo».

8. Platón, *Menón*, 82b-85c (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1983, pp. 302-311. Traducción de F. J. Olivieri).

9. Platón, *Ion*, 538d-539d (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1985, pp. 264 - 265. Traducción de E. Lledó).

10. En su tratado *Sobre la música* (1140a) Plutarco afirma que «los griegos de la Antigüedad creían que necesitaban la música para moldear las almas de los jóvenes y dirigir a estos hacia la elegancia y el decoro, porque creían que la música es un recurso muy valioso en todas las circunstancias y para cualquier situación seria, sobre todo cuando se enfrenta uno a los peligros de la guerra».

11. Sobre Frínico consúltese Power (2012, pp. 288-290). Se sabe poco de Lampro de Atenas, al que debemos distinguir de Lampro de Eritras (ciudad de Jonia), maestro de Aristógenes en el siglo IV.

12. Estos debates se enumeran en Karamanou (2006, pp. 94 - 95). Wildberg (2009) apunta que mantuvieron en la vida real una estrecha relación.

13. Csapo (2004) describe con brillantez el turbulento impacto social de los músicos del Nuevo Estilo. En el Libro 4 de la *República* Platón presenta a Sócrates quejándose del efecto pernicioso del Nuevo Estilo sobre los jóvenes.

14. Véase Wheeler (1982, pp. 229-230). Otras naciones de la Antigüedad tenían tradiciones similares; algunas de ellas han pervivido, como la danza de combate de los persas, llamada *zurkhaneh*.

15. Anacreonte, fragmento 12.

16. Ganaron el primero, segundo y cuarto premio, y no los tres primeros; las fuentes difieren, pero parece más probable la primera opción.

17. Jenófanes, fragmento 2.

18. A Aquiles se le muestra tocando la lira y cantando en la *Ilíada* de Homero, Libro 9, versos 185-91.

19. En *Recuerdos de Sócrates*, de Jenofonte (3.10.9-15) se nos muestra a Sócrates exponiendo las bonanzas de un buen peto junto a Pistias, el armero.

20. Bajo las leyes de Solón, aprobadas en el siglo VI a. C, los hoplitas necesitaban una solvencia económica equivalente a una cosecha anual de al menos 200 *medimnoi* (unos 400 litros), que era mucho más de lo que producía un pequeño granjero: Foxhall (1997).

21. Debemos considerar con cierta reserva la cantidad de 500 dracmas que nos da Jenofonte (*Económico*, 2.3) como suma total que poseía Sócrates, dado que Sócrates dice que a pesar de su situación material es «lo bastante rico»: si al final de su vida se hubiera visto en una situación de estrechez económica, habría sido por elección propia.

22. Platón, *Apología*, 23 b. Puede establecerse un paralelismo con el filósofo Ludwign Wittgenstein, que renunció a su herencia de una de las mayores fortunas de la Europa de la anteguerra para dedicarse al pensamiento: primero trabajó como maestro de escuela y después como celador en un hospital.

23. El párrafo corresponde a *El banquete* de Jenofonte (5.2-8).

24. Véase Lane Fox (2016).

25. Zanker (1995, pp. 34 - 39 y 58-60).

26. Papapetrou (2015).

27. Smith (2007) ofrece varias explicaciones de este fenómeno, incluida una disertación sobre el *daimonion* de Sócrates.

28. El término *atopos*, que significa literalmente «fuera de lugar», se emplea mucho para definir al viejo Sócrates en los escritos de sus biógrafos.

29. Véase Zuckert (2012, p. 384), quien cita los pasajes más relevantes: *Apología* 31c-d, *República* 396c y *Theages* 128d-31a.

30. La evidencia geológica recientemente recopilada nos la presenta Broad (2006).

31. En *Por qué la pitonisa no pronuncia el oráculo en verso* (22) Plutarco dice que la pitonisa de su tiempo, «como se ha criado en una familia de granjeros, no tiene ni el arte ni la práctica ni la habilidad necesarios cuando llega al santuario». Parece que en época de Sócrates sucedía lo mismo.

32. Diógenes Laercio cita a Aristóteles (2.23) en relación con la visita, y también Plutarco (*Contra Colotes* 1118c), en relación con la inscripción.

33. Platón, *Apología*, 21b-e (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1985, p. 155. Traducción de J. Calonge).

1. Platón, *Menéxeno* 234c-235c (Editorial Gredos, Biblioteca Clásica, Madrid, 1983, pp. 165-166. Traducción de E. Acosta).

2. Este Menéxeno es, probablemente, el hijo de Demophon que aparece en el diálogo *Lisis* de Platón, y no el hijo de Sócrates, como sugiere Dean-Jones (1995).

3. Véase Bicknell (1982), y la discusión sobre la genealogía de Ellis (1989, pp. 5-9).

4. Algunos estudiosos apuntan que Pericles abandonó a su primera mujer por Aspasia, pero la cronología y la historia no apoyan esta tesis: véase Nails (2002, p. 225).

5. Hay mucha confusión sobre el estatus de Aspasia. En el siglo V no era ilegal que un ciudadano contrajera matrimonio con una mujer no ateniense, como sí lo sería un siglo después. Aspasia, al no ser ateniense, pudo no haber obtenido el estado civil de casada. No obstante se ha sugerido que pudo obtenerlo de manera excepcional. Vernant (1990, p. 59), indica: «En la Atenas del siglo V no encontramos una definición perfecta de la institución matrimonial... Allí seguían existiendo distintos tipos de vínculo cuyas implicaciones para la esposa y sus hijos variaban en función de las circunstancias históricas». Para hacerlo todo más sencillo, muchos utilizaron el término «esposa» o «casada» en referencia a la relación de Aspasia con Pericles.

6. Henry (1995) sugiere que el hecho de que Aspasia volviera a casarse tan rápido, tras morir Pericles, puede avalar las tesis de los cómicos de que Pericles se había cansado de ella (p. 16); pero las alegaciones de los cómicos sobre la supuesta veleidad de Pericles en lo sexual fueron, seguramente, ataques injuriosos sobre su famosa sumisión.

7. Stone (1988, pp. 233-235), rechaza el malentendido de Plutarco; véase también Hornblower s. v. Aspasia en el *Oxford Classical Dictionary* (tercera edición). Como afirma Stone (p. 234), «no conocemos ningún otro caso en el que un poeta satírico se dejara acusar de seriedad llevando ante los tribunales sus bromas y astracanadas. Hubiera hecho el ridículo, haciendo de fiscal de la impiedad».

8. Pomeroy (1994, p. 234), escribe: «Resulta sorprendente que Sócrates (o Jenofonte) eligieran a la hetaira Aspasia como ejemplo», pero también apunta que «Su estatus aumentó cuando inició una relación monógama con Pericles, y cuando a sus hijos se les concedió la ciudadanía», acontecimientos que, por otra parte, ocuparon casi toda su vida en Atenas.

9. Véase Henry (1995, pp. 43 - 45). Döring (2011, p. 31), describe la discusión que se encuentra en *Aspasia*, la obra de Esquines, y concluye que «hay una vinculación entre Aspasia, Jenofonte y su esposa, y el comentario de Sócrates de que él había sido alumno de Aspasia en cuestiones de amor»; pero interpreta esta conexión como el intento de Esquines de «proyectar un aspecto de Sócrates» sobre Aspasia, más que de reflejar la verdadera influencia del pensamiento de Aspasia sobre Sócrates.

10. Suele rechazarse la interpretación, distinta y algo perversa, del Decreto de Mégara por parte de Ste Croix (1972), que afirma que era una sanción más religiosa que económica. Se cree que la historia de Aristófanes sobre el secuestro de las prostitutas es la interpretación de uno de los primeros capítulos de la obra de Herodoto. Pelling (2000, p. 154), sugiere que seguramente ambos autores están parodiando la explicación popular a la forma en que comenzaban las guerras.

11. La cita griega de Ateneo (13.589d) es muy vaga respecto al tipo de relación que mantenían; después de considerar otros posibles testimonios (incluyendo el artístico) de la relación amorosa entre Sócrates y Aspasia, Pomeroy (1994, p. 82, n. 45), establece que se sugiere una relación amorosa entre ambos. Henry (1995, p. 64), no da crédito a los floridos versos de Hermesianax (fragmento 7.91 - 4), pues intentan reducir los sentimientos de Sócrates a «un capricho de juventud».

12. Lefkowitz (2008).

13. Belfiore (2012, pp. 140-146), afirma que según presenta Platón a Sócrates en *El banquete*, ni consigue avalar los puntos de vista de Diotima, o sus métodos, ni le da crédito como maestra, ya que «ella es muy distinta del discípulo-filósofo que transmite sus palabras» (p. 142).

1. Se nos ha dicho que nadie vio jamás a Sócrates ebrio. Al final de *El banquete* de Platón continúa bebiendo y debatiendo con Agatón y Aristófanes hasta el amanecer, mientras otros participantes han bebido tanto que se han quedado dormidos (*El banquete*, 220a).

2. En las *Sentencias vaticanas sobre las mujeres* (Epicuro) hay una que dice así: «Cuando se le preguntó cuál era el principal atributo de Sócrates, Jantipa respondió: “El hecho de que trate igual a un hombre noble que a uno de baja cuna”».

3. Most (1993) nos da excelentes razones para que la ofrenda se refiera a un enfermo que se ha repuesto de su dolencia, pero cuestiona que ese enfermo sea Platón. Sin embargo, como se sabe que Platón sigue estando enfermo, sugiere algo menos plausible: que Sócrates predice la recuperación de Platón en una visión que tiene en el lecho de muerte.

Sócrates enamorado. Cómo se hace un filósofo
Armand D'Angour

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Socrates in Love*

© 2019, Armand D'Angour

© 2019, Amelia Pérez, por la traducción

Imágenes del interior (pág. 150): bustos de Sócrates, © Granger, NYC/Album (derecha)
y © Musei Capitolini Rome/Akg-images/Album (izquierda)

Diseño de la cubierta: © Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © María Corte

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-344-3173-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

SÓCRATES ENAMORADO

Cómo se hace un filósofo

ARMAND D'ANGOUR

Ariel